



Isaak Babél  
**Caballería Roja**



Lectulandia

Durante 1920 el escritor Isaak Babel participó como periodista en la campaña militar contra Polonia, durante la Guerra Civil Rusa. Fruto de esa experiencia escribió una serie de relatos que fueron publicados en diferentes revistas y finalmente recogidos en un volumen titulado *Caballería Roja*.

Pero *Caballería Roja*, más que un libro de relatos, puede considerarse una novela breve escrita de manera fragmentaria. Y es que las historias que forman el libro tienen en común no solo el tiempo y el espacio en los que suceden, sino también muchos de sus personajes y, por supuesto, la voz del narrador.

El volumen reúne una variedad de relatos sobre la vida en el frente: algunos dedicados a anécdotas de campaña, otros a personajes peculiares. El resultado es una visión descarnada y realista de la guerra. Hay en los relatos de Babel heroísmo, pero también hay horror; valentía, pero también ira sanguinaria; ardor guerrero, pero también miedo. De alguna manera se presenta la guerra como un ente con voluntad propia: una realidad que los hombres ponen en marcha, pero que acaba por escapar a todo control, asemejándose a una fuerza de la naturaleza.

Lectulandia

Isaak Babel

# Caballería Roja

ePub r1.0

NoTanMalo 23.5.16

Título original: *красная конница*  
Isaak Babel, 1926  
Traducción: Ricard San Vicente

Editor digital: NoTanMalo  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRESENTACIÓN

Isaak Emanuelovich Babel nació en la ciudad de Odesa, el 13 de julio de 1894. Hijo de un comerciante judío, todo parecía indicar que él también seguiría el oficio de su padre, por lo que entró a estudiar a la Escuela Comercial de Odesa. Pero como tantos otros escritores —Dostoievski entre ellos—, eludió la carrera profesional, y cumplidos los quince años empezó a entregar sus cuentos a los diarios rusos. Aunque esos textos no fueron aceptados por los editores, Isaak Emanuelovich siguió escribiendo, estudió francés y leyó la obra de Guy de Maupassant, la cual influyó de manera decisiva en sus posteriores relatos. «Me aprendí de memoria a los clásicos franceses», escribiría años después en un breve ensayo autobiográfico.

En 1916, Isaak Babel conoce a Alexei Maximovich Gorki quien dirigía entonces la revista literaria *Los Anales*. Ahí aparecen varios cuentos de Babel que muy pronto encuentran aceptación entre la crítica y los lectores. Sin embargo, Gorki le recomienda que deje de escribir durante una temporada, aprenda a ejercer otros oficios y adquiera la experiencia que necesita un escritor. Así, entre 1917 y 1923, Babel se convierte en periodista, viaja a Georgia, trabaja como tipógrafo en Odesa y milita en el Ejército Rojo bajo las órdenes del general Budionny. En 1920, las tropas soviéticas expulsan a los polacos de Ucrania y los llevan hasta los suburbios de Varsovia. El resultado de esa guerra fue la ampliación del territorio ruso y la pérdida de un millón de combatientes del ejército vencedor.

El primer libro de Babel, *Historia de mi palomar* (1925), le dio fama y un lugar especial en la nueva narrativa soviética que había surgido a partir de la revolución. De la noche a la mañana, fue considerado uno de los prosistas más importantes de esa «nueva era». *Caballería roja* (1926) y *Relatos de Odesa* (1931) no contaron con la misma fortuna, cuando menos entre la crítica oficial. También escribió dos obras teatrales: *Zakat* (1928) y *Mariya* (1935), guiones de cine, ensayos, un homenaje a Gorki (1938) y una novela que no llegó a concluir.

La suerte literaria de Isaak E. Babel es hartamente extraña si consideramos que fue censurado tanto por el régimen zarista, que calificó sus primeros cuentos de «perjudiciales a la moral», como por la crítica dogmática del estalinismo, para cuyos censores la obra de Babel se apartaba de las doctrinas literarias. Si bien en los inicios de la revolución de octubre de 1917, los escritores rusos habían gozado de cierta libertad de expresión, el Congreso de Escritores de la Unión Soviética, formado más tarde y del que surge la teoría del realismo socialista, desdeña en 1934 a Babel. En *La escritura invisible* (1954), Arthur Koestler define con una frase los postulados de esa extraña estética: «El personaje principal ya no era un individuo, sino un grupo».

Los primeros cuentos de *Caballería roja* aparecieron en la revista *Krasnaia* en 1924. A pesar de su contenido autobiográfico y a veces confesional, estos relatos tienen una atmósfera literaria original y llena de imaginación. Para su autor, lo más importante es retratar el ambiente del frente de batalla y la vida cotidiana de los

soldados —rusos, polacos, cosacos— que intervienen en ella. Iglesias católicas y sinagogas de Galizia, en el sur de Polonia, son los escenarios de los primeros cuentos, pero más adelante conocemos también los albergues y los campamentos en donde se hospedan, riñen y dialogan, «los puros y elementales cosacos de la Caballería roja», como ha dicho acerca de este libro Sergio Pitol.

Uno de los aciertos más interesantes de esta obra es el testimonio que nos ofrece Babel sobre el rompecabezas social de su tiempo. Los judíos se han comprometido con la revolución, pero muy pronto son discriminados; los combatientes soviéticos están entusiasmados con la nueva fe del leninismo, pero es posible entrever las reminiscencias de la Rusia zarista; el atraso y la ignorancia conviven con la piedad y el erotismo, más reales que la política o la idea de la historia. Babel elige para sus cuentos un tono de epopeya menor. La guerra es el lugar de los hechos. La crueldad y el heroísmo apenas se diferencian. La vida íntima de un soldado, en una noche de luna —«verde como un lagarto»—, es tan trivial o tan asombrosa como el frente de batalla.

En 1928, dos años después de que se reunieron los relatos de *Caballería roja*, se desató la famosa polémica entre el general Semión Budionny y Gorki sobre la obra de Babel. En un artículo publicado en el diario *Pravda*, el general señala que el libro «inventa cosas que nunca sucedieron, denigra a nuestros mejores comandantes comunistas», y considera que su autor no está capacitado para manejar la dialéctica marxista, además de que «incurre en chismes de comadres». El artículo fue publicado como una carta abierta a Gorki, quien era aún el protector de Babel, y remata con la acusación de que *Caballería roja* está escrita por un «erotomaniaco».

La respuesta de Gorki, también publicada en *Pravda*, es una atinada defensa del oficio literario en contra de la censura que seis años después se convertiría en represión, y que llevó al suicidio a dos de los más importantes escritores soviéticos: Serguei A. Yesenin y Vladimir V. Mayakovsky. En su carta abierta a Budionny, el autor de *La madre* descalifica el criterio literario que se sustenta en el realismo socialista: «No puedo recordar ninguna otra descripción tan llena de color y vida de los combatientes individuales, ninguna otra descripción de la psicología de la masa del Ejército Rojo», y aclara que el libro «no tiene paralelo en la literatura rusa». En cuanto a la crítica de Budionny en el sentido de que Babel apenas conoció el frente de batalla y el heroísmo de la *Caballería roja*, Gorki responde: «Para hacer una sopa, el cocinero no tiene que meterse en la olla».

El acoso del régimen estalinista en contra de los disidentes y de los «apáticos» se volvió intolerable a mediados de los años treinta. Babel disminuyó su actividad creativa, se volvió «improductivo» para los fines que perseguía el régimen, pero aún así fue enviado al Congreso por la Defensa de la Paz y la Cultura celebrado en París, en 1935. Era la oportunidad del exilio. Sin embargo, prefirió volver a Moscú y, como Lezama Lima en Cuba muchos años después, autoexiliarse en su propio hogar.

Babel fue arrestado en 1939, la misma fecha en que Julio César sufrió la traición

de sus amigos, un 15 de marzo, y murió dos años después en un campo de trabajos forzados.

Álvaro Quijano.

## PRÓLOGO DE BORGES

Nació en las catacumbas irregulares del escalonado puerto de Odesa a fines de 1894. Irreparablemente semita, Isaac es hijo de un ropavejero de Kiev y de una judía moldava. El clima habitual de su vida ha sido la catástrofe. En los dudosos intervalos de los pogroms aprendió no sólo a leer y a escribir, sino a apreciar la literatura y a gustar de la obra de Maupassant, de Flaubert y de Rabelais. En 1914 se recibió de abogado en la Facultad de Derecho de Saratov; en 1916 arriesgó un viaje a Petrogrado<sup>[1]</sup>. En esa capital estaban prohibidos «los traidores, los descontentos, los insatisfechos y los judíos»: clasificación un tanto arbitraria, pero que incluía — mortalmente— a Babel. Éste tuvo que recurrir a la amistad de un mozo de café que lo ocultó en su casa, a un acento lituano adquirido en Sebastopol y a un pasaporte apócrifo. De esa fecha datan sus primeros escritos: dos o tres sátiras del régimen burocrático zarista, publicadas en el famoso diario de Gorki Los Anales. (¿Qué no pensará —y callará— de la Rusia soviética, que es un indescifrable laberinto de oficinas públicas?). Esas dos o tres sátiras le atrajeron la peligrosa atención del gobierno. Fue acusado de pornografía y de incitar al odio de clases. De esa catástrofe lo salvó otra catástrofe: la revolución rusa.

Babel, a principios de 1921, ingresó en un regimiento de cosacos. Naturalmente, esos guerreros estruendosos e inútiles (nadie, en la historia universal, ha sido más derrotado que los cosacos) eran antisemitas. La sola idea de un judío a caballo les pareció irrisoria, y el hecho de que Babel fuera un buen jinete no hizo sino perfeccionar su desdén y su encono. Babel, mediante un par de hazañas aparatosas y bien administradas, logró que lo dejaran en paz. Para la fama, ya que no para los catálogos, Isaac Babel es todavía un *homo unius libri*. Ese libro impar se titula *Caballería roja*. La música de su estilo contrasta con la casi inefable brutalidad de ciertas escenas. Uno de los relatos —«Sal»— conoce una gloria que parece reservada a los versos y que la prosa raras veces alcanza: lo saben de memoria muchas personas.

[4 de febrero de 1938].

Jorge Luis Borges, *Textos cautivos*.

## LA HIJA

El comandante de la sexta división comunicó que al amanecer el nuevo día había que ocupar Novogrado-Volynsk. El estado mayor abandonó Krapivno, y nuestro convoy, con gran estruendo, quedó como retaguardia a lo largo de la carretera, de aquella indestructible carretera que va de Brest a Varsovia, mandada construir un día por Nicolás I con huesos de campesinos.

Florecen en torno, los campos de adormidera púrpura; el viento sur juguetea en los centenos amarillos; el tierno trigo sarraceno se recorta en el horizonte como el muro de un convento lejano. La apacible Volinia se extiende a nuestro lado; ante nosotros retrocede y se hunde en los bosques de abedules una niebla nacarina que escala luego las cuestas floridas, prendiéndose con sus tenues brazos a las ramas de lúpulo. El sol, de color naranja, rueda por el horizonte como una cabeza cortada; en las desgarraduras de las nubes se estremece una luz débil; sobre nuestras cabezas tremolan los estandartes del ocaso; el olor de la sangre vertida la víspera y el de los caballos muertos se filtra en el frescor vespéral. El Sbrutch se oscurece, murmura y enlaza los espumosos nudos de sus remolinos de agua. Como los puentes están rotos, vadeamos el río. Sobre las ondas reposa la luna mayestática. Los caballos se hunden en el agua hasta el lomo, y la corriente culebrea murmuradora entre los centenares de patas de los caballos. Un soldado que amenaza ahogarse reniega brutalmente de la madre de Dios. Las manchas negras de los carros cubren el río, lleno de ruido, de silbidos y de cánticos, que resuenan sobre la centelleante sierpe de luz lunar y los fulgentes remansos de las ondas.

Muy entrada la noche, llegamos a Novogrado. En el alojamiento que me designan, encuentro una mujer embarazada, dos judíos rojizos de rostro enjuto y un tercero, dormido ya, con la cabeza tapada y apretado contra la pared. Los armarios están violentados; se ven por el suelo pingajos de pieles femeninas, excrementos humanos y trozos del vaso sagrado que los judíos usan una vez al año, en la pascua.

Limpie usted esto —digo a la mujer—. ¡En qué porquería viven! Los dos judíos se levantan de sus asientos. Como japoneses en el circo, silenciosos, simiescos, calzados de fieltro, recogen del suelo a saltitos los pedazos. Van y vienen con los cuellos congestionados. Extienden para mí un lecho de plumas roto, y me echo contra la pared, junto al tercero, el judío que duerme. Sobre mi cama cae en el acto una miseria horrenda.

Todo ha muerto en el silencio. Sólo la luna, cogiéndose con azuladas manos su cabeza redonda, luminosa, indiferente, pasa vagando por la ventana.

Estiro los pies hinchados, me tiendo en el lecho desgarrado y quedo dormido. Sueño con el comandante de la sexta división, que galopa en su pesado caballo tras del comandante de brigada y le dispara dos balas en los ojos.

Las balas atraviesan la cabeza del comandante de brigada, y los dos ojos caen al

suelo.

—¿Por qué has ordenado retirarse a la brigada? —grita el comandante de la sexta división al herido Savitski.

Y entonces despierto, porque la mujer encinta me tienta la cara con los dedos.

—Panie —me dice—, está usted gritando en sueños y dando vueltas. Voy a hacerle la cama en otro rincón, porque tropieza usted con mi padre.

Levanta del suelo sus piernas flacas y el vientre redondo, y destapa al hombre que dormía. A mi lado veo a un anciano muerto, boca abajo, con la garganta abierta, el rostro partido y sangre azul en la barba como un pedazo de plomo.

—Panie —dice la judía, mientras sacude el cobertor de plumas—, los polacos le han martirizado, y él suplicaba: «Matadme en el corral para que mi hija no me vea morir». Pero hicieron lo que quisieron. En este cuarto murió pensando en mí... Y ahora quisiera yo saber —dijo la mujer alzando horriblemente la voz de pronto—, quisiera saber dónde encontrará usted otro padre como el mío en la tierra...

## LA IGLESIA DE NOVOGRADO

Ayer me dirigí, con objeto de dar el parte, a casa del comisario militar, que vivía en el barrio abandonado por el clero católico. En la cocina me recibió pani Elisa, el alma de los jesuitas. Me dio un té de color de ámbar con bizcochos. Sus bizcochos olían como crucifijos, y dentro tenían un zumo embriagador y el perfumado enojo del Vaticano.

Junto a la casa, en la iglesia, aullaban las campanas, desatadas por el loco campanero. Era una noche cuajada de estrellas de julio. Pani Elisa meneaba pensativa su cabello gris, sin dejar de amontonar pasteles delante de mí. Y me supieron bien las golosinas de los jesuitas.

La vieja polaca me llamaba panie. En el umbral, de pie, había unos ancianos canosos, erguidos, aguzando el oído, y a la luz del crepúsculo se vio pasar por un sitio, como un reptil, el hábito de un monje. El padre había escapado, pero había dejado a su ayudante, pan Romualdo.

Este Romualdo, un eunuco horrible, con cuerpo de gigante, nos llamaba compañeros. Paseando por el mapa su dedo amarillo, nos mostraba el terreno arrasado por los polacos. Presa de un bronco entusiasmo enumeraba los infortunios de su patria ¡Rápido olvido se trague el recuerdo de Romualdo, que nos traicionó villanamente después y fue fusilado!

Todas las noches su estrecha sotana se deslizaba rápidamente en todas las puertas, barría con fanático celo todos los caminos, y Romualdo sonreía a todo el que quería beber vodka. Aquella noche la sombra del fraile seguía todos mis pasos. Este pan Romualdo hubiera sido obispo de no haber sido espía.

Bebí ron con él. De las ruinas de la casa clerical se desprendía un hálito de cosas extrañas, nunca vistas, y sus cautivadores halagos paralizaban mi fuerza. ¡Oh, aquellos crucifijos chiquitines que recuerdan los talismanes de una cortesana, la vitela de la bulas papales y el raso de las cartas de mujer que amarillean en los corpiños de seda azul...!

Te estoy viendo delante de mí, fraile traidor, con tu hábito lila, con tus manos gordezuelas, con tu alma felina, adúladora y despiadada; veo las llagas de tu Dios chorreando esperma, el veneno oloroso que embriaga a las vírgenes...

Bebo ron mientras aguardo al comisario. Pero el comisario no vuelve. Romualdo se deja caer en un rincón y pronto se duerme. Duerme y tiritita quedamente. Detrás de la ventana, en el jardín, bajo la negra pasión del cielo, se alarga una avenida. Sedientas rosas se mecen en la oscuridad. Verdosos relámpagos se encienden en las cúpulas. Un cadáver desnudo yace abandonado bajo el talud. Y la luz de la luna se vierte sobre las piernas muertas, esparrancadas.

Yo, el intruso violento, tiendo en la iglesia un colchón piojoso abandonado por los siervos del Señor y pongo de cabecera los infolios donde está escrita la oración en honor del muy poderoso y radiante José Pilsudski, el coronel de los panies.

Miserables hordas de mendigos inundan tus vetustas ciudades, ¡oh, Polonia! El cántico de la unión de todos los siervos resuena sobre ellas, y ¡ay de ti, república de Polonia!, ¡ay de ti, príncipe Radziwill!, ¡y de ti, príncipe Sapieha!; ¡ay de vosotros, los que estáis en contra nuestra!

El comandante del estado mayor, Sch., está en el estado mayor, en el jardín, finalmente en la iglesia. La puerta de la iglesia está abierta. Entro y me hiere el brillo de dos plateadas calaveras en la tapa de un féretro roto.

Aterrado, corro a meterme en cualquier sótano, bajo tierra. Una escalera de encina conduce al altar desde allí. Percibo numerosas luces zigzagueando allá arriba, bajo la elevada cúpula. Veo al comisario, al comandante de la sección especial y a cosacos con cirios en las manos. Contestan a mi apagado llamamiento y me sacan del sótano.

Ya no me asustan las calaveras que adornan el catafalco de la iglesia. Juntos continuamos el registro del templo, que se lleva a cabo porque en el domicilio del cura se encontró todo un arsenal de material de guerra.

Relucen en nuestras bocamangas los frenos bordados; cuchicheamos; chocan las espuelas, y giramos por el amplio y resonante edificio con los cirios de llamas abatidas en las manos. Los cuadros de la virgen, adornados de valiosas piedras, siguen nuestro camino con sus pupilas rojizas, como de ratones; la luz vacila entre nuestros dedos, y sobre las estatuas de san Pedro, de san Francisco, de san Vicente, sobre sus mejillas coloradas y sus barbas crespas, pintadas de carmín, tiemblan sombras cuadradas.

Andamos buscando en torno nuestro. Bajo los dedos saltan botones de hueso, se abren cuadros de imágenes partidos en dos, quedan al descubierto subterráneos y huecos llenos de moho. Vieja y misteriosa es la iglesia. En sus paredes resplandecientes esconde pasos secretos y nichos y puertas que se abren sin ruido.

¡Oh, sacerdote estúpido, que cuelga los corpiños de sus cocineros en los clavos del Redentor! Detrás de la puerta de entrada encontramos un baúl con monedas de oro, un saco de cordobán con billetes de banco y estuches con anillos de esmeraldas de joyeros parisienses.

Y en el cuarto del comisario contamos luego el dinero. Había columnas enteras, alfombras de piezas de oro. Y, por otra parte, las sacudidas del viento que soplaba sobre los cirios, la siniestra locura en los ojos de pani... Elisa, la risa atronadora de Romualdo y el aullar incesante de las campanas, desatadas por pan Robatski, el campanero loco.

—¡Fuera de aquí —me dije—, lejos de los guiños de estas madonas engañadas por los soldados!...

## LA CARTA

He aquí la carta que me dictó, para su casa Kurdyukof, un soldado de nuestra sección. La carta merece no ser olvidada. La escribí sin el menor aditamento, y fidedigna y literalmente la transcribo.

*Querida madre Yefdokia Feodorofna: En las primeras líneas de esta carta, me apresuro a participarle que, gracias a Dios, vivo y estoy sano, lo cual desearía oír también de usted. Me inclino profundamente ante usted desde la blanca frente hasta la tierra húmeda... [Siguen parientes, padrinos, compadres... Prescindimos de todo esto y vamos al segundo párrafo].*

*Querida madre Yefdokia Feodorofna Kurdyukova: Me apresuro a escribirle a usted que estoy en la caballería roja del compañero Budienny. Su compadre Nikon Vassilievitsch está también aquí. Ahora es un héroe rojo. Me ha llevado con él a la expedición de la sección política, desde donde enviamos al frente literatura y periódicos: Izvestia de Moscú, del Comité Central Ejecutivo, Pravda de Moscú, y nuestro querido e implacable periódico El Jinete Rojo, que todo combatiente, en el frente más avanzado desea leer para batir luego con ánimo heroico a los insolentes nobles..., y a mí me va divinamente con Nikon Vassilievitsch.*

*Querida madre Yefdokia Feodorofna: mándeme usted muchas cosas, todo lo que pueda. Haga el favor de matar el cerdo pío y mandarme un paquete a la sección política del compañero Budienny, para Vassili Kurdyukof. Todos los días me acuesto sin comida y sin ropa, así es que paso un frío horrible. Escribame una carta sobre mi Stiopa y dígame si vive o no. Haga el favor de tener cuidado de él y escribame si tiene todavía aquel defecto o ha pasado ya, y también sobre la matadura en la pata delantera y si le han herrado ya o no. Haga el favor, querida madre Yefdokia Feodorofna, de lavarle la pata con el jabón que le dejé detrás del santo, y si se ha gastado ya el jabón, compre más en Krassnodar y Dios no la abandonará. Puedo decirle también que esta tierra es muy miserable. Los campesinos huyen con sus caballos a los bosques ante nuestras águilas rojas. Trigo se ve muy poco y está bajísimo. Nosotros nos reímos de él. Los campesinos siembran centeno y avena también. El lúpulo crece aquí en estacas, lo cual da un gran aspecto. Hacen aguardiente de él.*

*En las siguientes líneas de mi carta me apresuro a escribirle sobre padrecito, que hace un año mató a golpes a mi hermano Feodor Timofeyevitsch Kurdyukof. Nuestra brigada roja, la del compañero Paulitschenko, atacaba Rostof, cuando se cometió una traición en nuestras filas. Por entonces estaba padrecito con Denikin mandando compañía como*

suplente. Gente que le ha visto dice que llevaba su medalla como en tiempos del antiguo régimen. A consecuencia de aquella traición se nos hizo prisioneros a todos, y padrecito echó la vista encima de mi hermano Feodor Timofeyevitsch. Padrecito empezó a dar con el sable a Fedia, gritando al mismo tiempo: «Carroña, perro rojo, hijo de perro» y más todavía, y le siguió golpeando hasta que oscureció y hasta que mi hermano Feodor Timofeyevitsch cayó muerto. Entonces le escribí a usted una carta de cómo Fedia estaba enterrado sin cruz. Pero padrecito me pilló la carta y me dijo: «Hijos de madre, que habéis salido a la madre, sois una ralea de zorra. Yo he preñado a vuestra madre y volveré a preñarla. Mi vida camina a su fin; pero, en nombre de la Verdad, voy a exterminar a mi propia simiente...», y mucho más dijo todavía. Yo soporté ese sufrimiento como nuestro salvador Jesucristo. Pero pronto escapé de padrecito y volví a alistarme en las tropas del compañero Paulichenko. Y nuestra brigada recibió orden de dirigirse a la ciudad de Voronezh para equiparse, y allí nos dieron caballos, mochilas, polainas y todo lo que nos hacía falta. Puedo decirle, querida madre Yefdokia Feodorofna, que Voronezh es una ciudad muy bonita; pequeña, aunque más grande que Krassnodar. La gente es muy guapa y hay allí un riachuelo que sirve para bañarse.

Todos los días nos han dado dos libras de pan, media libra de carne y bastante azúcar, de manera que al levantarnos, y por la noche lo mismo, hemos tomado té dulce y hemos olvidado el hambre. A mediodía fui a ver a mi hermano Semión Timofeyevitsch para hartarme de ganso y de tortilla dulce. Después me dormí. Por entonces quiso todo el regimiento tener de comandante a Semión Timofeyevitsch por su valentía, y vino orden del compañero Budienny, y Semión Timofeyevitsch recibió dos caballos, magnífica vestimenta, un carro para el bagaje y la orden de la Bandera Roja, y yo, como hermano suyo, me he quedado con él. Si ahora nos ofendiese un vecino, Semión Timofeyevitsch podía matarle sin más ni más. Después empezamos a perseguir al general Denikin; matamos a miles de los suyos y los echamos hasta el mar Negro; pero ni rastro de padrecito, y eso que Semión Timofeyevitsch ha hecho indagaciones sobre él en todas partes porque le atormenta el recuerdo de su hermano Fedia. Pero, querida madre, ya conoce usted a padrecito y sabe usted lo testarudo que es. Se había pintado tranquilamente la barba roja de negro, y se hallaba vestido de paisano en la ciudad de Maikop, donde nadie podía conocer que era un verdadero sargento de caballería del antiguo régimen. Pero la verdad se abre paso siempre. Su compadre Nikon Vassilievitsch le vio por casualidad en una choza y dio cuenta de ello a Semión Timofeyevitsch. Montamos a caballo y corrimos furiosamente doscientos kilómetros, yo, mi hermano Semión y unos cuantos mozos voluntarios.

*Y ¿qué vimos en la ciudad de Maikop? Pues vimos que el interior no sufre como el frente, y que lo mismo que allí, en todas partes hay traición, y que todo está lleno de judíos, igual que en el antiguo régimen. Y Semión Timofeyevitsch disputó violentamente en la ciudad con los judíos, que tenían a padrecito bajo cerrojos y no querían entregarle diciendo que había llegado orden del compañero Trotski de no matar a los prisioneros; que ellos mismos le juzgarían; que no queríamos ser malos con ellos; que padrecito recibiría lo suyo. Pero demostró que era comandante de un regimiento y que poseía todas las órdenes de la Bandera Roja del compañero Budienny. Amenazó con apalear a todos los que defendían la persona de padrecito y no quisieran entregarle, y los mozos del pueblo amenazaban también con ello. Y cuando padrecito salió, empezó Semión Timofeyevitsch a pegar a padrecito y, según la costumbre de la guerra, apostó en el patio a todos los soldados. Y luego Senka le tira agua a la cara a padrecito Timofei Rodionitsch, y la pintura corría barba abajo. Y Senka preguntó a Timofei Rodionitsch:*

*—¿Le va a usted bien en mis manos, padrecito?*

*—No —dijo padrecito—; me va mal.*

*Entonces preguntó Senka:*

*—Y a Fedia, ¿le iba bien en sus manos cuando le mató usted a golpes?*

*—No —contestó padrecito—; mal lo pasó Fedia.*

*Entonces volvió a preguntar Senka:*

*—¿Creía usted entonces, padrecito, que también usted lo pasaría mal alguna vez?*

*—No —dijo padrecito—; no creí que lo pasaría mal.*

*Entonces se volvió Senka a los que estaban presentes y dijo:*

*—Yo creo que vosotros no andaríais con miramientos conmigo si cayera en vuestras manos. Con que, padrecito, vamos a terminar...*

*Entonces Timofei Rodionitsch empezó con todo descaro a decir cosas a Senka, a la madre de Senka y a la madre de Dios, y Senka a pegarle en los morros; y Semión Timofeyevitsch me mandó salir del patio, así que no puedo decirle, querida madre Yefdokia Feodorofna, cómo terminó padrecito, porque entonces precisamente me echaron del patio.*

*Luego acuartelamos en la ciudad de Novorossik. De esta ciudad puede decirse que detrás de ella no hay más tierra seca... Agua, pura agua, el mar Negro. Allí estuvimos hasta mayo, luego fuimos al frente polaco y allí nos las entendimos con los nobles hasta no poder más...*

*Quedo de usted su querido hijo.*

*Vassili Timofeyevitsch.*

*Madrecita, eche una mirada de cuando en cuando a Stiopa y Dios no la*

*abandonará...*

Ésta es la carta de Kurdyukof, en la que no he cambiado una palabra. Cuando la terminé, cogió la hoja escrita y se la metió debajo de la camisa, pegada al cuerpo.

—Kurdyukof —pregunté al mozo—, ¿era malo tu padre?

—Mi padre era un perro contestó sombríamente.

—¿Y tu madre es mejor?

—¡Psss!... Si quieres verla... Aquí tienes a nuestra familia.

Y me alargó una fotografía arrugada. Allí se veía a Timofei Kurdyukof, un sargento de caballería, ancho de hombros, con gorra de uniforme, la barba cuidadosamente partida, los pómulos salientes e inmóviles y los ojos fijos, sin color ni expresión. A su lado, en un sillón de mimbre, una campesina pequeña miraba vivazmente. Estaba sentada, con una blusa que caía sobre la falda y con un semblante enfermizo, dulce y tímido. Y en el inocente fondo de la fotografía —flores y palomas— estaban de pie como árboles, dos mozarrones; dos raros gigantes de mirada apagada, caras anchas, tiesos como a la voz de «¡Firmes!». Eran los dos hermanos de Kurdyukof: Feodor y Semión.

## EL EMBAUCADOR

Los gemidos llenan el pueblo. La caballería pisotea el grano. Y cambia los caballos. Deja los suyos derrengados y les quita a los campesinos sus caballos de labor. No hay juramentos que valgan. Sin caballos no hay ejército.

Pero esto no es un consuelo para los campesinos. Porfiadamente se agolpan ante la residencia del estado mayor.

Van arrastrando del roncal caballos que se resisten y se desploman de débiles. Se ha despojado a los campesinos de su sostén y están llenos de amarga cólera. Saben que no podrán sostener mucho tiempo esa cólera, y sin embargo, se querellan desesperadamente a Dios, a las autoridades y a su amarga suerte.

El comandante del estado mayor Sch., está con todo su uniforme en la escalera. Con los inflamados párpados caídos, escucha con visible atención las quejas de los campesinos. Sin embargo, su atención es un farsa. Sch., como todo jefe veterano y cansado, sabe eliminar completamente todo trabajo cerebral en los momentos libres de su vida. En esos pocos momentos de feliz inconciencia bovina se repone su gastada máquina.

Y lo mismo pasaba entonces delante de los campesinos.

Bajo el sedante acompañamiento de sus voces incoherentes y desesperadas percibe Sch., un ligero latido en el cerebro. Es la señal de que su pensamiento recobra la claridad y la energía. Cuando transcurre la pausa necesaria, se encuentra con la última lágrima de un campesino y entonces pone el semblante severo del cargo y entra en el despacho a trabajar.

Pero en esta ocasión no consigue poner el semblante oficial. Dyakof, antiguo atleta de circo, ahora comandante de la remonta, galopa en su anglo-árabe ante la escalera: colorado el rostro, gris el mostacho, negro el capote y adornos de plata en el pantalón ancho y rojo.

—Mi eclesiástica bendición a toda la venerable canalla —dijo haciendo que el caballo se parase y se encabritase en pleno galope. Al mismo tiempo rodaba bajo su estribo un rocín medio muerto, uno de los cambiados por los cosacos.

—Mira, compañero comandante —gritó un campesino golpeándose el pantalón —; mira lo que nos colgáis. ¿Ves lo que recibirnos? Trabaja tú con eso...

—Por este caballo —comenzó Dyakof cortando las palabras y dándoles importancia—, por este caballo puedes reclamar con pleno derecho, mi respetable amigo, quince mil rublos de la reserva de caballos. Si fuera un caballo más vivo recibirías de la reserva, querido amigo, veinte mil rublos. El que se haya caído el caballo no significa rinda. Si un caballo se cae y vuelve a levantarse, sigue siendo caballo. Si, por el contrario, no vuelve a levantarse, no es caballo ya. Pero a esta yegua sana la voy a levantar yo sin más ni más...

El campesino alzaba los brazos:

—¡Virgen María! ¿Cómo va a poder levantarse el pobre animal?... ¡Si está

reventando la pobre bestia!

—Estás ofendiendo al caballo, amigo —contestó Dyakof con íntima persuasión—. Tus palabras son blasfemias, amigo.

Y Dyakof desmontó diestramente de la silla su atlético cuerpo. Estirando sus magníficas piernas, atadas con correas hasta las rodillas, se acercó orgulloso y ágil, como en un escenario, a la bestia moribunda.

Desmesurados los ojos redondos y profundos, miraba lastimeramente a Dyakof y pareció lamer de la colorada mano de éste, alguna orden invisible... Al momento el caballo exánime sintió la confiada fuerza que emanaba de aquel Romeo cano, radiante y joven. El caballo venteó, sus patas se fueron doblando; sentía el cosquilleo impaciente e imperativo del látigo en el vientre y, por fin, se levantó cauta y lentamente. En esto, todos vimos la delgada mano de Dyakof acariciando la sucia crin del jamelgo y el látigo silbó sobre el flanco cubierto de sangre del caballo. Estremecido todo el cuerpo, se irguió la yegua sobre sus patas sin apartar de Dyakof sus ojos de perro, temerosos y amantes.

—Como ves es un caballo —dijo Dyakof al campesino.

Y añadió suavemente:

—Y te has quejado, querido amigo...

El comandante de la remonta arrojó las bridas al ordenanza. Subió cuatro escalones de un salto y teatralmente, flotando el capote, desapareció en la residencia del estado mayor.

## LA MUERTE DEL BAUTISTA

La vida encantadora y sabia de pan Apolek me embriagó como un vino añejo. La suerte depositó a mis pies un evangelio que había permanecido ignorado del mundo, entre desoladas ruinas en la devastada ciudad de Novgorod-Volynsk. Rodeado de puros, radiantes y santos resplandores, juré imitar el ejemplo de pan Apolek, y sacrifiqué al nuevo voto todas las dulzuras soñadas por el odio, todo mi acerbo desprecio hacia los perros y los cerdos entre los hombres, todo el fuego de una venganza silenciosa y embriagadora.

En la vivienda abandonada por el cura de Novgorod pendía, en lo alto de la pared, un cuadro con la inscripción: La muerte del Bautista. Inmediatamente reconocí en Juan a un hombre que yo había visto ya una vez.

Lo recuerdo: entre la nítida blancura de las paredes hilaba su serenidad una mañana de verano. Un haz de rayos de sol —remolino de luminoso polvo— iluminaba la parte inferior del cuadro. De la azul cavidad de la hornacina bajaba hacia mí la elevada figura de Juan. La negra vestimenta envolvía triunfalmente su cuerpo fanático, horriblemente flaco. En los redondos ojales de la vestidura brillaban gotas de sangre. La cabeza de Juan estaba cortada oblicuamente por el cuello y yacía en un plato de barro que sostenía un guerrero con dedos amarillos y grandes. Me pareció reconocer aquel semblante muerto. Presentí un secreto. Aquellos rasgos eran los de pan Romualdo, el acólito del cura fugitivo. De la boca abierta salía el cuerpo diminuto de una serpiente de escamas tornasoladas y cuya cabeza, rosada y fina, se erguía viva en el fondo oscuro de la vestimenta.

Me sorprendió el gran arte y la sombría inspiración del pintor. Pero más me asombró al día siguiente la virgen de sonrosadas mejillas colgada sobre la cama matrimonial de pani Elisa, el ama del viejo cura. Los dos cuadros delataban el mismo pincel. El rostro carnoso de la madre de Dios era el de pani Elisa. Entonces empecé a adivinar el misterio de las imágenes de Novgorod. La solución de este enigma me llevó a la cocina de pani Elisa, donde se reunían en las noches frías los conocidos de la vieja y atareadísima polaca, entre ellos aquel pintor idiota. Pero ¿era verdaderamente idiota pan Apolek porque convirtiese en ángeles a los moradores de los pueblos comarcanos y porque hiciese un santo de Yanek, el cojo?

Hacía treinta años que, un día sereno de verano había llegado con Godofredo, el ciego. Los dos amigos —Apolek y Godofredo— se acercaron al ventorro de Schmerel, a unos dos kilómetros de la ciudad, en la carretera de Rofno. Apolek llevaba en una mano la caja de pinturas y con la izquierda guiaba al ciego tocador de acordeón. El paso melodioso de sus botas alemanas claveteadas resonaba confiado y tranquilo. Apolek llevaba al cuello un pañuelo amarillo canario, y en el sombrero tirolés del ciego se mecían tres plumas de color chocolate.

En el ventorro, los caminantes dejaron sobre la repisa de la ventana la caja de pinturas y el acordeón. El pintor se quitó el pañuelo, que era interminable, como la

cinta de un prestidigitador; se fue al patio, se quedó en cueros y roció su cuerpo enjuto, miserable, colorado, con agua sucia. La mujer de la posada llevó a los huéspedes aguardiente de pasas y una fuente de aromático guisado.

Cuando Godofredo se hubo saciado, puso el acordeón en sus rodillas puntiagudas, echó la cabeza hacia atrás y movió sus dedos flacuchos. En el ventorro judío, ennegrecido por el humo, resonaron canciones de Heidelberg. Apolek acompañaba al ciego con su voz de hoja de lata. Parecía como si se hubiera llevado el órgano de Santa Indegilda a Schmerel y como si unas musas de pañuelos chillones y botas alemanas claveteadas se hubieran congregado en torno del órgano.

Los dos huéspedes cantaron hasta la puesta del sol; dejaron luego el acordeón y la caja de pinturas en un saco de lienzo, y pan Apolek entregó con una profunda reverencia una hoja de papel a Braina, la mujer del cantinero.

—Respetable pani Braina —dijo—, reciba usted de un artista caminante, bautizado con el nombre cristiano de Apolinar, este retrato como testimonio de nuestro íntimo respeto y como gratitud por su espléndida hospitalidad. Si Jesús nuestro Señor prolonga mis días y vigoriza mi arte, volveré para pintar el retrato al óleo. En su cabello quedarán bien unas perlas, y colocaré en su pecho una esmeralda.

En una hoja de papel había dibujado con lápiz rojo el rostro sonriente de pani Braina, encuadrada en rizos rubios.

—¡Borrachos! —exclamó Schmerel al ver el retrato de su mujer, y cogiendo un palo salió en persecución de ellos. Pero en el camino recordó de pronto el rosado cuerpo de Apolek chorreando agua al sol en un corral y el apagado son del acordeón. El tabernero quedó confuso, tiró el palo y se volvió.

A la mañana siguiente presentaba pan Apolek al cura de Novgorod su diploma de la Academia de Bellas Artes de Munich y doce cuadros sobre temas de la Sagrada Escritura. Eran óleos sobre delgadas tablas de cedro. El padre pudo ver sobre la mesa el rojo encendido de las vestiduras, el brillo esmeralda de los campos y los pórticos policromos de Palestina.

Los santos de pan Apolek, aquel montón de ancianos alegres, sencillos, de barba gris y mejillas rosadas, aparecían cubiertos de seda en noche impenetrable.

El mismo día recibió pan Apolek el encargo de pintar la nueva iglesia. Y mientras bebía una copa de benedictino, dijo el padre al artista:

—Santa María, bienvenido pan Apolinar. ¿De qué país maravilloso le ha venido esta alegre ofrenda?

Apolek trabajaba presurosamente, y un mes después se había llenado la iglesia con el balido de los rebaños, el áureo polvo del ocaso y la ubres pajizas de las vacas. Búfalos de vellosa piel arrastraban su tiro, perros de hocico colorado corrían delante de los rebaños, y, entre elevadas palmeras, se mecían en sus cunas rollizos niños. Andrajos pardos, hábitos franciscanos, cercaban las cunas. Calvas relucientes y arrugas sangrientas como heridas adornaban el cortejo de los profetas. En medio de ellos resplandecía la cara de zorro viejo y risueño de León VIII. También estaba allí el

cura de Novgorod, teniendo en una mano el rosario de talla china con que oraba y bendiciendo con la otra al recién nacido Jesús.

Durante cinco meses, solitario en su andamio, anduvo Apolek por las paredes de la cúpula y el ámbito del coro.

—Tiene usted verdadera pasión por los rostros conocidos, dichoso pan Apolek —le dijo un día el cura al reconocerse a sí mismo en uno de los profetas y a pan Romualdo en la cortada cabeza del Bautista. El viejo padre sonrió a Apolek y mandó servir un vaso de coñac al artista que trabajaba debajo de la cúpula.

No tardó Apolek en concluir la Santa Cena y la Lapidación de María Magdalena. Un domingo descubrió los muros pintados. Conspicuos ciudadanos aceptaron la invitación del sacerdote y reconocieron en el apóstol Pablo a Yanek, el sectario cojo, y en María Magdalena a Elka, la muchacha judía hija de padres desconocidos y madre de muchos expósitos. Los conspicuos ciudadanos mandaron revocar los blasfemos frescos y el viejo padre acumulaba amenazas sobre el impío. Pero Apolek no revocó las paredes pintadas.

Así se desató una guerra inaudita entre la poderosa Iglesia católica y el irreverente embadurnador de Dios. Esta lucha duró treinta años y fue implacable como la pasión de los jesuitas. Poco hubiera faltado para hacer de aquel piadoso vagabundo el fundador de una nueva secta de herejes. Y la verdad: de todos los enemigos de la funesta y escandalosa historia de la Iglesia romana hubiera sido el más ingenioso y el más extraordinario el que recorría el mundo, en una borrachera beatífica, con dos ratones blancos en el pecho y un puñado de pinceles finísimos en el bolsillo.

—Quince monedas de oro por La Madre de Dios, veinticinco monedas de oro por La Sagrada Familia y cincuenta monedas de oro por la Santa Cena, representando en ella a todos los parientes del cliente. El enemigo de éste puede figurar como Judas Iscariote: para ello se satisfará un aumento de diez monedas de oro —así anunciaba Apolek en los pueblos vecinos, una vez que lo expulsaron de la iglesia profanada.

No le faltaban encargos. Y un año después, al llegar aquella incomprensible delegación del obispo de Schitomir, llamada por el desesperado cura de Novgorod, encontró en las cabañas más pobres y más pestíferas aquellos asombrosos retratos de familia, impíos, ingenuos y animados como las flores de un jardín tropical. Se veía el cabello gris de José partido en raya, un Jesús cosmetizado, la María del lugar, varias veces madre, con las rodillas esparrancadas... Todos esos cuadros sagrados estaban en un rincón rojo, adornado con coronas y flores de papel.

—Os ha elevado a la santidad en vida —contestaba el vicario de Dubno y Novokonstantinof a la multitud que defendía a Apolek—. Os ha circundado con los imponderables atributos de la santidad, a vosotros, misteriosos destiladores de aguardiente; a vosotros, usureros sin compasión, a los que falseáis el peso a los que comerciáis con la inocencia de vuestras hijas, tres veces caídos en el pecado de la desobediencia.

—¿En qué conoce —replicó al vicario Witold, el tullido, un visionario y guarda

del cementerio— el Señor, clemente y todopoderoso, la verdad, y quién puede decir algo de ella al pueblo que habita en las tinieblas? ¿No contienen los cuadros de pan Apolek, que halagan nuestro orgullo, más verdad que vuestras palabras llenas de reproche y de cólera altanera?

La multitud alborotada obligó al vicario a escapar. La sublevación de los espíritus amenazaba la seguridad de los servidores de la Iglesia en los pueblos. El artista que debía remplazar a Apolek no se decidió a borrar las figuras de Elka ni del cojo Yanek. Por eso pueden verse todavía hoy esos retratos en el altar lateral de la iglesia de Novgorod: Yanek, un renegado cojo y horrible, de apóstol Pablo, y ella, la cortesana de Magdala, en confusa danza, extenuada y loca, con las mejillas hundidas.

La lucha contra el clero duró treinta años. Después las hordas de cosacos desalojaron al viejo monje de su nido de piedra, y Apolek —¡oh, mudanzas del destino!— se quedó en la cocina de pani Elisa. Y allí saboreé yo, huésped de un momento, el vino de su plática.

¿De qué me habló? Me habló de los románticos tiempos de los nobles, del horror del fanatismo de las mujeres, del artista Luca della Robbia y de la familia del carpintero de Bethlem.

—Tengo algo que decir al escritor —murmuró a mi oído Apolek misteriosamente antes de la cena.

—Bueno, Apolek —le contesté—, ya le escucho...

Pero pan Robatski, el conserje, gruñón y serio, huesoso y orejudo, se sienta muy cerca de nosotros, envolviéndose ceñudamente en el sudario de un silencio hostil.

—Tenía que decir al señor... —murmura Apolek y me lleva a un lado— que Jesús, el hijo de María, estaba casado con Deborah, una muchacha de Jerusalén, de familia humilde.

—Ese hombre —gritó desesperado pan Robatski—, ese hombre no morirá en su lecho. ¡Le va a matar la gente!

—Después de la cena —me susurró al oído Apolek en voz baja, apagada—. Después de la cena, cuando pan escritor esté animado.

Aquello me agradaba. Intrigado por la comenzada narración de pan Apolek, paseé por la cocina de arriba abajo, esperando la hora prometida. Detrás de la ventana se alza la noche como una columna negra. En la ventana se pasma el jardín animado, oscuro. Lechoso y lúcido, a la luz de la luna, corre el camino de la iglesia. La carretera queda en una luz opaca; de los árboles penden como joyas señoriales brillantes frutos. El aroma de los lirios es puro y penetrante como alcohol. La respiración densa, intranquila, de la estufa, aspira la frescura de ese veneno y amortigua el resinoso bochorno del abeto que hay en la cocina.

Apolek, con pañuelo rosa al cuello y un gastado pantalón, también rosa, está acurrucado en su rincón como un animal manso y decrepito. Su mesa está llena de engrudo y colores. El viejo trabaja con movimientos ligeros y limpios. De un rincón sale un quedo tamborileo rítmico. Son los dedos temblones del viejo Godofredo. El

ciego está inmóvil, sentado al resplandor amarillento y untuoso de la lámpara. Con la calva gacha escucha la música monótona de su ceguera y el murmullo de su eterno amigo Apolek.

—Y lo que le cuentan al señor, los popes y los evangelistas Marcos y Mateo, no es verdad... Pero puede decirse la verdad al escritor, a quien yo le haría con mucho gusto un retrato de san Francisco con paisaje verde y el cielo al fondo. Ése sí que era un santo todo sencillez: san Francisco. Y si el señor escritor tiene una novia en Rusia... Las mujeres tienen predilección por san Francisco, aunque no todas las mujeres, panie.

Así empezó, en un ángulo donde olía a abetos, la historia del matrimonio de Jesús con Deborah. Ésta tenía un novio —según palabras de Apolek—. Su novio era un joven israelita que traficaba en marfil. Pero la noche nupcial de Deborah terminó con disgustos y lágrimas. Ella se sintió sobrecogida de temor al ver al hombre acercarse a su lecho. Angustiosos sollozos la ahogaban. Arrojó todo lo que había gustado en la comida de bodas. La ignominia cayó sobre Deborah, sobre su padre, sobre su madre y sobre toda su casta. El novio la abandonó sarcásticamente e invitó a los convidados a retirarse con él. Y cuando Jesús vio el indecible deseo de la mujer, ávida de un hombre y no obstante temerosa de él, se puso la vestidura del esposo y se unió lleno de compasión a Deborah, que yacía humillada. Entonces salió ella triunfalmente a donde estaban los convidados, miró de reojo disimuladamente, como una mujer que está orgullosa de haber agradado. Jesús estaba a un lado. Un sudor de muerte cubría su cuerpo y el agujijón del dolor atravesaba su corazón. Sin ser notado, salió de la sala en fiesta y se dirigió al desierto, al este de Judea, donde le esperaba Juan. Y Deborah trajo al mundo su primogénito...

—¿Dónde está? —exclamé yo riendo y aterrado.

—Los popes le han tenido escondido —contestó solemnemente Apolek y se llevó a su nariz de borracho el índice descarnado y yerto.

—Pan artista —exclamó de pronto Robatski saliendo de la oscuridad y moviendo sus ojos grises— ¿qué dice usted a esto? ¡Esto es una insensatez!

—Sí, sí —dijo Apolek agachándose y cogiendo a Godofredo—; así es, así es, panie...

Arrastró al ciego a la salida, pero acortó el paso en el umbral y me hizo una seña con el dedo.

—Un san Francisco —murmuró guiñando los ojos— con un pájaro en el brazo, con una paloma o un jilguero...; lo que quiera pan escritor.

Y desapareció con el ciego, su eterno amigo...

—¡Que insensatez! —le gritó Robatski, el conserje—. Este hombre no morirá en su lecho...

Pan Robatski abrió la boca y bostezó como un gato. Yo me despedí y me fui a dormir a casa de mi judío andrajoso.

Sobre la ciudad vacilaba la luna sin patria. Me fui con ella, y en mí renacieron

pensamientos en germen y canciones medio olvidadas.

## EL SOL DE ITALIA

Ayer volví a sentarme en casa de pani Elisa, bajo la corona de verdes ramos de abeto. Estuve sentado junto a la estufa caldeada y rumorosa y regresé a casa muy avanzada la noche. Abajo, en la hoz, brillaba como un cristal el Sbrutsch oscuro, de corriente mansa. Mi alma, llena de pensamientos dolorosos y embriagadores, sonreía inconscientemente a alguien, y la fantasía, esa mujer venturosa y ciega, conjuraba en la niebla de julio figuras remotas.

La ciudad incendiada, con sus columnas partidas y sus escombros profundamente enterrados, parecía flotar en el aire, ingrávida e irreal como un sueño. La desnuda luz lunar caía sobre ella a raudales inagotables, y yo esperaba, impaciente, que apareciese entre las nubes un Romeo, un Romeo vestido de raso que cantase de amor mientras, entre bastidores, un maquinista aburrido abría la llave de la luz de la luna.

Calles azules, semejantes a vías lácteas que manasen de numerosos pechos, pasaban a mi lado. Temía encontrar en casa a mi vecino Sidorof, que invariablemente dejaba caer sobre mí la pata peluda de su nostalgia. Por suerte, aquella lechosa noche de luna no habló Sidorof una palabra. Se hallaba sentado entre libros y escribía. Sobre la mesa oscilaba una vela torcida, la présaga luz de desventura de todos los cogitabundos. Me senté a un lado, me adormecí y los sueños, como jóvenes gatos, saltaron en torno mío. Muy tarde ya, me despertó un ordenanza que llamaba a Sidorof al estado mayor. Salieron juntos, y yo me dirigí precipitadamente a la mesa en que Sidorof había escrito y hojeé un libro. Era un libro para aprender italiano, con una reproducción del Foro romano y el plano de la ciudad de Roma. El plano estaba marcado con cruces en muchas partes. Mi adormilamiento desapareció. Me incliné sobre la hoja manuscrita y leí, con la sangre paralizada y las manos temblorosas, una carta extraña. Sidorof, el melancólico asesino, carmenaba los rosados vellones de mi fantasía y me arrastraba por los siniestros caminos de su locura metódica. La carta estaba abierta por la segunda página, pero no me atreví a buscar el principio:

*El pulmón está atravesado y mi mente un poco alterada, como dice Sergei, mi inteligencia ha volado. Pero, bromas aparte... pasemos a la orden del día, querida amiga Victoria...*

*He hecho la campaña de tres meses de Majno, una serie agobiadora de canalladas, nada más... Sólo Volin sigue ahí. Volin se complace en el papel de apóstol y, poco a poco, va deslizándose desde el anarquismo a la doctrina de Lenin. Horrible. Y padrecito Majno le escucha, se acaricia el polvoriento pelambre de sus rizos y por sus dientes podridos se desliza rápidamente, como una serpiente, su sonrisa cazurra. Y no sé si en todo esto no se esconde un grano corrupto de anarquía y si no tendremos nosotros que limpiaros la excelente nariz a vosotros, autofabricados miembros del comité central,*

«made in Karkof», vuestra autofabricada capital. Vuestros jóvenes no quieren acordarse ya de los pecados de su anarquista mocedad, y se ríen de nosotros desde la altura de su sabiduría política... El diablo se los lleve.

Luego caí en Moscú. ¿Cómo fui a caer en Moscú? La juventud le atropellaba a uno con requisas y otras medidas. Yo, adolescente como era, me metí en medio. Me azotaron a conciencia y con razón. La herida no era de importancia; pero en Moscú, ¡ah Victoria!, en Moscú la miseria me dejó mudo. Las hermanas del hospital me llevaban todos los días un poco de sémola. Con devoto semblante, llevaban la sémola en una fuente grande, y yo odiaba aquella sémola, aquella alimentación falta de plan y a Moscú que estaba sujeto a él. En la Dieta me encontré con un puñado de anarquistas. O eran holgazanes o viejos medio locos. Fui al Kremlin, y propuse un plan para un trabajo positivo. Me acariciaron la cabeza y me prometieron nombrarme suplente si me enmendaba. ¿Y qué vino después? Después vino el frente, la caballería y la vida de soldado, con su olor a sangre fresca y a cadáveres.

¡Sálveme, Victoria! La política me vuelve loco, el aburrimiento me enferma. No, no me ayudará usted, y yo reviento aquí sin plan alguno. Y ¿quién puede desear que reviente un compañero inorganizado? Usted no, Victoria, novia que jamás llegará a ser mi mujer. Para eso tiene usted también sentimentalismo..., ¡el diablo se lo lleve!

Y ahora al asunto. Me aburro en el ejército. A causa de mi herida no puedo montar a caballo; luego no puedo combatir. Haga valer su influencia, Victoria. Que me envíen a Italia. Estoy aprendiendo ahora italiano y lo hablaré dentro de dos meses. Italia fermenta. Ya hay allí mucho preparado. Falta un par de tiros, y yo dispararé el primero... El rey es allí un buen hombre. Se hace popular y se deja retratar con socialistas domesticados para los periódicos familiares.

En el comité central y en el comisariado del exterior no debe decir nada de los tiros ni del rey. De lo contrario, le acariciarán a usted también la cabeza y replicarán a todo: «romanticismo». Diga usted sencillamente que estoy enfermo, que soy un amargado, que perezco de tedio y que suspiro por el sol de Italia y por los plátanos. ¿He merecido esto o no? Tengo que curarme, y con esto basta. Si no quisieran, que me manden entonces a Odessa, a la Checa... Ésta sabe lo que quiere, y...

¡Qué estúpida, qué injusta, qué neciamente escribo, amiga Victoria...!

¡Italia! Esta tierra se metió en mi corazón y allí sigue. La idea de ese país nunca visto me es grata como nombre de mujer, como su nombre, Victoria...

Leí la carta y me volví a mi lecho revuelto y sucio. Pero no pude dormir. Al otro lado lloraba amargamente una judía embarazada, y el murmurar suspirante de su zancudo marido era la respuesta. Ambos pensaban en su propiedad perdida y su

desventura irritaba al uno contra el otro.

Al alba regresó Sidorof. La vela que ardía en la mesa se estaba extinguiendo. Sidorof sacó de la polaina otra vela, y lenta y pensativamente apretó con ella el cabo gastado de la anterior. Nuestro cuarto quedó a oscuras. Todo exhalaba allí nocturno y húmedo olor nauseabundo. Sólo la ventana, bañada por la luna, resplandecía como una liberación.

Mi atormentado vecino escondió inmediatamente la carta. Volvió a sentarse, a replegarse sobre la mesa, inclinado sobre el plano de Roma. Ante su rostro oliváceo, inexpresivo, se abría el magnífico libro de lomo dorado. Allí estaban las ruinas del Capitolio y del Coliseo a la luz del ocaso. Entre las hojas grandes y satinadas del libro había un retrato de la familia real: una hoja arrancada de un almanaque en la que se veía al simpático y débil rey Víctor Manuel, con su mujer, de negra cabellera, el príncipe heredero Humberto y una nidada de princesas...

Así fue la noche: llena de lejanos y graves rumores; en la húmeda oscuridad, un resplandor cuadrado y dentro de él el rostro cadavérico de Sidorof, una máscara muerta sobre el fulgor amarillo de una vela.

## GUEDALYE

En la noche del sábado me agobia siempre la densa tristeza de los recuerdos. Esa noche mi abuelo, con su barba amarillenta, se inclinaba profundamente en otro tiempo sobre los libros Ibn-Ezra, y mi abuela, con su cofia puntiaguda, hacía movimientos extraños con los dedos sarmentosos sobre los candelabros y lloraba dulcemente. Esa noche se mecía en mi corazón infantil como un barquichuelo sobre encantadas olas. ¡Oh libros viejos, talmúdicos, de mi niñez! ¡Oh profunda tristeza de los recuerdos!

Deambulo por Schitomir buscando el tímido lucero. Junto a la vieja sinagoga, junto a sus muros amarillentos e indiferentes, viejos judíos venden greda, azulina y mechas. Son judíos de barbas, como los profetas, con harapos sobre el pecho ardiente y hundido...

Delante de mí está el mercado y la muerte del mercado. El alma grasa de lo superfluo está muerta; de las puertas de los comercios penden mudos cerrojos y el granito de la calle está liso como una calavera. El tímido lucero... brilla y se apaga...

El éxito vino después. El éxito vino poco antes de la puesta del sol: la tienda de Guedalye está escondida entre los comercios cerrados. Dickens, ¿dónde estaba aquella noche tu sombra benévola? En aquella prendería hubieras encontrado zapatos dorados y cables marinos, un compás viejo y un águila rellena, una escopeta de cazador, grabados del año 1810, y una cacerola rota.

Guedalye, el dueño de la tienda, bajo, con anteojos ahumados y una levita hasta los pies, mide en el rosáceo vacío de la tarde sus tesoros. Se restriega las manos, carmena su barba gris y escucha atentamente, con la cabeza baja, voces imperceptibles que vienen a buscarle.

Aquella tienda parece la caja de un muchacho pretencioso y aplicado que un día será profesor de botánica. En esa tienda se pueden encontrar también botones y una mariposa disecada. Su diminuto señor se llama Guedalye. Todos abandonaron ya el mercado. Sólo Guedalye queda en él, girando en el laberinto de globos, caretas y flores marchitas, sacudiendo el polvo con un plumero de colorines hecho con plumas de gallo y soplando las flores muertas.

Nos sentamos en unos barriles de cerveza. Guedalye arrolla su barba rala y la extiende de nuevo. Su sombrero de copa se cierne sobre nosotros como un torreón negro. Un aire cálido nos envuelve. El cielo cambia de color; del frasco vertido allá arriba fluye una sangre tenue. Me envuelve un ligero olor a moho.

—¿Revolución? ¡Bueno! Diremos que sí a la revolución. ¿Vamos por eso a decir que no al sábado? —así empezó Guedalye, envolviéndome con la mirada de sus ojos color de humo—. Sí, yo llamo a la revolución, la llamo, la llamo; pero se me esconde y no se hace notar más que por tiros...

—El sol no penetra en ojos cerrados —le digo al viejo—, pero nosotros abriremos los ojos cerrados.

—El polaco me ha cerrado los ojos —murmura el viejo apenas perceptiblemente—; el polaco, el perro infame. Coge a los judíos y les arranca la barba... ¡Ah, perro! Y ahora le baten al perro infame... Esto es admirable. Esto es la revolución. Y luego viene a mí y me dice, la que ha batido a los polacos: «Trae acá tu gramófono Guedalye». «Me gusta la música, panie» —contesto a la revolución—. «Tú no sabes lo que te gusta, y yo tengo que disparar, Guedalye, porque soy la revolución»...

—Tiene que disparar, Guedalye —interrumpo al viejo—, porque es la revolución.

—Pero el polaco ha disparado, mi afable panie, porque es la contrarrevolución. Vosotros dispararéis porque sois la revolución. Ahora bien: la revolución es un placer, y un placer no aguanta huérfanos en casa. Una persona buena hace cosas buenas. La revolución es una buena cosa de los hombres buenos. Pero los hombres buenos no matan; luego la revolución la hacen los hombres malos. Pero los polacos son también hombres malos. ¿Quién le va a decir entonces a Guedalye dónde hay revolución y dónde contrarrevolución? En otro tiempo estudié el Talmud y me gustaban los comentarios de Rasche y los escritos de Maimónides. Y en Schitomir viven todavía otros hombres sabios. Y todos nosotros, nosotros, la gente que sabemos, nos arrojamos contra el suelo, gritando a voz en cuello: ¡Ay de nosotros! ¿Dónde está la dulce revolución?

El viejo se calló. Y contemplamos la primera estrella que se abría camino en la Vía Láctea.

—El sábado empieza —anunció Guedalye solemnemente—. Los judíos deben ir al templo, pan compañero —dijo, se levantó, y el sombrero de copa, como un negro torreón, vaciló en su cabeza—. Traed a Schitomir un par de hombres buenos. ¡Ay, en nuestra ciudad hay falta de ellos; hay falta de ellos!... Traed hombres buenos y les daremos todos los gramófonos. Somos ignorantes. ¿La Internacional?... Nosotros sabemos lo que es la Internacional, y también yo quiero la Internacional de los hombres buenos, y todas las almas deben ser registradas y recibir la ración alimenticia de la primera categoría. Ahí tienes, alma, come, goza de tu placer en la vida. ¡La Internacional! ¿Sabe usted, pan compañero, con qué se come...?

—Se come con pólvora —le contesté al viejo— y se adoba con la mejor sangre...

Y el nuevo sábado salió de la azul oscuridad y se dejó caer sobre su silla.

—Guedalye —dije—, hoy es viernes y la noche ha entrado ya. ¿Dónde puede encontrarse una rosquilla judía, un vaso de té judío y algo de ese exDios en el vaso de té...?

—En ningún sitio —me respondió Guedalye y puso el candado a la puerta—. En ningún sitio. Al lado hay una fonda que antes estaba en manos de buenas gentes, pero ahora ya no se come allí, ahora se llora...

Y abrochándose los tres botones de su levita, sacudiéndose el polvo con el plumero de plumas de gallo, se echó un poco de agua en las manos blanduchas y se alejó, diminuto, solo, meditabundo, con su sombrero de copa en la cabeza y un gran libro de versos debajo del brazo. El sábado empezó y Guedalye, el fundador de una

Internacional irrealizable, se fue a orar al templo.

## LA ESTRATEGIA DE MAJNO

Me mandaron del estado mayor un cochero de treinta y nueve años, llamado Grischtschuk.

Cinco años había pasado Grischtschuk prisionero en Alemania; se había fugado hacía unos meses; había atravesado Lituania y el noroeste de Rusia; había llegado hasta Volinia y, por último, una fanática comisión de reclutamiento le coge en Belef y le vuelve a la milicia. No había más que cincuenta kilómetros hasta el distrito de Kremenezker, de donde procedía Grischtschuk. En el distrito de Kremenezker tenía mujer e hijos. Hacía cinco años y dos meses que no había vuelto a casa. La comisión de reclutamiento le hizo cochero mío, y dejó de ser un paria a los ojos de los cosacos.

Yo disponía de un carruaje con cochero. ¡Un carruaje! Esta palabra formaba la base del triángulo en que se concentraba nuestra vida: el matar —el carruaje— el caballo...

El coche —ya se tratase de la calesa de un pope o de un funcionario del juzgado o de un sencillísimo carro corriente— ganó importancia por los caprichos de la guerra civil y se convirtió en un arma de combate móvil y terrible; creó una nueva estrategia y una nueva táctica; cambió el acostumbrado semblante de la guerra y produjo héroes y genios del carro. Así fue Majno, a quien nosotros vencimos, que había hecho del carro el eje de su estrategia misteriosa y astuta. Aquel Majno que suprimió la infantería, la artillería y hasta la caballería, y para sustituir aquellas pesadas masas montó en carros trescientos fusiles automáticos. Aquel Majno, tan diverso como la naturaleza. Carros de heno en línea de batalla conquistaban ciudades. Un cortejo nupcial que pasaba en sus coches ante el comité ejecutivo de un distrito, apenas llega abre un fuego concéntrico, y un pope flaco despliega la bandera negra de la anarquía y exige de las autoridades la entrega de la burguesía, la entrega del proletariado, vino y música. Un ejército de carros semejantes dispone de inauditas posibilidades para maniobrar.

Budienny no le fue en esto a la zaga a Majno.

Es difícil derrotar a un ejército así, e insensato provocarle a combate. Una máquina escondida en un montón de heno, un vehículo que puede meterse en la granja de un campesino, es una activa unidad de combate que se desvanece. Los puntos que se obtienen son cantidades de una adición desconocida cuya suma da la estructura del pueblo ucranio, como era hace muy poco todavía: salvaje, levantisco y egoísta. En una hora pone Majno en pie de guerra un ejército así, con las municiones escondidas en todos los rincones. Y menos todavía necesita para hacerle desaparecer de nuevo.

Entre nosotros, en la caballería regular de Budienny no predominaba tanto el carruaje; pero de todos modos todas nuestras secciones de artillería no iban más que en tales vehículos.

La fantasía de los cosacos distingue dos clases de carruajes: el coche del colono y

la calesa judicial. Lo cual, por otra parte, no es un descubrimiento, sino una diferencia que existe de hecho.

En el coche judicial, esa calesa de funcionarios del tribunal, desvencijada, hecha sin cariño y sin ingenio, traqueteaba antes por las llanuras del trigo de Kuban los cuerpos miserables, de nariz alcohólica, de los funcionarios, un tropel de hombres siempre soñolientos, siempre apresurados para cobros y registros. En cambio, los coches de los colonos llegaban a nuestro país procedentes de Samara o del Ural, de las ricas colonias alemanas situadas junto al Volga. Los anchos adrales de encina de esos carros están adornados con pintura casera, con grandes guirnaldas de rojos colores. El sólido piso está ferreteado. La armazón descansa sobre muelles que no se oxidan. En esos muelles, que ahora se quiebran por las estropeadas carreteras de Volinia, está almacenado el sudor de muchas generaciones.

Estoy encantado con mi nueva posesión. Todos los días enganchamos después de la comida. Grischtschuk saca los caballos de la cuadra. Van ganando de día en día. Ya descubro con orgullosa satisfacción un brillo mate en sus flancos almohazados. Les frotamos sus patas hinchadas, les recortamos las crines, los enjaezamos a la cosaca — con ese mare mágnum, ese revoltijo de correas secas—, y salimos del patio al trote, Grischtschuk se sienta a un lado en el pescante. Mi asiento de cretona basta, está relleno de heno y exhala un perfume de intimidad. Las altas ruedas chillan en la arena blanca y gorda. En la tierra se han pintado con encendidas amapolas campos cuadrados y en las colinas brillan iglesias destrozadas. Encima del camino se alza una estatua morena de santa Úrsula, con los brazos redondos y desnudos, en un nicho acribillado a balazos. Y unas letras finas, medioevales, tejen una cadena irregular sobre el oro de la fachada, que se ha vuelto negro: «Honor a Jesús y a su madre celestial».

Muertos lugares judíos rodeados de posesiones polacas. En las paredes de ladrillo que las cercan, brilla el blanco pavo, visión de serenidad en la azul lejanía. Oculta por chozas ruinosas se acurruca en la tierra miserable la sinagoga ciega y hendida, redonda como el sombrero de una chassida. Judíos desmirriados se tambalean tristes por la encrucijadas de los caminos. Y en mi recuerdo se ilumina la imagen de los judíos meridionales, joviales, barrigudos, chispeantes como el vino barato. No puede compararse con eso el amargo orgullo de estos otros de largas espaldas, huesudos, de barbas rucias y trágicas. A sus rasgos ardientes, atormentados, pronunciadísimos, les falta la grasa, la cálida circulación de la sangre. Los movimientos de los judíos galicianos y volinianos son desenfrenados, violentos, faltos de gusto, pero la fuerza de su dolor es de una austera sublimidad y el íntimo desprecio hacia el panie es infinito. Observándolos, comprendí la ardiente historia de ese país, los relatos de talmudistas que al mismo tiempo arrendaban fondas, de rabinos que eran usureros, de muchachas forzadas por mercenarios polacos y que provocaban duelos entre los magnates.

## EL RABINO

Todo es mortal. Vida eterna no es concedida más que a las madres. Si la madre no pertenece ya a los vivientes, deja detrás de ella un recuerdo que todavía no se ha atrevido a profanar nadie. El recuerdo de la madre nos nutre de piedad, como el océano, el océano sin límites, nutre a los ríos que surcan la tierra...

Así hablaba Guedalye, grave, sugerente. La tarde moribunda le envolvía en el rojo hálito de su tristeza. El viejo continuó:

—En las mansiones del chassidismo escudriñadas por las pasiones están rotas las puertas y ventanas; mas, no obstante, es inmortal como el alma de la madre. Perennemente permanece el chassidismo con sus órbitas derramadas en la encrucijada de las furiosas tempestades de la historia.

Así hablaba Guedalye, y después de haber orado en la sinagoga me llevó a casa del rabino Motale, el último rabino de la dinastía de Chernobyle.

Me dirigí con Guedalye a la calle principal.

En la lejanía brillaban las iglesias blancas como campos de alforfón. Detrás de nosotros sonó un tiro. Dos campesinas encinta con sonoros collares salieron de la puerta y se sentaron en el banco. Una tímida estrella alumbró en la liza anaranjada de la muerte del sol. Y la calma del sábado se cernió sobre los tejados oblicuos del *ghetto* de Schitomir.

—Aquí —susurró Guedalye, indicando una larga casa de fachada deteriorada.

Entramos en un cuarto pétreo y vacío como un depósito de cadáveres. El rabino Motale estaba sentado a la mesa, rodeado de posesos y embaucadores. Llevaba un gorro de marta y una vestidura blanca atada a la cintura con una cuerda. Estaba sentado con los ojos cerrados, acariciándose con sus dedos flacos el vello amarillento de su barba.

—¿De dónde viene el judío? —me preguntó levantando los párpados.

—De Odessa —le contesté.

—Piadosa ciudad —dijo de pronto el rabino en voz más alta que de costumbre—. La estrella de nuestro destierro, el forzoso venero de nuestros cánticos. ¿En qué se ocupa el judío?

—Pongo en verso las peregrinaciones del señor de Ostropol.

—¡Gran obra! —murmuró el rabino y cerró los párpados—. El chacal aúlla cuando está hambriento. Sólo el sabio rasga con su risa el velo de la existencia. ¿Qué ha aprendido el judío?

—La Biblia.

—¿Qué busca el judío?

—Alegría.

—Reb Mordsche —dijo el servidor del templo sacudiendo su barba—, este joven va a sentarse a la mesa y va a cenar esta noche de sábado con los demás judíos. Tiene que alegrarse de vivir y de no haber muerto todavía, tiene que batir palmas cuando

sus vecinos dancen, tiene que beber vino cuando se le dé vino.

Y Reb Mordsche, un viejo *clown* de párpados oblicuos y grandes, un viejo giboso con la estatura de un niño de diez años, se me acercó inmediatamente.

—¡Ah, mi querido joven! —dijo el desarrapado Reb Mordsche haciéndome un guiño—. ¡Cuántos locos ricos he conocido en Odessa! Siéntese a la mesa, joven, y beba del vino que no le han de dar...

Y nos sentamos todos en fila —los endemoniados, los embaucadores, los papanatas—. En el rincón gemían aún sobre el libro de rezos, judíos de anchas espaldas que semejaban pescadores y apóstoles. Guedalye, con su bata verde, dormía junto a la pared como una avecilla de color. Y de repente veo a espaldas de Guedalye a un joven con los rasgos de Spinoza, con la pesada frente de Spinoza y el enfermizo rostro de una monja. Fumaba y temblaba al mismo tiempo como un fugitivo a quien se llevara de nuevo a la prisión. El andrajoso Mordsche se acercó a él por detrás, le arrancó el cigarrillo de la boca y se volvió en seguida hacia mí.

—Es Ilia, el hijo del rabino —gimió Mordsche volviendo hacia mí sus párpados desfigurados, con equimosis—. El hijo maldito, el último hijo, el hijo rebelde...

Mordsche amenazaba al joven con su puño diminuto y le escupió a la cara.

—¡Alabado sea el Señor! —resonó al mismo tiempo la voz del rabino Motale Bratslavski. Y con sus dedos de monje partió el pan—. Alabado sea el Dios de Israel que nos ha elegido entre todos los pueblos de la tierra...

El rabino bendijo la cena y nos sentamos a la mesa.

Detrás de la ventana pastaban los caballos y gritaban los cosacos. El desierto de la guerra bostezaba a la ventana. Y el hijo del rabino fumaba en el silencio de la oración un cigarrillo tras otro. Cuando terminó la cena me levanté el primero.

—Querido joven —murmuró Mordsche a mi espalda tirándome del cinturón—. ¿De qué vivirían los santos si no hubiera en la tierra más que ricos malos y pobres vagabundos?

Le di dinero al viejo y salí a la calle. Me separé de Guedalye y me marché a casa, a la estación, donde me esperaba el frenesí de los centenares de luces de la imprenta, los mágicos fulgores de la estación radiotelegráfica, el rodar sin tregua de las máquinas y el artículo inconcluso para el periódico El Jinete Rojo.

## LAS ABEJAS

Me dan lástima las abejas. Los ejércitos enemigos las aniquilaron. En Volinia no queda una abeja.

Hemos destruido enjambres de un valor incalculable. Los hemos ahumado con azufre y volado con pólvora. La humareda de los restos despedía un olor horrible en la sagrada república de las abejas. Al morir, su vuelo era lento y su zumbido apenas perceptible. Como no teníamos pan, nos procurábamos miel con el sable. En Volinia no queda una abeja.

La crónica de los crímenes diarios me atormenta incesantemente como una enfermedad del corazón. Ayer fue el primer combate en Brody. Nos habíamos extraviado sobre la tierra azul, pero ni yo ni mi amigo Afonka Bida lo presentíamos. Los caballos recibieron el pienso temprano. La cebada estaba alta, el sol brillaba magníficamente y el alma, que no había merecido aquel cielo radiante y vagaroso, estaba ávida de tormentos prolongados. Por eso obligué a inclinarse ante mi dolor a los labios inmóviles de Afonka.

—Las mujeres en los pueblos hablan de las abejas y de su espíritu —contestó mi amigo el comandante del escuadrón—. Hablan mucho sobre ello. Si los hombres han infligido o no un dolor a Cristo, sólo en el curso del tiempo lo reconocen los hombres. «Pero ahí tenéis —dicen las comadres en los pueblos— a Cristo padeciendo en la cruz. Todos los insectos vuelan hacia él para atormentarle. Pero él los mira y se contrista. Sólo a los mosquitos innumerables no los ve. Y la abeja vuela también alrededor de Cristo...».

—Pícale —dice el mosquito a la abeja— pícale y nosotros cargamos con la culpa.

«—No puedo —dice la abeja alejándose de Cristo—. No puedo hacerlo porque es hijo de un carpintero».

—Hay que tener en cuenta —concluye Afonka, mi comandante de escuadrón— que también la abeja debe padecer. También nosotros nos atormentamos por ella...

Afonka hizo con la mano ademán de arrojar algo y empezó a entonar una canción. La canción del potro overo. Ocho cosacos de Afonka comenzaron a cantar con él, y hasta Grischtschuk, que estaba adormecido en el suelo, se echó el gorro a un lado.

El potro overo, llamado Dschigut, pertenecía a un capitán de cosacos que se había emborrachado con vodka en la fiesta de la degollación de Juan. Así cantaba Afonka con extensa voz y se iba durmiendo poco a poco. Dschigut era un potro fiel, y el capitán de cosacos no conocía límites a sus deseos en las fiestas. Los deseos de aquel día eran cinco vasos grandes llenos. Después del cuarto montó en el potro el capitán y le guió hacia el cielo. La subida fue larga, pero Dschigut era un potro fiel. Llegaron al cielo, y allí se acordó el capitán de cosacos del quinto vaso. Pero el último vaso había quedado en la tierra. Entonces el capitán de cosacos lloró sus afanes estériles. Lloraba, y Dschigut miraba a su amo y meneaba las orejas.

Así cantaba Afonka mientras se iba durmiendo. La canción se evapora como

humo. Cabalgamos hacia la heroica puesta del sol, cuyos férvidos raudales se derraman sobre los paños abigarrados de los campos. La calma se hace púrpura. La tierra semeja el lomo de un gato cubierto con la piel tornasolada de los agros. En una colina se agazapa la blanca aldea de Klekoty. Detrás de ella nos espera la visión de Brody, la ciudad muerta y demolida. Pero en Klekoty nos salió un tiro a la cara. En una colina vigilaban dos soldados polacos. Sus caballos estaban atados a una estaca. Una batería ligera enemiga se dirigió velozmente a la colina. En fila, a lo largo del camino, estaban los proyectiles.

—¡Adelante! —dijo Afonka.

Y desaparecimos.

¡Oh Brody! Las momias de tus pasiones holladas avientan hacia mí su veneno irresistible. Ya siento el frío de la muerte en mis órbitas llenas de lágrimas yertas. Pero el galope violento me lleva lejos de las piedras removidas de tus sinagogas.

## MI PRIMER GANSO

Savitski, el comandante de la sexta división se levantó al verme, y me quedé asombrado de la belleza de su figura corpulenta. Se levantó con la púrpura de su pantalón de montar, ladeada la gorra color grosella, con sus condecoraciones cosidas al pecho, y pareció que partía en dos la choza, como un estandarte el cielo. De él emanaba un aroma de ricos perfumes y el olor insípido y frío del jabón. Sus piernas largas semejaban doncellas embutidas hasta los hombros en brillantes botas de charol.

Me sonrió, golpeó con el látigo en la mesa y rápidamente cogió la orden que acababa de dictar el comandante del estado mayor. Era la orden a Iván Tshesnokof de avanzar con el regimiento a su mando en la dirección de Tschugunof-Dobryvodka y aniquilar al enemigo caso de que opusiera resistencia...

«... hago precisamente responsable de ese aniquilamiento —escribió el comandante de la división, ensuciando para ello todo el pliego— a ese Tshesnokof, bajo amenaza del más severo castigo, que ejecutaría en el acto; lo cual, compañero Tshesnokof, apenas dudará usted, pues no es el primer mes que trabaja usted conmigo en el frente...».

El comandante de la división puso su enmarañada firma debajo de la orden, se la arrojó al ordenanza y volvió hacia mí sus ojos grises, en los cuales chispeaba la alegría.

—Habla —gritó, y chasqueó el látigo en el aire.

Luego me leyó un papel, en cuya virtud quedaba yo adscrito al estado mayor de la división.

—Vale como orden —dijo el comandante de la división—. Excepto mujeres, puede contarse con todos los placeres. ¿Sabes leer y escribir?

—Sé leer y escribir —contesté yo, envidiándole al comandante el hierro y el fuego de su juventud—. Soy estudiante de derecho de la Universidad de Petrogrado.

—Entonces perteneces a los señores de Kinderbalsan —exclamó sonriente—. Y con unos anteojos en la nariz... ¡Valiente mozo! Gente como tú nos mandan sin consultarnos, pero aquí no queremos a la gente de anteojos. ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Con mucho gusto —contesté, y me fui con el sargento a buscar alojamiento en el pueblo. El sargento llevó mi maleta al hombro. La calle del pueblo se presentaba ante nosotros redonda y amarilla como una calabaza. El sol, moribundo, dejó sus resplandores rosa en el cielo. Llegamos a una choza con adornadas vigas. El sargento se detuvo y de repente me dijo, con una sonrisa culpable:

—Aquí tenemos una verdadera calamidad con la gente de gafas. Nuestros hombres no la dejan en paz. Llega uno con la más alta distinción y se le irrita hasta sacarle de sus casillas. Si usted consiguiese deshonar a una dama, a una verdadera dama, habría usted ganado a los soldados...

Quedó todavía un momento parado con mi maleta al hombro, se me acercó, retrocedió luego violentamente y se precipitó en el primer patio, donde había unos cosacos sentados sobre el heno, afeitándose unos a otros.

—Soldados —dijo el sargento dejando en el suelo mi maleta—: ahí hay un hombre a quien por orden del compañero Savitski tenéis que admitir en vuestro cuartel; pero sin hacer tonterías, porque es un hombre que durante sus estudios ha sufrido por nosotros.

El sargento enrojeció y se marchó sin volverse. Yo llevé la mano a la gorra y saludé a los cosacos. Un jovencillo de rubio pelo liso, peinado hacia abajo, y de hermosísimo rostro de riazano cogió mi maleta y la tiró fuera de la puerta. Luego me volvió el trasero y con una destreza extraordinaria empezó a soltar ruidos desvergonzados.

—¡Tiro cero-cero! —le dijo riendo un cosaco más viejo—. ¡Fuego rápido!

El joven terminó con su pobre arte y se alejó. Entonces, arrastrándome por el suelo, recogí todos mis manuscritos y los trajes viejos y rotos que se habían salido de la maleta. La recogí y la llevé al otro lado del patio. En la choza humeaba sobre unos ladrillos un caldero, donde se cocía carne de cerdo. Humeaba como humea a lo lejos en el pueblo la casa paterna, y el hambre se mezclaba en mí a una infinita soledad. Tapé con heno mi maleta rota, hice de ella una cabecera y me tumbé en tierra para leer en Pravda el discurso de Lenin en el segundo Congreso Comunista. El sol caía sobre mí, atravesando el festón de las colinas. Los cosacos saltaban por encima de mis piernas; el jovencillo se burlaba incesantemente de mí y las líneas queridas venían hacía mí por un camino de espinas sin alcanzarme. Tiré el periódico y me dirigí a la patrona, que devanaba hilo en la escalera.

—Patrona —dije—, quiero comer algo.

La vieja dirigió hacía mí el blanco apagado de sus ojos medio ciegos y volvió a bajarlos inmediatamente.

—Compañero —dijo después de un corto silencio—, por todas estas cosas preferiría colgarme.

—¡Maldita! —murmuré yo malhumorado y pegué a la vieja con el puño en el pecho—. No voy a perder mucho tiempo con vosotros...

Me volví y vi un sable extraño allí cerca. Un admirable ganso se bamboleaba por el patio, arreglándose despreocupadamente el plumaje. Le eché mano y lo aplasté contra la tierra. La cabeza del ganso crujía bajo mi bota, crujía y sangraba. El blanco pescuezo yacía estirado en el estiércol y las alas se alzaban sobre el cuerpo del ave muerta.

—¡Maldita! —dije atravesando al ganso con el sable—. Patrona, ásemelo.

La vieja, cuyos ojos medio ciegos brillaban detrás de sus gafas, levantó el ave, le envolvió en su delantal y se deslizó en la cocina.

—Compañero —dijo después de un silencio— quisiera colgarme y cerró la puerta tras de sí.

Entretanto, los cosacos se habían sentado en el patio alrededor de su caldero. Estaban inmóviles, erguidos como sacrificadores, sin mirar al ganso.

—El mozo encaja aquí —dijo uno de ellos, me hizo una señal y sacó del caldero una cuchara de caldo. Los cosacos cenaron con la atiesada dignidad de campesinos que se estiman mutuamente. Limpié el sable con arena y me marché a la puerta. Extenuado y rendido, me volví. La luna colgaba ya del patio como un pendiente barato.

—Hermano —dijo de pronto Surovkof, el cosaco más viejo—, siéntate con nosotros y come hasta que esté arreglado tu ganso.

Sacó de la polaina su cuchara de reserva y me la dio. Tomamos el caldo que habían cocido ellos mismos y comimos la carne de cerdo.

—Y ¿qué dicen los periódicos? —preguntó el jovencillo del rubio pelo liso haciéndome sitio.

—En el periódico escribe Lenin —dije sacando Pravda—. Lenin escribe que en Rusia hay una gran escasez de todo.

Y en alta voz, como un tardo de oído, entusiasmado, leí a los cosacos el discurso de Lenin.

La noche me envolvió en la vivificante humedad de su niebla; la noche puso sus manos maternas en mi frente abrasadora. Leí alegre y espí el pensamiento misterioso y retorcido de los cosacos con el pensamiento luminoso de Lenin.

—La verdad salta a la vista —dijo Surovkof cuando terminé la lectura—, pero no llega uno a verla. Sin embargo, él la coge de golpe como las gallinas el grano.

Esto dijo de Lenin, Surovkof, el jefe del escuadrón del estado mayor, y nos fuimos al pajar a dormir. Allí dormimos de seis en seis, entrelazando las piernas para calentarnos bajo aquel techo agujereado que dejaba pasar las estrellas. Yo veía mujeres en el sueño. Sin embargo, mi corazón, rojo de muerte, suspiraba y sangraba.

## LA MUERTE DE DOLGUSCHOF

La nube de la batalla se iba acercando a la ciudad. Hacia el mediodía pasó galopando a nuestro lado, con su negro capote de fieltro, Korotschayef, el despreciado comandante de la cuarta división, que ahora luchaba solo, buscando la muerte. Al pasar me dijo:

—Nuestras comunicaciones están rotas. Radsivilof y Brody están ardiendo.

Y partió velozmente de allí con su capote flotando al viento, todo negro, con pupilas como carbones.

En la planicie, lisa como una tabla, se agrupaban las brigadas. El sol rodaba entre una roja polvareda. En las zanjas mascaban algo los heridos, sentados. Las enfermeras, tendidas en la hierba, cantaban a media voz. Las patrullas de Afonka recorrieron el campo rebuscando en los uniformes de los cadáveres. Afonka se me adelantó dos pasos y dijo, sin volver la cabeza:

—Esta vez no nos han pegado mal. Tan seguro como dos y dos son cuatro. Se dice que van a destituir al comandante. La gente ya no tiene confianza en él...

Los polacos se han acercado al bosque, colocando ametralladoras en algunos puntos, a tres kilómetros de nosotros. Los proyectiles graneaban silbando. Su lamento se henchía insoportablemente. Los proyectiles caían en tierra y se metían en ella vibrantes de impaciencia. Witiagaichenko, el comandante del regimiento, que roncaba al sol, gritó en sueños y despertó. Montó a caballo y se puso a la cabeza del escuadrón. Su rostro estaba estrujado, lleno de rayas coloradas por la postura incómoda. Sus bolsillos iban llenos de ciruelas.

—¡Hijos de perra! —refunfuñó irritado, escupiendo el pepitón—. ¡Maldito aburrimiento! Timoschka, iza la bandera.

—¿Avanzamos? —preguntó Timoschka, sacando el asta del estribo y desplegando la bandera, en la que había pintada una estrella y escrito algo de la III Internacional.

—Ya se verá —contestó Witiagaichenko, y de pronto gritó estentóreamente:

—¡Muchachos, a montar! Reunid la gente... Los cornetas tocaron alarma. El escuadrón se formó en columna. De los fosos salió arrastrándose un herido que, poniéndose la mano delante de la cara, dijo a Witiagaichenko:

—Taras Grigorievich, soy delegado...; parece como si tuviéramos que quedarnos aquí rezagados...

—Arreglaos como podáis... —gruñó Witiagaichenko poniendo sus manos al caballo.

—Tememos, Taras Grigorievich, que no nos las podamos arreglar de ningún modo —exclamó tras él el herido.

—Dejadme en paz —dijo volviéndose Witiagaichenko—. No os voy a dejar atrás —y tiró de las riendas.

Inmediatamente resonó la sollozante voz femenina de mi amigo Afonka Bida:

—No galopes ahora, Taras Grigorievich; tenemos que recorrer cinco kilómetros. ¿Cómo vamos a pelear si los caballos están cansados? No tan de prisa, que tiempo te queda para morder la hierba.

—¡Adelante! —ordenó Witiagaichenko sin levantar la vista.

El regimiento montó a caballo.

—Si es verdad lo que se dice del comandante de la división —murmuró Afonka—; si es verdad que le destituyen, ya podemos largarnos.

Las lágrimas humedecieron sus ojos. Miré a Afonka lleno de asombro. Se volvió como una peonza, echó mano a su gorra y suspiró. Lanzó después un grito de combate y partió a rienda suelta.

Grischtschuk, con el pesado carro, y yo nos quedamos solos y anduvimos vagando hasta la noche entre casas ardiendo. El estado mayor de la división había desaparecido. Otros destacamentos no quisieron acogernos. Los polacos ocuparon Brody, pero fueron desalojados de allí por un contrataque. Nos aproximamos al cementerio de la ciudad. Detrás de las tumbas surgió una patrulla polaca que quiso avanzar hacia nosotros con los fusiles en alto. Grischtschuk volvió grupas, lanzando su carro a toda marcha. El viento aullaba.

—¡Grischtschuk! —exclamé yo en el viento ululante.

—¡Un juego de niños! —contestó él tristemente.

Estamos perdidos —dije yo con el entusiasmo de la muerte—; estamos perdidos, padrecito.

—¿Para qué los afanes de las mujeres? —dijo él más tristemente aún—. ¿Para qué el noviazgo, para qué la boda, para qué se alegran los parientes?

En el crepúsculo de la tarde se encendió una franja rosa y volvió a extinguirse. La Vía Láctea apareció entre las estrellas.

—Es cosa de risa —dijo Grischtschuk amargamente, indicándome con el látigo un hombre que estaba sentado en el camino—. Es cosa de risa. ¿Por qué se afanan las mujeres?

El hombre que estaba sentado en el camino era Dolguschof, el telefonista. Con las piernas tendidas, nos miraba estupefacto.

—Me muero —nos dijo Dolguschof cuando nos acercamos—. ¿Comprendéis?

—Comprendemos —contestó Grischtschuk parando el caballo.

—Tenéis que gastar un tiro para mí —dijo Dolguschof seriamente.

Estaba recostado contra un árbol. Sus botas temblaban. Sin separar los ojos de mí, levantó con cuidado su camisa. Tenía el vientre abierto; los intestinos le salían hasta las rodillas, y se podía ver el latido del corazón.

Dolguschof añadió:

—Si vienen los polacos se van a reír de mí. Ahí están mis papeles...; escribid a mi madre cuándo y cómo...

—No —contesté yo broncamente, metiendo espuelas al caballo.

Dolguschof abrió sus manos, mirando incrédulo las azules palmas.

—¿Te marchas? —murmuró desplomándose—. Márchate, inmundito.

El sudor me corría por el cuerpo. Las ametralladoras martilleaban cada vez más fuerte, con una tenacidad histérica.

Envuelto en los rayos del crepúsculo, galopaba Afonka Bida hacia nosotros.

—Ya les tiroteamos —gritó alborozado—. ¿Qué pasa aquí?

Le señalé a Dolguschof con el dedo y partí. Estuvieron hablando los dos un breve rato. No oí una palabra. Dolguschof alargó a mi amigo su libro de pagas. Afonka se lo guardó en la polaina y disparó un tiro en la boca a Dolguschof.

—Afonka —le dije con una sonrisa lastimera acercándome al cosaco—, yo no tuve valor.

—¡Marcha! —exclamó completamente pálido—. ¡Te mato! Vosotros los de las gafas tenéis compasión de nosotros como el gato del ratón...

Y apretó el gatillo...

Continué al paso sin volverme, sintiendo en la espalda frío y muerte.

—Deja eso —oí detrás de mí a Grischtschuk—. No hagas tonterías —y cogió a Afonka por el brazo.

—¡Canalla! —gritó Afonka—. No se librará de mi mano...

Grischtschuk me alcanzó en la encrucijada. Afonka había desaparecido.

—Ahí tienes, Grischtschuk —le dije—; hoy he perdido a Afonka, mi mejor amigo.

Grischtschuk sacó del morral una manzana rugosa.

—Come —dijo—; come, hazme ese favor.

Y yo acepté la limosna de Grischtschuk y comí su manzana lleno de dolor y recogimiento.

## BUDIENNY ORDENA

Junto a un árbol se encontraba Budienny, de pantalón encarnado con franjas de plata. Acababan de matar al comandante de la segunda brigada. Para sucederle se había nombrado a Kolessnikof.

Una hora antes Kolessnikof mandaba un regimiento; hacía una semana había mandado un escuadrón.

El nuevo jefe de brigada recibió orden de presentarse a Budienny. El comandante le esperaba junto al árbol. Kolessnikof llegó con su comisario, Grischin.

—La canalla nos pone en un aprieto —dijo el comandante del ejército con su fascinadora sonrisa—. Vencemos o perecemos. No hay otra solución. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Kolessnikof, con ojos saltones.

—Si inicias la retirada, te mato —dijo el comandante del ejército; sonrió y miró al comandante de la sección especial.

—¡A la orden! —dijo el comandante de la sección especial.

—Deja rodar la suerte —exclamó animosamente un cosaco que estaba a un lado.

Budienny se volvió impetuosamente y saludó al nuevo jefe de brigada. Puso sus cinco dedos colorados, vigorosos, abiertos, en la visera, enrojeció y se alejó a lo largo de los linderos labrados. Sus jinetes le esperaban a unos cien pasos. Iba con la cabeza inclinada, atormentado y lentamente, con sus piernas largas y tuertas. El sol poniente le bañaba en el insólito fuego rojo de la muerte próxima.

En la tierra destrozada, en medio de los campos excavados, mondos, amarillos, vimos la espalda estrecha de Kolessnikof, sus brazos caídos y la cabeza abatida con su gorra gris.

Un ordenanza le llevó un caballo.

Saltó a la silla y, sin volverse, se dirigió hacia su brigada. Los escuadrones le esperaban en la gran carretera de Brody.

El viento nos trajo un hurra apagado y fragmentario.

Alcé el antejo y vi al jefe de brigada cabalgando en nubes de polvo azul.

—Kolessnikof manda la brigada —comunicó el atalaya que estaba sentado en un árbol encima de nosotros.

—Bien —contestó Budienny.

En ese momento aulló el primer tiro polaco sobre nuestras cabezas.

—Marchan al trote —comunicó el atalaya.

—Bien —contestó Budienny, encendió un cigarrillo y cerró los ojos. Resonó un hurra apenas perceptible.

El bombardeo aumentaba; se encendían las granadas; los proyectiles terminaban su trayectoria con sordos truenos.

—La brigada ataca al enemigo —comunicó con voz cantarina el atalaya. Los hurras enmudecieron. El bombardeo cesó. En el bosque reventó una granada extraviada. Y oímos el combate ingente y mudo.

—¡Bravo mozo! —dijo el comandante del ejército—. Tiene honor dentro. Creo que nos saca de un apuro.

Budienny pidió un caballo y marchó al teatro de la lucha. El estado mayor le siguió.

Una hora después del aniquilamiento de los polacos, aquella misma noche, encontré a Kolessnikof. Iba al frente de su brigada —solo—, en un overo de rara belleza, y dormía. Tenía el brazo derecho vendado. Diez pasos detrás, un cosaco llevaba la bandera desplegada. La cabeza del escuadrón cantaba indolentemente canciones indecentes. La brigada, polvorienta e interminable, recorría el camino como carretas de campesinos que van al mercado. Detrás de ella jadeaba la banda militar.

Aquella noche la actitud de Kolessnikof me hizo recordar la indiferencia señorial de los kanes tártaros, y reconocí la escuela del famoso Kniga, del tenaz Paulichenko y del encantador Savitski.

## EL YUGO

¡Paisanos, compañeros, hermanos! Oíd aquí, en nombre de la Humanidad, la biografía del general rojo Matief Paulichenko. Este general fue en otro tiempo pastor en Lidino, la posesión del señor Nikitinski, y guardó los cerdos del amo, hasta que un día la suerte le concedió un entorchado, y con ese entorchado pasó a apacentar vacas. ¡Y quién sabe si nuestro Matief, esta antorcha, de haber nacido en Australia, no se hubiera elevado, queridos amigos, hasta los elefantes, y nuestro Matuska hubiera apacentado elefantes! Pero mi gran dolor es que en nuestro gobierno no hay elefantes. Con toda franqueza debo confesaros que a la redonda no se encuentra un animal mayor que un búfalo. Pero el pobre no encontraba en el búfalo gusto alguno, pues el ruso encuentra aburrido gastar bromas con los búfalos. ¡Dadnos un caballo apocalíptico, un caballo que se beba los vientos!

Paulichenko contaba:

Apacento el ganado vacuno y vivo en medio de las vacas, estoy harto de leche, hiedo como una ubre abierta y los recentales de un gris de ratón me rodean corteses. La libertad radica en los campos, la hierba susurra mansamente sobre el mundo entero, el cielo se abre sobre mí como un órgano polífono, y el cielo en el gobierno de Stavropol, amada gente, es a veces muy azul. Así apacento el ganado, y para distracción toco al viento el caramillo.

Pero un día se me acerca un viejo y dice:

—Ven, Matief —dice—; ven a ver a Nastia.

—¿Para qué, viejo? —digo yo—. ¿Queréis reiros de mí?

—Ven —dijo él—; te llama ella.

Y de esta manera fui a verla.

—Nastia —digo, y me pongo muy colorado—. Nastia —digo— parece que te estás riendo de mí.

Pero ella no me dejó concluir, echó a correr delante de mí tan rápida como pudo y yo tras ella. Así corrimos juntos hasta que, fatigados, encendidos y jadeantes, llegamos a la pradera.

—Matief —dice entonces Nastia—, hace tres domingos, cuando asomaron las oleadas de la primavera y los pescadores fueron a las riberas, fuiste con ellos con la cabeza caída. ¿Por qué dejabas caer la cabeza Matief? ¿Tiene algún dolor tu corazón, di?

—Nastia —digo yo—, no tengo nada que contarte. Mi cabeza no es ninguna escopeta ni tiene mira para apuntar, pero tú conoces mi corazón, Nastia. Está abandonado, y creo que ahogado en leche. Es terrible que un hombre como yo huela a leche.

Y al decir esto veo que Nastia se enfurece.

—Voy a matarme —dice— y ríe indómitamente, ríe a garganta plena, y en toda la estepa resuena su risa como si redoblara en un tambor. —Voy a matarme porque

miras amorosamente a las señoritas...

Y después de haber hablado durante algún tiempo cosa tontas, nos casamos. Vivimos a nuestro modo, como entendíamos la vida, y no la entendíamos mal. La noche entera nos era calurosa, hasta en invierno nos era calurosa; la noche entera andábamos desnudos, arrancándonos la piel del cuerpo. Bien vivimos, por el diablo, hasta que el viejo apareció por segunda vez.

—Matief —dijo—, el amo ha tentado ayer a tu mujer por todas partes, y el amo quiere tenerla...

Y yo:

—No —digo yo—, no..., y perdona, viejo; acaba, porque si no, te mato aquí mismo.

Y el viejo marchó apresuradamente sin decir palabra, y yo anduve a pie veinte kilómetros aquel día. Un gran pedazo de tierra me anduve a pie, y por la noche caí en la finca Lidino, de mi alegre señor Nikitinski. El viejo estaba sentado en el estrado, examinando tres sillas de montar: una inglesa, otra de dragones y otra de cosacos. Yo me quedé en la puerta, como si hubiera echado raíces, y me estuve una hora entera de pie, como un lampazo, sin que ocurriese nada. Pero después me echó la vista encima:

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Quiero el despido.

—¿Tienes algo contra mí?

—No tengo nada contra usted, pero quiero franqueza...

Entonces aparta la vista, la dirige altaneramente a un rincón, se levanta, extiende en el suelo una manta de fieltro de un rosa claro, más claro que la bandera de los zares, se planta encima y dice, alardeando y sacando el pecho como un gallo:

—Allá cada cual con su voluntad. Con tu madre y con tu abuela, las buenísimas cristianas, hice lo que quise. Puedes marcharte si quieres; pero, amigo Matiuska, ¿no me debes todavía una pequeñez?

—¡Ah, ah! —respondí yo riendo—. Es usted un bromista, como hay Dios, es usted un bromista. ¿No tengo que recibir salario de usted?

—¿Salario? —preguntó furioso mi amo, me tiró al suelo, empezó a darme patadas a la vez que me soltaba toda clase de blasfemias—. ¿El salario quieres? ¿Has olvidado el yugo que el año pasado dejaste que rompieran los bueyes? ¿Dónde está el yugo?

—Yo te devolveré el yugo —contesto a mi amo, levanto hacia él mis ojos inocentes y me arrodillo ante él como la criatura más baja—; yo te devuelvo el yugo, pero tú, viejo, no me has de agobiar con mis deudas y me vas a dejar un poco de tiempo...

Y, ¿qué es lo que tengo que decir, jóvenes de Stavropol, queridos paisanos, compañeros y hermanos? El señor esperó cinco años seguidos mis deudas; cinco años perdidos habían pasado, hasta que a mí, al perdido, me recibió el año diez y ocho. En vigorosos potros, en caballos padres retozones llegó el año diez y ocho. Venía rico de

carga, entonando diversos cantos. ¡Ah, qué grato me eres, año diez y ocho! ¡Jamás podremos vivir ya tan alegres e indómitos, oh mi sangre, mi año diez y ocho! Disipadores, cantamos tus cánticos, bebimos tu vino y erigimos tu verdad, y ahora no nos queda de ti más que un puesto de escribiente. Aquellos días, queridos míos, no se vio un alma de escribiente por Kuban, y a un paso de distancia mandamos al cielo almas de generales. Matief Rodionich estuvo entonces herido en Prikumski. Sólo cinco kilómetros estuvo alejado Matiel Rodionich de la finca Lidino. Y me fui solo, sin mi sección, y entré con tranquilidad y decencia en la casa. Allí se encontraban las autoridades del pueblo. Nikitinski las obsequiaba con vino y se captaba la simpatía de las gentes. Al verme, se quedó estupefacto. Yo me quité la gorra ante él.

—Buenos días —dije a los reunidos—, buenos días. Acéptenme como huésped, señores, y díganme qué actitud se toma aquí.

—Aquí, pacífica y cortés —me contestó uno que a juzgar por la manera de hablar debía ser apeador—. Pacífica y cortés; pero tú, compañero Paulichenko, vienes al parecer de muy lejos y tu cara está sucia. Nosotros, la autoridad del lugar, nos asustamos de una cara así. ¿Por qué?

—Porque vosotros —contesté yo— habéis ejercido vuestro poder con demasiada moderación; porque a mí me abrasa hace cinco años una mejilla de mi cara; me abrasó en las trincheras; me abrasó en las marchas; me abrasó con las mujeres y me abrasará hasta el juicio final —digo mirando a Nikitinski, contento al parecer. Pero Nikitinski no tiene ya ojos sino dos bolas en medio del rostro, como si le hubieran aplastado en la cabeza esas dos bolas, debajo de la frente. Y la mirada empavorecida de aquellas dos bolas de cristal quería parecer alegre...

—Matiusko —me dijo—, nos hemos conocido una vez y mi esposa Nastia Vassiliefna, que a consecuencia de los tiempos que corremos ha perdido la razón, fue una vez buena contigo; tú la cortejaste más que nadie, Matiuska... ¿Quieres verla ahora?

—Puede ser —digo, y me voy con él a otra habitación. Allí empieza a estrecharme las manos: primero la derecha y después la izquierda.

—Matiuska —me pregunta—, ¿eres mi destino o no?

—No —respondo—, deja esas palabras. Nosotros somos un escupitajo de Dios. Nuestro destino no vale un céntimo; nuestra vida exactamente lo mismo. Deja esas palabras y oye, si quieres, una carta de Lenin para...

—¿Para mí?... ¿Una carta?

—Para ti.

Y saco el diario de servicio, lo abro por una página en blanco y leo en ella, aunque ni siquiera conozco las letras:

*«En el nombre del pueblo —leo— y para fundamento de una vida futura esplendorosa, ordeno a Matief Rodionich Paulichenko que ahorque a algunas personas según su parecer...».*

—Ésta es —digo— la carta de Lenin para ti...

Y él a mi:

—No, Matuska, nuestra vida pertenece verdaderamente al diablo, y en el apostólico Estado ruso la sangre se ha puesto barata. Recibirás toda la sangre que te conceden y no olvidarás nunca la mirada de mis ojos moribundos... Pero ¿no sería mejor que te enseñara una parte de mi casa?

—Enséñamela —contesto—, quizá sea mejor...

Y recorro con él otra vez las habitaciones, bajamos a la bodega; allí quitó un ladrillo de la pared y sacó un cofrecillo. En él había anillos, collares y condecoraciones y un icono cubierto de perlas. Me tira el cofrecillo y se queda allí petrificado.

—Te pertenece —dice—. Posee de aquí en adelante el icono de Nikitinski, y ahora, Matief, vuelve a tu antro...

Entonces le cojo por el cuerpo, por el cuello, por los pelos.

—¿Y qué voy a hacer con mi mejilla? —pregunto. Di, hermano, ¿qué voy a hacer con mi mejilla?

Y entonces rompió a reír de pronto, estrepitosamente, sobre sí mismo, y ya no intentó escapar.

—Tienes la conciencia de un chacal. He hablado contigo como con un oficial de la Rusia zarista. Pero vosotros, vosotros, idiotas, estáis amamantados con leche de loba. Dispara, mátame, hijo de perra...

Pero yo no disparé, porque no era un tiro lo que yo le debía. Le llevé a rastras a la sala. Allí estaba la loca Nastia Vassiliefna, paseándose de arriba abajo por la sala con un reluciente sable y mirándose al espejo. Cuando entré en la sala con Nikitinski, se fue a un sillón, en cuya tapicería de terciopelo había tejida una corona de plumas, se sentó ágilmente y me saludó con la espada. Entonces empecé a pisotear al señor, mi señor Nikitinski. Una hora o más estuve danzando sobre él. Con un tiro, por decirlo así, se queda uno libre de un hombre; un tiro es una gracia para él; para mí, un alivio abominable. Con un tiro no penetras hasta donde el hombre tiene el alma, no le obligas a manifestarse abiertamente.

Tampoco yo tengo compasión conmigo mismo, y muchas veces me bato con el enemigo una hora o más, pues quisiera saber a toda costa qué es lo que el hombre lleva dentro...

## VENGANZA

Me abro paso hacia Leschniuf, donde se encuentra el estado mayor de nuestra división. Mi acompañante es el joven cosaco Prischchepa, vagabundo impenitente, comunista expulsado del que nacerá un contrarrevolucionario, un adicto de la sífilis y un embustero simpático. Lleva un capote grosella de paño ligero y un baschlyk de pluma que le cae hasta la espalda. En el camino me habla de él. Jamás olvidaré su historia.

Hace un año Prischchepa desertó de los blancos. Éstos, en venganza, tomaron a sus padres de rehenes y los asesinaron. Los vecinos cargaron con todos los bienes paternos. Cuando los blancos fueron expulsados de Kuban, Prischchepa volvió al pueblo natal.

Era una mañana, antes de la salida del sol. El aire tenía la acidez cálida del sueño de los campesinos. Prischchepa cogió un carro militar y recorrió el pueblo buscando gramófonos robados, cubas de kvass y los pañuelos bordados por su madre. Pasaba por la calle con un capote de paño negro y su sable curvo al cinto. El carro le seguía lentamente. Prischchepa iba de un vecino a otro, y sus suelas dejaban una huella sangrienta. En todas las isbas donde el cosaco encontró cosas de su madre o pipas de su padre, dejó viejas asesinadas, perros colgados encima de los pozos, iconos manchados con porquería. Los habitantes del pueblo fumaban sus pipas y seguían con turbia mirada el camino de Prischchepa. Los jóvenes cosacos huían a la estepa y contaban las víctimas. La suma iba creciendo; sin embargo, el pueblo callaba. Cuando Prischchepa terminó, volvió a la vacía casa paterna; allí colocó los muebles recuperados como los recordaba de su niñez, y mandó a buscar vodka. Se encerró en la isba, bebió dos días y dos noches, cantó, lloró y golpeó la mesa con el sable. La tercera noche el pueblo vio humo sobre la isba de Prischchepa. Achicharrado, deshecho, sin poder mover apenas las piernas, sacó la vaca del establo, le apuntó con el revólver al hocico y disparó. La tierra humeaba bajo él; un anillo de fuego azul salía por la chimenea y se desvanecía; en el establo se oía el bramido de los bueyes abandonados. El incendio resplandecía como un domingo. Prischchepa desató el caballo, saltó a la silla, se arrancó un mechón de pelos, los arrojó al fuego y se alejó al galope.

## HISTORIA DE UN CABALLO

Savitski, nuestro comandante de división, quitó cierta vez a Chlebnikof, el comandante del primer escuadrón, su semental blanco. El caballo tenía una soberbia presencia, pero estaba demasiado lleno, lo cual, a mi parecer, siempre le daba pesadez. Chlebnikof recibió, en cambio, una yegua negra, no de mala raza y de paso tranquilo. Pero Chlebnikof trataba mal a la yegua, ansiaba la venganza y esperaba la hora. Ésta llegó.

A raíz de los desafortunados combates de julio, Savitski fue trasladado como castigo. Entonces envió Chlebnikof al estado mayor del ejército una instancia suplicando la devolución del caballo blanco. El jefe del estado mayor escribió la siguiente nota al margen: «Devuélvase el semental en cuestión al antiguo dueño». Triunfalmente recorrió Chlebnikof cien kilómetros para buscar a Savitski, que por entonces vivía en Radsivilof, una pobre ciudad miserable como un vestido roto. El comandante, detenido en su carrera, vivía retirado. Los ambiciosos en el estado mayor no querían reconocerle, y mientras lograban de la sonrisa del comandante del ejército, arrastrándose ante él servilmente, sabrosas sinecuras, volvían la espalda a Savitki, su alabado comandante de otro tiempo.

Perfumado, semejante a Pedro el Grande, vivía el proscrito con la cosaca Paula, robada por Savitski a un intendente, a un judío, junto con veinte caballos de raza, todos de su propiedad. El sol poniente se esforzaba en hacer llegar a su patio sus rayos moribundos; los potros mamaban impetuosamente la leche de las madres; los mozos de cuadra, con las espaldas bañadas en sudor, echaban avena con cribas viejas, cuando Chlebnikof, impelido por su derecho, ávido de venganza, penetró en el patio, que tenía el aspecto de una barricada.

—¿Me conoce usted? —preguntó a Savitski, tendido en el heno.

—Parece que te he visto una vez contestó Savitski bostezando.

—Entonces, aquí tiene usted la orden del estado mayor —dijo Chlebnikof duramente—, y le suplico, compañero de la reserva, que me mire con ojos de oficial.

—No hay inconveniente —murmuró Savitski conciliadoramente, cogió el papel y empezó a leer con extraordinaria lentitud. De pronto llamó a la cosaca, que precisamente estaba peinándose debajo del cobertizo.

—Paula —dijo—, desde esta mañana, vive Dios, te estás peinando. Más valiera que encendieras el samovar...

La cosaca dejó el peine a un lado, recogió el pelo con ambas manos y se lo echó a la espalda.

—Hoy estamos riñendo todo el día, Constantino Vasilievich —dijo ella con una indolente sonrisa de superioridad—. Tan pronto quieres esto como aquello...

Y se dirigió hacia el comandante de división. Sus pechos se movían como tostones en un saco.

—Todo el día estamos riñendo —repitió la mujer radiante, abrochando la camisa

del comandante de división, que descubría el pecho.

—Tan pronto quiero esto como aquello —dijo él riendo, incorporándose y abrazando los hombros rendidos de Paula. Luego vuelve a Chlebnikof la cara, cubierta rápidamente de mortal palidez.

—Todavía vivo. Chlebnikof —dijo mientras le abrazaba la cosaca—. Todavía vivo, todavía se mueven mis piernas, todavía saltan mis caballos, todavía pueden alcanzarte mis brazos y todavía mi cuerpo da calor a mi arma...

Y sacando el revólver que llevaba sobre el vientre desnudo, corrió tras el comandante del primer escuadrón.

Éste salió del patio perdiendo las espuelas, como un ordenanza con un parte; anduvo otra vez cien kilómetros y se presentó al jefe de estado mayor. Pero éste le echó diciendo:

—El asunto está concluido, comandante. Te he adjudicado el semental y tengo bastantes fastidios sin necesidad de ti.

No quiso oír a Chlebnikof y devolvió al primer escuadrón su evadido comandante. Chlebnikof estuvo sin presentarse toda una semana. Entretanto, se nos había hecho acampar en los bosques de Dubenski; levantamos tiendas de campaña y la pasamos bien. Todavía recuerdo exactamente que un domingo por la mañana —era el 12— reapareció Chlebnikof. Me pidió un cuaderno entero de papel y tinta. Los cosacos levantaron el estipe de un árbol, puso el revólver y el papel encima y escribió hasta la noche, emborronando página tras página.

—¡Ni el mismo Carlos Marx! —decía por la noche el comisario militar del escuadrón—. ¿Qué diablos escribes ahí?

—Escribo diferentes pensamientos referentes a mi juramento —contestó Chlebnikof alargando al comisario militar la declaración de su retiro del Partido Comunista Ruso.

El Partido Comunista —decía en ella— fue fundado, a lo que a mí se me alcanza, para el contentamiento de todos y para el cumplimiento de la verdad absoluta e ilimitada, y debe preocuparse también de los humildes. Ahora quiero aludir al semental blanco que yo hice soltar a los incorregibles campesinos contrarrevolucionarios y que entonces tenía un aspecto miserable. Muchos compañeros se rieron de él sin miramientos. Pero yo tuve la fuerza de aguantar sus risas y apretando los dientes cuidé el semental para nuestra causa común hasta que cambió como yo esperaba, porque yo, compañeros, soy un amante de los caballos blancos y los cuido con las pocas fuerzas que me quedaron después de la guerra imperialista y de la guerra civil. Estos sementales son los que conocen mis manos, pues yo comprendo su muda necesidad y sé lo que necesitan, La yegua que me han asignado, negra como un cuervo, no tiene para mí ningún valor; no la quiero, como pueden corroborar todos los compañeros, y se debería evitar una desgracia. Y toda vez que el Partido, a pesar de la resolución tomada, no puede devolverme aquel bien arraigado en mi corazón, no veo otro remedio que escribir esta declaración con

lágrimas que, aunque no convengan a un guerrero, me salen continuamente de los ojos y desgarran mi corazón y mi sangre...

Esto y mucho más escribió Chlebnikof en su demanda. Había estado escribiendo en ella todo el día, de manera que había resultado muy larga. Yo estuve trabajando con el comisario militar más de una hora para descifrarla completamente.

—Estás loco —dijo el comisario y rompió el papel—. Ven a verme después de cenar y hablaremos.

—No tengo más que hablar contigo —exclamó furioso Chlebnikof. Me has perdido, comisario militar.

Y allí estaba de pie, con las manos en la costura del pantalón, meneándose y sin moverse del sitio, mirando a todas partes como si buscara un camino para huir. El comisario militar se acercó a él sin mirarle. En esto escapa Chlebnikof y echa a correr con todas sus fuerzas.

—¡Perdido! —exclamó furiosamente, saltó al espite y se desgarró la blusa, ensangrentándose el pecho.

—¡Pega, Savitski —gritó arrojándose al suelo—; pega!

Le llevamos a la tienda ayudados por los cosacos. Le cocimos té y le hicimos un cigarrillo. Fumaba y seguía temblando. Hasta caer la tarde no se tranquilizó nuestro comandante.

No volvió a hablar de su insensata declaración; pero una semana después se dirigía a Rofno para hacerse reconocer por la comisión médica. Se le licenció como inválido con seis heridas.

Así perdimos a Chlebnikof. A mí me entristeció mucho, porque Chlebnikof era un hombre pacífico, de carácter semejante al mío. Era el único en el escuadrón que tenía un samovar. Los días de calma tomábamos juntos té caliente. Y me hablaba con tanto detalle de las mujeres, que yo me ruborizaba. Y me hacía bien oírle. Creo que era debido a que los dos teníamos las mismas pasiones. Considerábamos el mundo como una pradera en mayo..., como una pradera con caballos y con mujeres.

## RECONCILIACIÓN

Cuatro meses hacía que Savitski había despojado a Chlebnikof, el comandante del primer escuadrón, de su semental blanco. Chlebnikof había dejado el ejército después. Hoy recibió Savitski una carta de él:

*Y yo no guardo ya rencor a la caballería de Budienny. Yo sé lo que he sufrido en el ejército y guardo el recuerdo en el corazón, más puro que un santuario. Y la masa trabajadora del territorio de Vitebsk, donde soy presidente del Consejo Revolucionario, le envía a usted, compañero Savitski, héroe famoso, su saludo proletario: «¡A la revolución mundial!», y desea que el consabido semental blanco le lleve todavía muchos años por caminos suaves para bien de la amada libertad y de la república fraterna. Todo lo cual vigilaremos con ojo avizor, especialmente la administración en los pueblos...*

Contestación de Savitski:

*¡Fiel compañero Chlebnikof!*

*La carta que me has escrito es muy laudable para la causa común, sobre todo si se tiene en cuenta el dolor con que tú te tapaste los ojos con tu propia piel y saliste de nuestro Partido Comunista Bolchevique. Nuestro Partido Comunista, compañero Chlebnikof, es un férreo cortejo de guerreros que derraman su sangre en las primeras filas, y cuando fluye sangre por el hierro ya no hay bromas: se trata de vencer o morir. Eso pasa con nuestra causa común, cuyo triunfo no presenciaré yo, pues la lucha es dura y cada dos días tengo que reponer los efectivos de mis jefes. Hace treinta días y treinta noches que cubro con la retaguardia, expuesto al inminente fuego de la artillería y de la aviación enemigas, el invencible primer regimiento de caballería. Ha muerto Tardy, ha muerto Luchmanikof, ha muerto Lykoschenko, ha muerto Gulevof, ha muerto Trunof, y el semental blanco ya no está conmigo; de manera que no puedes contar, compañero Chlebnikof, toda vez que la fortuna de la guerra es versátil, con ver otra vez a tu querido comandante de división Savitski. Como suele decirse, nos veremos en el cielo; pero como para los viejos no debe haber allá arriba un cielo sino un verdadero burdel, y como para gonorrea, bastante tenemos ya en la tierra, es probable que no nos veamos más. De manera que consérvate bien, compañero Chlebnikof.*

## EL VENTRÍLOCUO

La paliza que dimos a los polacos detrás de Belaya Zerkof fue enorme. Hasta la naturaleza debió conmoverse. Yo recibí muy de mañana una buena reprimenda. Recuerdo que el día se acercaba a la noche. Yo había perdido la comunicación con el mando de la brigada, y de todo el proletariado no quedaban conmigo más que cinco cosacos. Alrededor se pegaba la gente como el pope con su mujer. Lentamente goteaba la sangre de mi cuerpo y de la paletilla del caballo... En una palabra... No, esto no puede decirse en una palabra.

Spirka Sabuty y yo salíamos del bosque... lejos, lejos del bosque... y nos miramos. ¡Bonita situación! A unos trescientos metros... no más había... una nube de polvo. ¿Un estado mayor? ¡Bueno! ¿La impedimenta? ¡Mejor! Los uniformes y las camisas de los muchachos están miserablemente desgarrados y apenas cubren su desnudez.

—Sabuty —digo a Spirka—, tú conoces a tu madre... y... ¡bueno!, por el estilo... Te concedo la palabra. Tú estás ahora en la lista de oradores. Aquello que marcha por allí es nuestro estado mayor...

—Es verdad. Es nuestro ese estado mayor —contestó Sabuty—. Pero nosotros somos dos y allí hay ocho hombres.

—¡A ellos, Spirka! —digo yo—. Me gustaría untarles esa casaca solemne. Muramos por un pepino y por la revolución mundial.

Y corrimos hacia ellos. Eran ocho sables. Dos los barrimos inmediatamente con nuestras balas. Veo que Spirka lleva a un tercero al estado mayor de Duchonin para examinar sus papeles. Yo, en cambio, me entretengo con el as de triunfo. El as de casaca roja, cadena y reloj de oro. Le estrecho contra una granja, rodeada de manzanas y cerezos. El caballo del casaca roja se pavonea inquieto debajo de ellos como la hija de un tendero, pero se tranquiliza en seguida. Entonces suelta el general las riendas, me apunta con el máuser y me hace un agujero en la pierna.

—¡Bueno! —pienso yo—. Pero no te me escapabas. Vas a morder la hierba.

Meto dos tiros en el arma. El caballo me dio pena. Era un bolchevique, un verdadero bolchevique. Rojo de cobre como una moneda, redonda como una bola la cola, las patas tirantes como cuerdas templadas. Yo pienso: «El caballo se lo llevas a Lenin». Pero no resultó nada de aquello. Maté al buen animal. El caballo se desplomó como una novia, y mi as de triunfo saltó de la silla, se volvió otra vez y me hizo otro agujero en la figura. Así recibí mis tres señales en acción ante el enemigo.

—¡Jesús! —pienso yo—. Va a acabar por matarme en regla.

Meto espuela hacia él y entonces saca el sable, mientras ruedan las lágrimas por sus mejillas, lágrimas blancas, leche humana.

—Por ti me dan la orden de la Bandera Roja —grito yo—. Ríndete, Excelencia, en tanto que me queda vida...

—No puedo, panie —contesta el viejo—. Me matas.

De pronto aparece Spirka delante de mí como llevado por el viento. Su rostro está jabonado con suciedad y los ojos le colgaban como una hebra de hilo sobre los morros.

—¡Vassia! —me dice—. ¡La de hombres que he despachado hoy! ¡Era un placer! ¡Atiza! ¡Si tienes un general!... ¡Vaya la de cosas finas que tiene! A éste me gustaría despacharle.

—¡Vete al diablo! —le digo furioso—. Esas cosas finas me están costando mi sangre.

Y empujo al general con mi yegua hacia la era, llena de heno o algo análogo. Calma, oscuridad y frío reinan allí.

—Panie —le digo—, cálmate, ríndete, por amor de Dios y luego descansaremos los dos, panie.

Está de pie junto a la tapia, respira con dificultad y se frota la frente con sus dedos rojos.

—No puedo —me contesta—. Me tendrás que matar. Mi sable no lo puedo entregar más que a Budienny.

—¡A Budienny tengo que llevárselo yo! —y para mi mala suerte veo que el viejo va a desplomarse en seguida.

—¡Panie! —grito y lloro y rechino los dientes—. Mi palabra de proletario de que yo mismo soy el primer comandante. No busques en mí cosas finas, pero un título sí que lo tengo: excéntrico musical y ventrílocuo de salón de la ciudad de Nischni..., Nischni del Volga...

El diablo me hurgó. Los ojos del general ardían ante mí como linternas. La sangre se me agolpó al rostro. La ofensa se desleía como sal en mis heridas, pues vi que el viejo no me creía. Cerré la boca, muchachos, encogí el vientre, metí aire y se lo volví a echar al viejo, así, por broma, a estilo de soldado, como entre nosotros en Nischni, y demostré de ese modo al polaco mi arte de ventrílocuo.

El viejo palideció, se llevó las manos al corazón y se desplomó en tierra.

—¿Crees ahora en Vasska, el excéntrico, el comisario de la invencible tercera brigada de caballería?

—¿Comisario? —grita él.

—Comisario —digo yo.

—¿Comunista? —grita él.

—Comunista digo yo.

—En la hora de mi muerte —grita él—, en mi último suspiro, dime, amigo cosaco, ¿eres comunista o has mentido?

—Soy comunista.

Entonces se yergue el viejo, besa un amuleto cualquiera, parte el sable y en sus ojos se encienden dos chispas, dos linternas en la estepa tenebrosa.

—Perdona —me dice—; no puedo rendirme a un comunista —y me alarga la mano—. Perdona —dice—, y márame a estilo de soldado...

Esa historia nos contaba un día en su habitual tono de broma, mientras descansábamos, el famoso Konkin, comisario político de la brigada de caballería de Nischni y tres veces caballero de la orden de la Bandera Roja.

—Bueno, ¿y cómo terminaste con el panie, Vasska?

—¿Cómo había de terminar?... El viejo tenía carácter. Yo incluso me incliné ante él. Él siguió obstinado. Entonces le quitamos todos sus papeles y el revólver. La silla de aquel mochuelo raro la tengo todavía debajo de mí. En esto veo que me estoy desangrando más cada vez. Se apodera de mí un sueño terrible y mis botas están llenas de sangre... Y ya no pude ocuparme más de él.

—¿De manera que disteis cuenta del viejo?

—Cometimos el pecado.

## TRES MUNDOS

De Chotin nos fuimos a Berestechko. Los soldados iban adormilados en sus altas sillas. Una canción murmuraba quedamente como un río seco. Yacían cadáveres mutilados alrededor de las tumbas milenarias.

Campeños de camisas albas se quitaban la gorra ante nosotros; el capote negro del comandante de división Paulichenko ondeaba sobre el estado mayor como un estandarte fúnebre. Había echado sobre los hombros las cintas de su baschlyk y su sable curvo colgaba como pegado a su costado.

Pasamos a caballo junto a las tumbas de cosacos y al túmulo de Bogdan de Chmelniski. Detrás de la lápida salió arrastrándose un viejo con una bandurria y cantó con delgada voz de niño una canción de la gloria pretérita del cosaco. Escuchamos la canción en silencio, desplegamos después los estandartes y entramos en Berestechko a los sonos atronadores de una marcha. Los vecinos atrancaron las ventanas con barras de hierro y el lugar quedó atónito en un silencio que se cernía sobre todo.

Me alojaron en casa de una viuda pelirroja, cuyo dolor de viudez le llegaba a uno desde lejos. Me lavé y me marché a la calle. En los postes del telégrafo había ya pegadas unas hojas diciendo que el comandante Vinogradof hablaría sobre el segundo Congreso de la Internacional Comunista. Delante de mi ventana había unos cosacos ocupados precisamente en fusilar por espionaje a un judío viejo de barba de plata. El viejo se lamentaba y se escapó. Entonces Kudra, un soldado de nuestra sección de artillería, atenazó la cabeza del viejo debajo de su axila. El judío enmudeció y esparrancó las piernas. Kudra sacó con la mano derecha su puñal y cautelosamente, sin una salpicadura, mató al viejo. Después llamó a una ventana cerrada.

—Si alguien se interesa por él —dijo—, se lo puede llevar. Eso está permitido...

Y los cosacos doblaron la esquina. Los seguí y vagué por el pueblo. Berestechko está en su mayor parte habitado por judíos, mientras que en los alrededores viven diseminados pequeños burgueses rusos, en su mayoría curtidores, en casas blancas con ventanas verdes. En vez de vodka los pequeños burgueses beben cerveza o aloja; plantan tabaco en sus huertos y lo fuman, como los campesinos de Galizia, en pipas largas y curvas. La vecindad de tres razas trabajadoras, emprendedoras, ha despertado en ellos esa obstinada laboriosidad propia del ruso muchas veces, cuando no es un piojoso.

Cierto es que también en Berestechko las antiguas costumbres habían sido sorprendidas por las tempestades, pero todavía permanecían intactas. Ya habían durado tres siglos y, sin embargo, sus retoños seguían verdeando en Volinia con el tibio olor añejo del tiempo pasado. Los judíos unían, por el hilo del provecho, al campesino ruso con el panie polaco, al colono checo con la fábrica de Lodz. Eran los mejores contrabandistas de toda la frontera y casi siempre defensores de su fe. El chassidismo tenía a aquel activo pueblo de taberneros, buhoneros y agentes de

cambio en una abotagada prisión. Los muchachos, con sus kaftanes largos, seguían todavía el eterno camino hacia la escuela chassida, cheder, y las viejas seguían llevando a las novias al zadik y le suplicaban una oración para hacerlas fecundas.

Los judíos viven aquí en casas espaciosas, blancas pintadas de azul claro. El tradicional desperfecto de su arquitectura se remonta a siglos atrás. Detrás de cada casa se alza un cobertizo de dos, a veces de tres pisos, en el que no entra un solo rayo de sol. Ese indescriptible y tenebroso cobertizo reemplaza a nuestros patios. Pasos secretos conducen a la cueva y a las cuadras. En tiempo de guerra se ponen a cubierto de las balas y de los saqueos en esas catacumbas. Ahí se amontona días y días la porquería de los hombres y del ganado. Miedo y terror llenan las catacumbas con un olor corrosivo, con la acidez podrida de los excrementos.

Berestechko sigue hediendo hasta el día de hoy y todos los moradores huelen a arenque podrido. El pueblo hiede en espera de una nueva era, y en lugar de hombres pasan por allí las sombras pálidas de los fronterizos miserables. Al acabar el día me aburrí y me fui al límite de la ciudad, subí al monte y caí en el castillo devastado de los condes de Radsiborski, que todavía no hace mucho eran los señores de Berestechko.

En la pradera del castillo se tendía azulada la paz de la tarde moribunda. Sobre el estanque se elevaba la luna, verde como un lagarto. Miro por la ventana la posesión del conde Radsiborski: las praderas y los campos de lúpulo, en torno a los cuales se tejía la niebla del ocaso.

En el castillo vivía antes, con su hijo, la condesa, nonagenaria y loca. Despreciaba a su hijo porque no daba heredero a su estirpe, que se iba, y le pegaba por eso, según me aseguraron los aldeanos, con el látigo del caballo.

Abajo, en la plaza de la ciudad, se reunían los habitantes para un mitin. A él acudían campesinos, judíos y curtidores de los alrededores. Sobre ellos tronaba la voz entusiasta de Vinogradof y se oía el tintineo argentino de sus espuelas. Hablaba del segundo Congreso Comunista Internacional.

Pero yo me fui, bordeando las tapias, a los prados donde las ninfas de mis ojos vaciados danzaban un baile de rueda antiguo... Y en un rincón, en el suelo apisonado, encontré el fragmento de una carta amarillenta. Con una tinta pálida habían escrito allí:

*Berestechko, 1820. Paul, mon bien aimé, on dit que l'empereur Napoléon est mort, est-ce vrai? Moi, je me sens bien, les couches ont été faciles, notre petit héros achève sept semaines...*

—Y abajo sigue resonando la voz del comisario militar. Lleno de pasión, convence a los burgueses estupefactos y a los judíos estafados.

—Vosotros sois la fuerza. Todo lo que hay aquí os pertenece. Ya no hay más panies. Paso a la elección del Comité Revolucionario...

## SAL

Querido compañero redactor: Voy a hablarle de las mujeres rezagadas que nos pejudican. Espero que en la visita al frente de la guerra civil, sobre la que ha tomado usted notas, no habrá olvidado la vieja estación de Fasfot, que está en cualquier parte en una lejanía desconocida de siete veces siete países. Naturalmente, yo he estado allí y he bebido cerveza hecha en casa. «El bigote se llena de espuma, a la boca llega apenas». De esa estación antes citada hay mucho que hablar, pero como se dice en nuestra condenada vida, «hay que dejar mucho bueno tranquilo». Por eso voy a escribirle sólo lo que yo he visto con mis propios ojos.

Era una noche serena, amable, cuando, hace siete días, nuestro excelente tren de caballería, cargado de soldados, se detuvo allí, íbamos en dirección a Berditschef y todos ardían por aprovecharse de la cosa común. Pero observamos que nuestro tren seguía parado. Nuestro Gavrilka no anima el vapor, los soldados se inquietan y discuten por qué se para allí tanto tiempo. Lo cierto es que la causa común sufre un grandísimo retraso a consecuencia de esos malditos enemigos, esa especie de hámsteres entre los que se encontraba una infinidad de hembras, que del modo más descarado se las entendían con las autoridades ferroviarias. Impertérritos se agarraban esos seres destructores a las manecillas de los coches, y una, dos, tres, se encaramaban a los techos, se revolvían de un lado para otro, sembraban en todo la confusión, y todos vieron arrastrar sacos que pesaban quintales, cargados con la no precisamente desconocida sal. Pero el triunfo del animal de presa capitalista no duró mucho tiempo. Los soldados salían arrastrándose del vagón y su iniciativa restableció la despreciada autoridad de los ferroviarios. Sólo las hembras quedaron en las proximidades. Por compasión, dejaron los soldados que algunas de ellas, no todas, subieran a los vagones tórridos.

También en nuestro vagón de la segunda compañía teníamos dos muchachas, y cuando dieron el segundo toque de salida se acercó una arrogante mujer con un niño de pecho en los brazos y dijo:

—Dejadme entrar con vosotros, queridos cosaquillos; llevo una eternidad esperando en la estación con el crío en brazos, y ahora quisiera ir a ver a mi marido, pero no puedo por lo lleno que el tren va. ¿No lo he merecido de vosotros, cosaquillos?

—¡Bueno, mujer! —le digo yo—. Lo que acuerde la compañía eso se hará.

Y me dirijo a la compañía y le expongo claramente que aquella arrogante mujer quería ir a ver a su marido que estaba en el campo y que llevaba de verdad un niño con ella y que pregunta a la gente si quiere dejarla entrar o no.

—Déjala entrar —grita la gente—; después de nosotros no va a quererla su marido...

—No —les digo cortésmente—. Acato tu resolución, compañía, pero me admira oír de ti esa lascivia. Acordaos de vuestra vida, cómo estabais de niños, con vuestras

madres y veréis que no se debe hablar así...

Y los cosacos vieron que yo, Balmaschef, había pronunciado un discurso convincente y dejaron entrar a la mujer en el coche. Ésta, agradecida, se arrastró en el interior. Y todos estaban tan conmovidos por la verdad de mis palabras, que se sentaron al lado de la mujer y la hablaban a porfía:

—Siéntese, mujer, en el rincón; cuide usted al niño como conviene a una madre; nadie la molestará y llegará usted intacta a su marido como usted desea. Pero la comprometemos a que eduque a su hijo en la causa, pues el viejo se hace más viejo y del joven hay mucho que ver todavía. Hemos visto muchas desgracias, mujer, respecto al servicio militar y más tarde también. El hambre nos ha agobiado y el frío nos ha curtido. Siéntese usted aquí tranquila.

Y cuando dieron el tercer toque de salida, arrancó el tren. La noche, serena, extendía sobre nosotros su tienda de campaña. Y en aquella tienda de campaña lucían lamparillas de aceite..., las estrellas. Y los soldados recordaban las noches y la estrella verde de Kuban, su patria. Y el recuerdo volaba como un pájaro. Y las ruedas rechinaban.

Pasado algún tiempo, cuando la noche fue levantada de sus pilares y los tambores rojos empezaron a redoblar diana, con sus tambores rojos se me acercaron los cosacos, pues me vieron sentado, desvelado y terriblemente triste.

—Balmaschef —me dijeron los cosacos—, ¿por qué estás triste y tan desvelado?

—Me inclino profundamente ante vosotros, soldados, y os suplico que me permitáis cambiar algunas palabras con esa ciudadana.

Y temblándome todo el cuerpo, me levanto del asiento, que ahuyenta el sueño como ahuyenta al lobo una jauría de perros furiosos, me acerco a la mujer, le tomo el hijo de los brazos, arranco los pañales y todos los trapos que lleva y aparece un buen medio quintal de sal.

—Es un niño interesante, compañeros, que no pide el pecho, que no se mea y que no interrumpe el sueño de las gentes.

—Perdonadme, queridos cosaquillos —me dice la mujer bastante serena—; no os he engañado yo, os ha engañado mi mala suerte.

—Balmaschef arreglará su mala suerte —contesto a la mujer—. Esto no es difícil para Balmaschef. Balmaschef no vende más caro de lo que compra. Pero habla con los cosacos que te han dejado entrar como a una obrera de la república. Avergüénzate ante esas dos muchachas que siguen llorando porque esta noche las hemos atormentado y ante nuestras mujeres, que en los campos de alforfón de Kuban trajinan sin ayuda de hombre y piensa en los combatientes solitarios que se ven obligados por la dura suerte a coger las muchachas que pasan... En cambio a ti, de quien querían apoderarse, precisamente a ti, desvergonzada, no te han tocado. Mira a Rusia que se ahoga de dolor...

Y ella me dice:

—Mi sal ya la he perdido, pero os voy a decir las verdades. Vosotros no pensáis

en Rusia. Vosotros no salváis más que a los judíos... A Lenin y a Trotsky...

—De los judíos no se habla ahora, ciudadana desvergonzada. Los judíos no tienen nada que ver en esto. Por lo demás, de Lenin no quiero hablar; pero Trotsky es el valeroso hijo del gobernador de Tamof y aunque pertenecía a otra clase se ha puesto al lado de la clase trabajadora. Como se libra a un condenado a trabajos forzados, así Lenin y Trotsky nos llevan a nosotros por el libre camino de la vida. En cambio, usted, ciudadana abominable, es más contrarrevolucionaria que aquel general blanco que nos amenazaba con el afilado sable, en su caballo, de mil formas diferentes. A él, al general, puede reconocérsele por todas partes; el trabajador tiene la penosa misión de exterminarle; pero vosotras, ciudadanas numerosísimas, con vuestros hijos que no piden el pecho y que no se mean..., vosotras sois invisibles como las sabandijas y roéis, roéis, roéis...

Y lo confieso: durante el viaje eché del tren en un seto a aquella ciudadana. Pero era fuerte, se levantó, se arregló las faldas y echó a andar descaradamente. Y cuando yo vi aquella mujer impertérrita y miré alrededor a Rusia, y los campos aldeanos sin espigas, y a las muchachas deshonradas, y a los camaradas, de los cuales tantos van al frente y tan pocos vuelven, quise saltar del tren y terminar con ella o conmigo.

Pero los cosacos se compadecieron de mí y dijeron:

—Dispárale un tiro.

Y entonces descolgué el fiel fusil y lavé esa ignominia del semblante de la tierra de nuestra república obrera. Y nosotros, combatientes de la segunda compañía, le juramos, querido compañero redactor, y a todos vosotros, queridos compañeros de la redacción, que en lo sucesivo procederemos despiadadamente contra todos los traidores que nos llevan a la tumba, que quieren hacer retroceder la corriente y que quisieran cubrir a Rusia de cadáveres y de campos yermos.

Por todos los combatientes de la segunda compañía, Nikita Balmaschef, soldado de la revolución.

## UNA NOCHE

¡Oh estatuto del Partido Comunista Ruso! Con la levadura de la literatura rusa te has abierto camino. Has convertido a tres corazones solos, apasionados, como las figuras de Jesús de Riazan, para la colaboración en el periódico El Jinete Rojo. Los convertiste para que día por día escribiesen una hoja temeraria llena de valor y de gracia chabacana.

Galin, con la catarata en el ojo; Slinkin, el tísico, y Sytchof, el de la hernia, enfebrecen en el polvo infecundo de tierra adentro y llevan la violencia y el fuego de su hoja por las filas de los honrados cosacos, de la chusma de los caminos que se llaman intérpretes polacos y de las muchachas que, para descansar de Moscú, nos envían en el tren de la «sección política».

Entrada la noche está siempre terminado el periódico, ese botafuego que se coloca debajo del ejército. En el cielo se apaga la linterna bizca del sol de provincia; las luces de la imprenta llamean y arden indomables como la pasión de la máquina. Más tarde, hacia media noche, sale Galin del vagón para temblar bajo el mordisco de su amor irrefrenable por Irina, la lavandera del tren.

—La última vez dice Galin, —el estrecho de hombros, el pálido y medio ciego Galin—, la última vez hablamos sobre el fusilamiento de Nicolás el Sangriento, a quien el proletariado de Iekaterinemburgo ajustició. Hoy queremos hablar sobre los otros tiranos que tuvieron muerte de perros. Pedro III fue estrangulado por Orlof, el amante de su mujer; Pablo fue dilacerado por sus cortesanos y por su propio hijo. Nicolás Palkin se envenenó; su hijo cayó el 1 de marzo; su nieto murió de borrachera. Todo esto debe usted saberlo, Irina.

Mientras el ojo vacío de Galin, lleno de adoración, descansa sobre la lavandera, escudriña infatigablemente las tumbas de los zares caídos. La figura gibosa de Galin se alza a la luz de la luna, que vaga por allá arriba descaradamente. Las máquinas de la imprenta escandalizan en la cercanía, y la estación de radio brilla en pura luz. Irina se recuesta en el hombro del cocinero Vassili, oye el cuchicheo del amor de siempre y las estrellas se arrastran sobre ellos por el alma negra del cielo. La lavandera soñolienta bosteza, persigna sus labios abotagados y mira a Galin con desmesurados ojos, como una muchacha que suspira por las molestias de la concepción mira a su profesor consagrado a la ciencia.

Y al lado de Irina se desgarran en un bostezo los morros de Vassili, que, como todos los cocineros, desprecia a la humanidad. Los cocineros tienen mucho que hacer con la carne de los animales muertos y con el apetito de los vivos, y por eso buscan en la política cosas que no les importan. Así era también Vassili, el de los morros hinchados, el vencedor de Irina. Se levantó el pantalón hasta la tetilla y preguntó a Galin por la lista civil de distintos reyes, por la dote de la hijas del zar, y dijo después bostezando:

—Es de noche, Irischa. Mañana será otro día. Ven, vamos a coger pulgas... Cerraron la puerta de la cocina y dejaron a Galin solo, con la luna, que vagaba por allá arriba descaradamente.

Y en el muelle de la estación, frente a la luna, con los anteojos en la nariz, úlceras en el cuello y los pies heridos, me senté ante el estanque dormido. Mi turbio cerebro de poeta estaba dirigiendo precisamente la lucha de clases, cuando Galin se llegó a mí con ojos enfermos de cataratas que brillaban apagadamente.

—Galin —dije yo atormentado de tristeza y de soledad, estoy enfermo. Mi fin parece próximo; me fatiga seguir sirviendo en nuestra caballería.

—Es usted un mozalbote —me contestó Galin, y el reloj en su muñeca flaca señalaba la una—. Nuestra suerte es soportaros a vosotros, mozalbetes; todo el partido lleva blusas manchadas de sangre y porquería; estamos sacando para vosotros la pulpa de la cáscara; no se tardará mucho en que veáis la pulpa limpia, y entonces os sacaréis el dedo de la nariz y cantaréis la nueva vida en prosa no oída. Pero por ahora, mozalbetes, tenéis que estar tranquilos y no gimotear en nuestras manos.

Se me acercó, me ajustó la venda suelta de la herida punzante y dejó caer la cabeza sobre su pecho de gallina. La noche nos consolaba en nuestro dolor. Un aire suave soplaba en torno nuestro como la falda de la madre, y abajo brillaban las hierbas frescas y húmedas.

Las máquinas que retumbaban en la imprenta del tren empezaron a chillar, mas poco a poco enmudecieron. La aurora dibujó una cinta en la linde de la tierra. Chillando, se abrió la puerta de la cocina. Cuatro pies con gruesos talones se extendían fuera, al fresco, y vimos las regocijantes pantorrillas de Irina y los dedos gordos de Vassili, con sus uñas torcidas y negras.

—Vassilok —murmuraba ella—, ¿quiere usted marcharse de mi cama, charlatán? Pero Vassili se limitó a menear el talón y se acercó todavía más a ella.

—La caballería —continuó Galin—, la caballería es una obra de magia social, llevada a cabo por el comité central de nuestro partido. La revolución ha colocado en el primer rango al cosaco voluntario, penetrado de tantos prejuicios, pero el comité central está alerta y barrerá con escoba de hierro esos prejuicios.

Y Galin habló conmigo de la educación política del primer ejército de caballería. Habló mucho tiempo, sordamente y explícitamente. El párpado se movía sobre el ojo ciego y de la palma destrozada de su mano chorreaba la sangre.

## POR UN CABALLO

Combatíamos en Leschniuf. Alrededor, el muro de la caballería enemiga. La espiral de la nueva estrategia polaca reforzada se tendía con un ruido mensajero de desgracias. Cada día nos iban estrechando más. Por primera vez en toda aquella campaña sentimos con endemoniada intensidad en nuestro propio cuerpo el ataque por la espalda y el ataque de flanco, el golpe despiadado de la misma arma de que nosotros nos habíamos servido victoriosamente durante tanto tiempo.

El frente fue mantenido en Leschniuf por la infantería. Por las trincheras, en ángulos oblicuos, caminaban paso a paso los campesinos de Volinia, rubios y descalzos. Ayer mismo habían sido arrebatados al arado para formar la reserva de infantes del ejército de caballería. Los campesinos iban al campo de buena gana. Se batían con la mayor abnegación. Su cólera espumajante de labriego admiraba incluso a los soldados de Budienny. Su odio a los terratenientes polacos descansaba sobre una base invisible pero firme, de material perenne.

En el segundo periodo de la guerra, cuando la gritería horrenda de los cosacos no podía obrar ya en la batalla sobre la fantasía del enemigo, y cuando se hicieron imposibles los ataques de la caballería contra el adversario soterrado, podía haber sido de gran utilidad aquella infantería creada en una noche. Pero nuestra pobreza era entonces muy grande. Se daba un arma para cada tres campesinos y cartuchos que no cabían en el arma, de manera que hubo que abandonar también el plan primitivo y mandar a su casa aquel ejército popular.

Volvamos otra vez al combate de Leschniuf. La infantería se había enterrado a una distancia de tres kilómetros del lugar. Delante del frente caminaba de arriba abajo un joven encorvado, con lentes. A su lado se mecía un sable. Sus pasos eran irregulares, y su semblante, de disgusto, como si le apretasen las botas. Aquel capitán de infantes, elegido y amado por los campesinos, era un joven judío cegatón, con el rostro enfermizo y pensativo de un talmudista. En la batalla mostraba un valor prudente y una sangre fría semejante al arrojito de un fanático. Era hacia la hora tercia de un dilatado y caudaloso día de julio; en el aire llameaba la policroma telaraña del calor. Detrás de las colinas resplandecían los colores de fiesta de los uniformes y los arreos de los caballos, trenzados con cintas de colores. El joven dio la señal de ataque. Los campesinos, con sus sandalias de corteza, regresaron a sus puestos presurosamente y empuñaron las armas. Pero era una falsa alarma. En la carretera de Leschniuf aparecieron los abigarrados escuadrones de Maslak. Sus caballos, extenuados pero animosos todavía, trotaban lentamente. En astas doradas con borlas de terciopelo ondeaban magníficas banderas a través de calurosas columnas de polvo. Los jinetes cabalgaban majestuosamente, con una sangre fría retadora. La andrajosa infantería salió de sus trincheras y miró con la boca desmesuradamente abierta el esplendor elástico de aquel río que pasaba por delante lentamente.

Al frente del regimiento, sobre un caballo de la estepa, cabalgaba el comandante

de una brigada de la cuarta división. Maslak, un partidario inmejorable, mezcla de sangre ebria y de dulzura perezosa y grasa. Poco tiempo después traicionó al poder de los soviets. Su vientre descansaba, como un gato enorme, en el arzón de la silla, guarnecido de plata. Al ver la infantería se le encendió de alegría el rostro y pidió con una seña a su comandante de escuadrón, Afonka Bida, que se acercase. Nosotros llamábamos Majno al comandante de escuadrón por su parecido con el famoso padrecito Majno. Los dos, el comandante de la brigada y Afonka, cuchichearon entre ellos un minuto. Luego, Afonka se volvió al primer escuadrón, se dilató y ordenó a media voz: «¡Adelante!». Los cosacos se lanzaron al trote por compañías. Espolearon furiosamente sus caballos y volaron hacia las trincheras, desde las cuales la infantería contemplaba con regocijo aquel espectáculo.

—¡Preparaos a combatir! —sonó la voz de Afonka cantando melancólicamente, como en una remota lejanía.

Maslak, quejándose y resoplando, cabalgaba al lado, regocijándose con el cuadro. Los cosacos emprendieron el ataque. La mísera infantería se retiró de allí, pero tardó bastante. Los látigos de los cosacos caían sobre sus ropas andrajosas. Los jinetes corrían por el campo, blandiendo el látigo con insólita maestría.

—¿Por qué esta pose? —grité a Afonka.

—Por gusto —me contestó removiéndose en su silla y sacando de la maleza a un muchacho que se había refugiado allí.

—Por gusto —repitió, y dejó caer el látigo sobre el muchacho, casi sin sentido. La broma no terminó hasta que Maslak, rebosando grandeza, nos hizo una seña con su mano regordeta.

—No nos miréis así —gritó Afonka a los infantes, irguiendo pretenciosamente su cuerpo desmedrado—. ¡Hala, los de infantería, a buscar pulgas!...

Los cosacos se reían y formaron otra vez. No se veía a la redonda rastro de la infantería. Las trincheras quedaron vacías, y únicamente el judío encorvado seguía en el mismo sitio, mirando a través de sus lentes a los cosacos con insistencia y altanería.

El bombardeo de Leschniuf seguía furiosamente desencadenado. Los polacos nos iban cercando poco a poco por todas partes. Ya podía distinguirse con el anteojo cada figura de sus tropas de exploración. Surgían en un punto y desaparecían inmediatamente, como tenteborrachos. Maslak apostó su escuadrón, distribuyéndolo a ambos lados del camino. El cielo se desplegaba sobre Leschniuf, fúlgido, indeciblemente vacío, como siempre en las horas de peligro. El judío, con la cabeza echada hacia atrás, silbó recia y estridentemente en un silbato de metal. Y la infantería, aquella rara y vapuleada infantería, volvió a sus posiciones.

Las balas nos pasaban rozando. El estado mayor de la brigada cayó en la zona de fuego de una pieza de artillería. Nos precipitamos en el bosque e intentamos abrirnos paso a la derecha de la carretera. Incesantemente chascaban sobre nosotros las ramas atravesadas por las balas. Cuando volvimos a salir del bosque, ya no estaban los

cosacos en su puesto. Por orden del comandante de la división habían retrocedido hacia Brody. Únicamente los campesinos disparaban algunos tiros desde sus trincheras, y Afonka, que se había quedado rezagado, cabalgaba detrás de su escuadrón.

Iba al borde del camino, mirando alrededor y venteando en el aire. El fuego cedió un momento. El cosaco pensó aprovechar aquel descanso y avanzó al galope. En esto, una bala atraviesa el cuello del caballo. Avanza todavía cien pasos, y allí, delante de nosotros, se doblan sus patas delanteras y se desploma silenciosamente.

Afonka sacó lentamente el pie oprimido en el estribo. Se inclinó y metió en la herida su dedo cobrizo. Levantóse después Bida y escudriñó el horizonte con una mirada anhelante y rara.

—Adiós, Stefan —dijo con voz balbuceante, separándose del animal moribundo e inclinándose profundamente ante él—. ¿Cómo voy a volver sin ti a mi tranquila aldea cosaca? ¿Qué voy a hacer con tu silla bordada?... ¡Adiós, Stefan! —repetía más alto. Le faltaba el aliento, chillaba como un ratón preso y lloraba a gritos. Sus sollozos llegaban hasta nosotros, y vimos a Afonka, como a una mujer posesa en el templo, haciendo profundas reverencias al caballo—. Pero no me rindo a mi destino —exclamó, y apartó las manos de su rostro, pálido como la muerte—. Ahora seré cruel con los nobles. Hasta en los más íntimos suspiros de su corazón les heriré, hasta en sus suspiros y hasta en la sangre de sus vírgenes. Esto te prometo, Stefan, aquí delante de estos queridos hermanos de mi aldea cosaca...

Afonka arrimó la cara a la herida y se calló. El caballo alzó los ojos brillantes, profundos, color lila; miró a su amo y oyó el sollozar convulsivo de Afonka. La vida se le apagaba suavemente; restregó en la tierra su belfo abatido y la sangre corría como dos cintas de rubí por el pecho, que parecía relleno de músculos blancos.

Allí permanecía, inmóvil, Afonka. Maslak se acercó al caballo con el menudo paso de sus piernas gordas; le puso el revólver a la oreja. Y apretó.

Afonka se estremeció y volvió a Maslak su rostro varioloso y horrendo.

—Quitale la brida, Afonka —dijo Maslak con ternura—, y vete con tu tropa.

Desde el altozano vimos a Afonka, agobiado bajo el peso de la silla, con la cara mojada y roja como un pedazo de carne cortada, dirigiéndose con lentitud hacia su escuadrón, infinitamente solo, por el yermo polvoriento y abrasador de los campos.

Le encontré luego, ya anochecido, durmiendo en el carro donde iba toda su hacienda: sable, ropa y monedas taladradas. La cabeza del comandante del escuadrón, cubierta de cuajarones de sangre, descansaba en la silla de montar, con la boca torcida, muerta, como clavado en la cruz. A su lado estaban los arreos del caballo muerto, el pertrecho fantástico y emperifollado del corcel de un cosaco: correas finas trenzadas en la cola con piedras de colores y riendas con incrustaciones de plata.

A lo largo del lechoso camino del cielo corren las estrellas claras y en la fresca profundidad de la noche arden pueblos lejanos. Orlof, el suplente del comandante del escuadrón, y Bisenko, el de los bigotes largos, iban también sentados en el carro de

Afonka y comentaban su desgracia.

—Había traído el caballo de casa —decía Bisenko, el de los bigotes largos—. ¿Dónde se vuelve a encontrar un caballo así?

—El caballo es un amigo —contestó Orlof.

—El caballo es como un padre —suspiró Bisenko. Nos salva la vida incontables veces. Bida se muere sin su caballo...

A la mañana siguiente había desaparecido Afonka. En Brody se desarrollaron unos combates que terminaron en seguida. Las derrotas turnaban con efímeras victorias. Se nombró un nuevo comandante de división. Afonka seguía ausente. Sólo un rumoreo amenazador en los pueblos —el eco de su paso vindicatorio, malvado y rapaz— nos mostraba el camino de Afonka, sembrado de cadáveres.

—Quiere conquistar un caballo —decían de él en el escuadrón. Y en las infinitas noches de nuestro éxodo oí algunas historias de aquel botín sordo y cruel.

Soldados de otros cuerpos, alejados una docena de kilómetros de nuestra posición, dispararon sobre Afonka. Éste, emboscado, acechaba el paso de los rezagados de la caballería polaca o recorría los bosques buscando los caballos escondidos de los campesinos. Incendiaba los pueblos y mataba a los ancianos, oíamos aquel furioso combate de uno solo, aquellos golpes audaces y piratas de un lobo contra un rebaño.

Pasó otra semana. La amarga injusticia del día iba alejando de nuestros sentidos los relatos de la sombría temeridad de Afonka, y empezamos a olvidar a Majno. Luego llegó hasta nosotros el rumor de que unos campesinos galizianos le habían matado en los bosques, en cualquier parte. Y el día de nuestra entrada en Beresteschko, Yemelian Budiak, del primer escuadrón, se presentó al comandante de división para pedirle la silla de Afonka, con la enjalma amarilla de paño. Yemelian quería presentarse en la próxima parada con una silla nueva. Pero ocurrió otra cosa.

Entramos en Beresteschko el 6 de agosto. Al frente de nuestra división se agitaba el beschmet asiático y la casaca roja del nuevo comandante de la división. Lievka, el palurdo desenfrenado, le seguía en una yegua de raza. Por las calles heridas y miserables voló una marcha guerrera como una amenaza de ritmo lento. Viejos callejones —un pintoresco bosque de balaustradas carcomidas y bamboleantes— surcan el lugar. Su corazón, corroído por el tiempo, nos arroja su triste olor a mohó. Los contrabandistas y los encubridores se esconden en sus chozas espaciosas y oscuras. Sólo pan Liudomirski, el campanero, nos recibe en la iglesia con su levita verde.

Vademos el río y nos abismamos en la profundidad de aquel lugar de pequeños burgueses. Nos acercábamos precisamente a la casa del cura polaco, cuando en una revuelta aparece Afonka jinete en un caballo grande y gris.

—Mis respetos —dijo con chillona voz, metiéndose entre los soldados y ocupando su puesto en las filas.

Maslak miraba fijamente la incolora lejanía delante de él y refunfuñó sin

volverse:

—¿De dónde es el caballo?

—Mío —contestó Afonka liando rápidamente un cigarillo y humedeciéndolo con un ágil movimiento de la lengua.

Los cosacos se fueron llegando a él en fila y saludándole. En lugar del ojo izquierdo brillaba en su rostro, que parecía ennegrecido con carbón, una hinchazón grotesca, colorada y horrible.

A la mañana siguiente dio Afonka rienda suelta a su cólera. Abrió en la iglesia el sarcófago de son Valentín y quiso tocar el órgano. Llevaba una levita cortada de un tapiz azul con un lirio bordado a la espalda, y el mechón le caía al descuido sobre el ojo vacío.

Después de comer ensilló el caballo y disparó contra las ventanas destrozadas del castillo del conde Radsiborski. Los cosacos le rodeaban en semicírculo. Levantaron la cola al caballo, examinaron sus patas y le contaron los dientes.

—Este caballo vale un capital —dijo Orlof, el suplente del comandante del escuadrón.

—Es un caballo irreprochable —confirmó Bisenko, el de los bigotes largos.

## LOS AVIADORES

A mediodía llevamos a Sokal el cadáver acribillado de Trunof, nuestro comandante de escuadrón. Había muerto por la mañana luchando contra la aviación enemiga. Todos los tiros le habían dado en la cara; tenía las mejillas llenas de heridas y la lengua arrancada. Lavamos lo mejor que pudimos el rostro del muerto para que no tuviera un aspecto tan horrible, colocamos su silla caucásica a la cabecera del ataúd y le abrimos a Trunof una tumba en un sitio digno, en un parque público, en medio de la ciudad, junto a la catedral.

Llegó nuestro escuadrón a caballo, el estado mayor del regimiento y el comisario militar de la división. Cuando dieron las dos en el reloj de la catedral disparó la primera salva nuestro cañón gastado y pequeño. Con su viejo calibre de sus buenas tres pulgadas, presentó al comandante muerto su saludo, un saludo cumplido, y luego llevamos el féretro a la tumba abierta. La tapa del féretro estaba levantada; el nítido sol meridiano iluminaba el cadáver rígido, la boca, con todos los dientes rotos, y las botas relucientes cuyos tacones se apretaban uno contra otro como si tuvieran vigor todavía.

—¡Soldados! —dijo Pugachef, el comandante del regimiento, mirando al muerto y acercándose al borde de la tumba—. ¡Soldados! —dijo, trémulo, con la mano en la costura del pantalón—, enterrarnos a Paschka Trunof, el héroe celebrado, acordamos a Paschka el último honor...

Pugachef elevó al cielo sus ojos inflamados por la noche de insomnio y pronunció a gritos un discurso sobre los combatientes muertos del primer ejército de caballería, sobre aquella orgullosa falange que descarga el martillo de la historia sobre el yunque de los siglos venideros. Pugachef terminó a gritos su discurso. Mientras habló estuvo temblando todo el tiempo, apretando la empuñadura de su sable curvo de Chechensko y removiendo la tierra con las espuelas de plata de sus botas rotas. Al acabar su discurso la orquesta tocó La Internacional y los cosacos se despidieron de Paschka Trunof. Todo el escuadrón montó a caballo, disparó una salva, nuestro cañón de tres pulgadas volvió a tronar y enviamos a tres cosacos a buscar una corona. Partieron al galope, sin dejar de disparar, dejándose caer en la silla, haciendo toda clase de filigranas ecuestres, y volvieron con un gran montón de flores rojas. Pugachef derramó aquellas flores delante de la tumba, y nosotros nos acercamos para dar a Paschka Trunof el último beso. Yo estaba en la primera fila tocando con los labios su frente transparente recostada sobre la silla. Luego me fui a la ciudad, al Sokal gótico que se encuentra en el polvo azulado del insuperable desierto galiziano.

La gran plaza de la ciudad, con sus viejas sinagogas, se extiende a la izquierda del parque. Judíos con caftanes rotos disputan en la plaza y se desgarran unos a otros con insensata ceguedad. Algunos, entre ellos los ortodoxos, ensalzan la doctrina de Adass, el rabino de Bel, y por eso son atacados por los chassidas menos ortodoxos, los discípulos de Judas, el rabino de Hussyatin. Los judíos disputan sobre la cábala y

citan en sus disputas el nombre de Ilia, el sacerdote de Vilna. Llenos de dolor los chassidas...

—Ilia —decían a voces, volviéndose a un lado y a otro y abriendo desmesuradamente sus bocas rodeadas de espesas barbas.

Los chassidas se olvidaban de la guerra y de las salvas inmediatas y ultrajaban el nombre de Ilia, el sacerdote de Vilna. Lleno de dolor por Trunof, también yo estuve gritando entre ellos para aliviar mi corazón, hasta que vi delante de mí a un galiziano esquelético, flaco y largo como don Quijote.

Este galiziano llevaba una camisa de lienzo, blanca, que le llegaba hasta los talones. Iba vestido como para un entierro o para la Santa Cena y llevaba con una cuerda una vaca pequeña y esmirriada. Sobre su cuerpo gigantesco descansaba una cabecita menuda, siempre en movimiento, pelada al rape, como la de una serpiente, tocada con un sombrero de anchas alas que se mecía de un lado a otro. La infeliz vaca seguía al galiziano con un semblante imponente, y el esqueleto larguirucho del hombre se alzaba como un patíbulo en el esplendor del cielo.

Pasó solemnemente por la plaza de la ciudad y se metió en una calle torcida, llena de una humareda asquerosa y espesa. En las miserables cocinas de las casuchas medio ahumadas imperaban judías que semejabán negras viejas, judías con senos grandes, desmedidos. El galiziano siguió adelante y se paró al final del callejón ante la fachada de un edificio en ruinas. Allí, delante de una columna torcida y blanca, estaba sentado el herrero, un gitano, herrando un caballo. El gitano daba en la herradura, sacudía su cabello pringoso, silbaba al mismo tiempo y se reía. Le rodeaban varios cosacos con caballos. Mi galiziano pasó al lado del herrero, le dio silenciosamente más de una docena de patatas asadas y se volvió sin mirar a nadie. Yo le seguí algunos pasos porque no podía comprender qué clase de hombre era y qué vida podía llevar en Sokal. Pero en esto me paró un cosaco de los que esperaban allí para herrar el caballo. Este cosaco se llamaba Seliverstof. Había dejado hacía mucho tiempo a Majno y ahora servía en el xxxiii regimiento de caballería.

—Liutof —dijo, estrechándome la mano en un saludo—; eres el diablo. Liutof. A todos los azuzas. ¿Por qué lisiaste hoy por la mañana a Trunof?

Y Seliverstof me salió con la necedad, que estúpidas conversaciones ajenas le habían llevado, de que yo había pegado en la mañana a mi comandante de escuadrón. Seliverstof me recriminó delante de todos los cosacos, pero en su relato no había una sola palabra de verdad. Era cierto que yo había disputado por la mañana con Trunof, porque éste seguía prolongando indefinidamente la aceptación de los prisioneros...; pero Paschka había muerto y ya no tenía más juez sobre la tierra. Y yo era el último de los jueces para él.

La disputa entre nosotros se había desarrollado de la siguiente manera:

Al romper el día habíamos hecho unos prisioneros en la estación de Savady. Los prisioneros eran diez. Al hacerlos prisioneros sólo llevaban la ropa interior. Junto a los polacos; en el suelo, había un montón de ropa. Era un ardid para que no

pudiéramos diferenciar por el uniforme a los oficiales de los soldados. Por eso se habían desnudado; pero en esta ocasión, Trunof quiso sacar la verdad.

—¡Preséntense los oficiales! —ordenó poniéndose ante los prisioneros y sacando el revólver.

Trunof había recibido aquella mañana una herida en la cabeza, que llevaba vendada con un trapo. La sangre le corría como la lluvia por un almiar.

—¡Oficiales, daos a conocer! —repitió, y empezó a disparar sobre los polacos.

Entonces salió del grupo un hombre flaco, viejo, con la espalda desnuda, grande, huesudo, con pómulos amarillos y un bigote lacio.

—¡Abajo la guerra! —dijo el viejo con increíble entusiasmo—. Todos los oficiales han escapado. ¡Abajo la guerra!...

Y el polaco extendió sus manos azules al comandante.

—Con estos cinco dedos —dijo llorando y dando vueltas a su mano marchita y grande—, con estos cinco dedos he alimentado a mi familia...

El viejo se ahogaba; vaciló, derramó un mar de lágrimas de entusiasmo y cayó de rodillas ante Trunof. Sin embargo, Trunof le rechazó con el sable.

—Vuestros oficiales son una banda de carroña —exclamó el comandante—. Vuestros oficiales han tirado ahí sus uniformes. Si sientan bien... Pronto vamos a verlo... Voy a probarlo.

Y el comandante tomó inmediatamente del montón de uniformes andrajosos una gorra con trencillas y se la puso al viejo.

—Le está bien —murmuró Trunof acercándose, y luego de nuevo—: Le está bien —y hundió el sable en la garganta del prisionero. El viejo se desplomó, meneó las piernas y de su garganta brotó un torrente de sangre espumosa y roja como el coral.

Andriuschka Vosmilietof se deslizó junto al polaco, cuyos pendientes y cuya cerviz redonda de aldeano relucían. Le desabrochó los botones, moviéndole suavemente de un lado a otro, y se puso a quitar los pantalones al moribundo. Los arrojó sobre la silla, cogió otros dos uniformes del montón y se alejó de nosotros blandiendo su látigo. En aquel momento apareció el sol entre las nubes, iluminando claramente el caballo de Andriuschka, su trote jubiloso y el balanceo descuidado de su cola tiesa. Andriuschka se dirigió al bosque. Allí estaba nuestra impedimenta. Los cocheros se mostraban excitados. Silbaban y le hacían a Vosmilietof señas como a un sordomudo.

Ya estaba el cosaco a mitad del camino, cuando Trunof se pone súbitamente de rodillas y le llama a gritos:

—¡Andrei! —grita enronquecido el comandante mirando al suelo al mismo tiempo—. ¡Andrei! —repite sin levantar la vista del suelo—. Nuestra república soviética vive todavía. Es muy pronto para repartir sus bienes. Tira eso, Andrei...

Pero Vosmilietof no se volvió siquiera. Seguía cabalgando con su extraño trote cosaco. Debajo de él, su caballo meneaba ágilmente la cola para un lado y para otro, como si nos hiciera señas.

—¡Traición! —murmuró Trunof confundido—. ¡Traición! —exclamó colérico y cogió la carabina; pero la precipitación le hizo fallar el tiro. Andrei se paró. Volvió el caballo hacia nosotros y se sentó a mujeriegas en la silla. Su rostro se puso encendido y grave y meneaba las piernas.

—¡Oye, paisano! —gritó acercándose y tranquilizándose en seguida al sonido de su voz profunda y fuerte—. Ten cuidado no te mate, paisano; ten cuidado de que no te mande al diablo. Apenas has despachado una docena de esos noblecillos y ya armas ese escándalo. Nosotros hemos despachado ya ciento, y no te hemos llamado para nada... Si eres un trabajador, cumple con tu deber...

Andriuschka tiró de la silla los pantalones y los dos uniformes, resopló por la nariz, volvió la espalda al comandante y se dispuso a ayudarme para hacer la lista de los prisioneros supervivientes. Se las arreglaba para estar siempre a mi lado y resoplaba con un ruido enorme. Su solicitud era una carga para mí. Los prisioneros gemían y corrían ante este Andriuschka, que los perseguía y los cogía debajo del brazo, como un cazador un haz de juncos cuando ve una bandada de pájaros dirigirse al río a la salida del sol.

En el trabajo con los prisioneros agoté todas mis maldiciones, y escribí a duras penas ocho nombres, el número de la sección de sus tropas y la clase de arma y me dirigí al noveno. Éste era todavía un muchacho que semejaba un gimnasta alemán de un buen circo, un muchacho con orgulloso pecho teutón y patillas. Llevaba un calzoncillo de punto y una camiseta de «cazador». Vovió hacia mí las dos tetillas de su alto pecho, se echó hacia atrás los cabellos sudorosos, de un rubio claro, y me dio el nombre de su tropa. En esto, Andriuschka le coge por los calzoncillos y le pregunta severamente:

—¿De dónde tienes tú estos calzoncillos?

—Los ha hecho mi madre —contestó el prisionero vacilante.

—¿De modo que tu madre es propietaria de una fábrica? —dijo Andriuschka, mirando cada vez más atentamente al prisionero; luego tocó con la almohadilla de sus dedos las atildadas uñas del polaco. ¿De manera que tu madre es propietaria de una fábrica? Entre nosotros ninguno lleva esos calzoncillos...

Volvió a tocar los calzoncillos de lana y cogió de la mano a los nueve prisioneros para llevarlos con los demás, ya registrados. En este momento vi a Trunof arrastrándose detrás de un montón de tierra. De la cabeza del comandante brotaba sangre como la lluvia de un almiar; el trapo sucio se había desatado y le colgaba. Trunof se arrastraba sobre el vientre y llevaba la carabina en la mano. Era una carabina japonesa, lacada, con una gran fuerza de percusión. A una distancia de veinte pasos destrozó Paschka el cráneo del muchacho. Los sesos me saltaron a la mano. Trunof sacó del arma el cartucho y se acercó a mí.

—Borra a uno —me dijo indicando la lista.

—No borro a nadie —le grité con todas mis fuerza—. Al parecer, Trotski no escribe sus órdenes para ti, Pavel...

—Borra a uno —repitió Trunof señalando con el dedo negro el papel.

—No borro a nadie —le grité con todas las fuerzas—. Eran diez, ahora son ocho; en el estado mayor no te tomarán a mal, Paschka...

—En el estado mayor nos perdonarán merced a nuestra desgraciada vida —contestó Trunof acercándose a mí cada vez más, completamente destrozado, ronco, rodeado de humo; pero luego se paró, alzó al cielo su cabeza ensangrentada y me dijo con amargo reproche:

—Ruido, ruido —dijo—. Allá hace ruido otro...

Y el comandante señala cuatro puntos del espacio, cuatro aparatos de bombardeo que se deslizan por detrás de las refulgentes nubes de cisnes. Eran los aparatos de la flota aérea del mayor Fount-le-Roy, grandes aeroplanos acorazados.

—¡A caballo! —dicen los jefes al verlos, y llevan el escuadrón al bosque al trote. Pero Trunof no sigue a su escuadrón. Se queda rezagado junto al edificio de la estación, se aprieta contra el muro y enmudece. Andriuschka Vosmilietof y dos soldados de artillería, mozos descalzos, con calzones de montar color grosella, se quedan solícitos a su lado.

—Apretad los tornillos, muchachos —les dice Trunof y deja de correrle la sangre por la cara. —Éste es mi informe a Pugachef...

Y Trunof escribió con letras gigantescas de campesino, en una hoja de papel cortada oblicuamente:

*Puesto que voy a morir hoy, creo de mi deber colocar dos cañones para rechazar el enemigo en todo lo posible y al mismo tiempo entrego el mando al comandante del escuadrón Semión Golof.*

Cerró la carta, se sentó en el suelo y se quitó trabajosamente las botas.

—Usadlas —dijo, dando a los dos artilleros el uniforme y las botas—. Usadlas; son nuevas...

Mucha suerte, comandante murmuraron los soldados como respuesta, poniéndose ya sobre un pie, ya sobre otro y vacilando en irse.

—También yo os deseo suerte a vosotros —dijo Trunof—. Arreglaos como podáis, muchachos.

Luego se dirigió a la pieza de artillería que se encontraba en la colina, junto a la caseta vigía de la estación. Allí le esperaba ya Andriuschka Vosmilietof, el coleccionador de trapos.

—De algún modo tenemos que hacerlo —dijo Trunof, y empezó a disponer las piezas de artillería—. ¿Te quedas conmigo, Andrei?

—¡Jesús! —contestó aterrado Andriuschka, sollozando, palideciendo y riendo—. ¡Santa María!

Y apuntó al avión con el segundo cañón.

Los aeroplanos volaban cada vez en círculo más apretado sobre la estación,

crepitaban incesantemente allá arriba, se abatían, describían arcos, y el sol iluminaba con rayos rojos el resplandor amarillo de sus alas.

Entretanto, el cuarto escuadrón seguía en el bosque. Desde allí presenciábamos el desigual combate entre Paschka Trunof y el mayor del ejército americano Reginaldo Fount-le-Roy. El mayor y sus tres bombarderos mostraron una gran actividad en aquel combate. Bajaron hasta una altura de trescientos metros y mataron con sus ametralladoras, primero a Andriuscka y luego a Trunof. Todos los disparos que hicieron los nuestros no causaron el menor daño a los americanos, los cuales se alejaron sin haber descubierto al escuadrón cobijado en el bosque. Así pudimos, pasada media hora, buscar los cadáveres. El de Andriuscka Vosmilietof se lo llevaron dos de sus parientes que servían en nuestro escuadrón, y el de Trunof, nuestro comandante muerto, lo llevamos nosotros al gótico Sokal y allí lo enterramos en un lugar digno, en medio de la ciudad, en un lecho de flores del parque municipal.

## EL DIÁCONO SORDO

Dos veces se había escapado ya del frente el diácono Iván Agueyef. Por este motivo se le mandó al regimiento penitenciario de Moscú. El comandante jefe, Serguei Sergueyitsch Kamenef revistaba su regimiento en Moschaisk antes de que partiera para el frente.

—Imposible utilizarlo —declaró el comandante—. ¡A Moscú, otra vez, a limpiar letrinas!

En Moscú se pudo formar del regimiento penitenciario una compañía. En ella cayó, entre otros, el diácono. Llegaba del frente polaco y se presentó allí como sordo. El ayudante sanitario Barsutski, de la sección de vendajes, que se las había entendido durante toda una semana con Agueyef, estaba asombrado del tesón del diácono.

—¡Que se vaya al diablo este sordo! —dijo Barsutski al sanitario Soitschenko—. Pide en la administración un carruaje para mandar al diácono a Rovno para que le reconozcan.

Soitschenko fue a la Administración y volvió con tres carros. El primero lo conducía Iván Akinfiyef.

—Iván —le dijo Soitschenko—, vas a llevar al sordo a Rovno.

—Puedo hacerlo.

—Y me traerás un certificado.

—Naturalmente —confirmó Akinfiyef—. Pero ¿qué pasa con su sordera?

—Que lo que más quiere es la pelleja —dijo el sanitario—. Eso es todo. Un pillo, no un sordo.

—Yo le llevaré —repitió Akinfiyef echando a andar tras de los carros...

En la enfermería pararon los tres carros. En el primero se sentó una hermana a quien destinaban al interior, el segundo era para un cosaco enfermo de nefritis, y en el tercero se sentó el diácono, Iván Agueyef.

Cuando todo estuvo dispuesto, voceó Soitschenko al ayudante sanitario Barsutski:

—Nuestro pillo se marcha ya —le dijo—. Le he dejado contra recibo en el carro celular del tribunal revolucionario. Van a salir en seguida...

Barsutski miró por la ventana, vio el carro y, arrebatado el rostro, sin gorra, se precipitó fuera de la casa.

—¡Eh! ¿Quieres matarle? —gritó a Akinfiyef—. El diácono tiene que ir en otro carruaje.

—¿Dónde vas a llevarle? —exclamaron riendo los cosacos que allí había—. Nuestro Iván le entregará bien...

Iván Akinfiyef estaba con el látigo en la mano junto a sus caballos. Se quitó la gorra y dijo cortésmente:

—Buenos días, compañero sanitario.

—Buenos días, amigo —contestó Barsutski—. Eres un animal. El diácono tiene que ir en otro carro.

—Me gustaría saber —dijo reprimiéndose el cosaco—, me gustaría saber —su labio superior se replegó hacia arriba, temblando sobre los dientes, refulgentes de blancura— si en una época en que el enemigo nos tiraniza de modo tan inaudito, en que cuelga de nuestras piernas como un lastre y nos maniatada con serpientes, si es decente o no, en una hora como ésta de vida o muerte, soldarse los oídos...

—Iván se pone de parte de los señores comisarios —dijo el cochero del primer carruaje—. ¡Pues sí que vale la pena!...

—No se trata de eso —murmuró Barsutski volviéndose—. Todo vale la pena. Lo que se hace hay que hacerlo con arreglo a las instrucciones.

—¡Pero si éste oye! —le interrumpió Akinfiyef dando la vuelta al látigo entre sus dedos y haciendo un guiño al diácono. Éste se sentó en el carro, dejó caer sus hombros enormes y meneó la cabeza.

—¡Bueno, andando, en nombre de Dios! —gritó el ayudante sanitario desesperado—. Tú me sales responsable de todo, Iván.

—De acuerdo —contestó Akinfiyef pensativo, asintiendo con la cabeza—. Siéntate más cómodo —le dijo al diácono sin volverse—. Más cómodo todavía —repitió el cosaco cogiendo las riendas.

Los carros se colocaron uno tras otro y uno tras otro se lanzaron a lo largo de la carretera. Delante iba Korotgof; Akinfiyef era el tercero y silbaba una canción y bamboleaba las riendas.

Así habrían andado quizá quince kilómetros, cuando, al anochecer, se vieron sorprendidos por un brusco ataque del enemigo.

Aquel día, el 21 de julio, se las habían arreglado los polacos para entrar en Kosin, atacarnos por la espalda y hacer buen número de prisioneros de nuestra división.

Los carros del tribunal revolucionario anduvieron dos días con dos noches entre el fragor de los combates dispersos, y hasta la tercera noche no lograron llegar al camino donde se había retirado el estado mayor de las etapas.

Allí los encontré yo a media noche. Era después de la batalla de Chotin. Yo estaba aterrado. En aquella batalla me habían matado mi caballo Laurik, mi consuelo en la tierra. A consecuencia de aquella pérdida monté en un carro sanitario y recogí heridos. Los sanos los enviábamos otra vez al frente, y por fin me quedé solo en una cabaña derruida. La noche iba entrando impetuosamente. La gritería de la administración llenaba los espacios. Sobre la tierra henchida de gemidos callaban los caminos. Las estrellas se deslizaban sobre el fresco cuerpo de la noche y en el horizonte ardían algunos pueblos abandonados. Me descargué de la silla de montar y me fui bordeando un lindero removido; al llegar a un recodo me paré para aliviar una necesidad.

Una vez aliviado, observé al abrocharme que tenía la mano mojada. Enciendo la linterna, miro en torno mío y veo en la tierra el cadáver de un polaco sobre el cual había caído mi orina. Desde la boca, la orina le había escurrido por los dientes, llenando las cuencas hundidas de los ojos. Al lado del cadáver había un libro de notas

y fragmentos de un folleto de Pildsuski. En el libro de notas del polaco figuraban unos gastos, el repertorio del teatro dramático de Cracovia y el santo de una mujer que se llamaba María Luisa. Con la proclama de Pildsuski, el mariscal y jefe de ejército polaco, sequé del rostro de mi desconocido hermano el líquido hediondo... y me marché agobiado por el peso de la silla.

En ese momento chirriaban por algún sitio, cerca, unas ruedas.

—¡Alto! —grité estremecido—. ¿Quién va?

La noche era todavía más oscura. Los incendios resplandecían en el horizonte.

—Del tribunal revolucionario —contestó una voz apagada en la tinieblas.

Marché hacia allá y me tropecé con un carro.

—Han matado a mi caballo —dije a grandes voces—... Mi caballo pardo. Se llamaba Laurik.

Nadie me contestó. Me subí al carro, puse la silla de cabecera y me dormí. Al amanecer me despertó el calor del heno podrido y del cuerpo de Iván Akinfiyef, mi vecino accidental.

Éste despertó poco después que yo.

—¡Gracias a Dios que ya es de día! —dijo, sacó su revólver y disparó un tiro al oído del diácono. Iba éste sentado delante de nosotros guiando los caballos. En la calva imponente de su cráneo se estremecían un par de pelos grises. Akinfiyef volvió a dispararle un tiro junto al otro oído y guardó el revólver en el estuche.

—Muy buenos días, Iván —le dijo al diácono mientras se ponía las botas entre quejidos. Vamos a desayunar.

—Muchacho —le grité, cuando logré reponerme—, ¿qué haces?

—Todavía no hago bastante —contestó Akinfiyef sacando la vianda—. Hace tres días enteros que está haciéndose el simulador...

Korotkof, el del primer carro, intervino entonces en la conversación. Yo le conocía del xxxi regimiento y me contó la historia del diácono desde el principio. Akinfiyef escuchaba atentamente. Luego sacó de debajo de la silla de montar, una pierna de vaca, metida en una arpillera y con algunas pajas pegadas. El diácono bajó del pescante, se puso a mi lado y cortó con su navaja un pedazo de carne verduzca para cada uno de nosotros. Después del desayuno, Akinfiyef volvió a guardar en el saco la pierna de vaca y la metió en el heno.

—Iván dijo a Agueyef. —¡Ea, vamos! ¡A echar al diablo! Así como así tenemos que parar para que beban los caballos.

Y sacó del bolsillo un frasco de medicina y una jeringuilla de Tarnovski y se lo alargó al diácono. Se apearon los dos del carro y se alejaron en el campo unos veinte pasos.

—Hermana —dijo Korotkof desde el tercer carro—, no mires para allá si no quieres quedarte ciega con lo que le sobra a Akinfiyef.

La mujer murmuró algo y se volvió.

Akinfiyef se levantó la camisa, el diácono se arrodilló delante de él y le puso una

inyección. Luego lavó la jeringuilla con un trapo y la miró a la luz. Akinfiyef se levantó el pantalón se acercó al diácono por detrás en un momento propicio y le disparó al oído.

—Mi saludo —dijo y se abrochó.

El diácono dejó el frasco en la hierba y se levantó. Su par de pelos aleteaban en el aire.

—A mí me juzgará el tribunal supremo —dijo sombríamente—. Iván, tú no estás por encima de mí...

—Ahora todos pueden juzgar a todos —interrumpió el conductor del segundo carruaje que parecía un jorobado listo—. Incluso condenar a muerte. Muy sencillo.

—Sería mejor —prorrumpió Agueyef irguiéndose— que me mataras, Iván.

—Es una estupidez diácono —dijo Korotkof dirigiéndose a él—. Ten en cuenta con quién viajas. Otro te hubiera retorcido el pescuezo como a un ganso sin andarse en más, y él en cambio quiere pescar la verdad de ti y te enseña algo, pope renegado.

—Sería mejor —repitió el diácono tercamente, adelantándose— que me mataras, Iván.

—Te vas a matar tú solo, inmundo —silbó Akinfiyef palideciendo—. Tú mismo vas a cavar tu fosa y tú mismo vas a enterrarte.

Levantó el brazo, se arrancó el cuello y cayó al suelo con un ataque.

—¡Ay, madre querida! —gritaba ferozmente, salpicándose el rostro de arena—. ¡Oh tú, mi amarga sangre, mi Poder Soviético!

—Iván —dijo Korotkof poniéndole la mano suavemente en el hombro—. Iván, no te atormentes, amigo mío, no estés triste; tenemos que seguir, Iván...

Korotkof tomó un buche de agua y roció con ella a Akinfiyef y lo subió después al carro. El diácono volvió a sentarse en el pescante y seguimos nuestro camino.

Hasta la aldehuela de Werby no había más de dos kilómetros. Aquella mañana habían acantonado allí infinidad de tropas. La undécima división, y la decimocuarta y la cuarta. Los judíos con chaleco, encogidos de hombros, se estacionaban delante de las puertas como pájaros desplumados. Los cosacos paseaban por los patios, quitaban toallas y comían ciruelas verdes. Apenas llegados, Akinfiyef se tumbó en el heno y se durmió. Yo cogí una manta del carro y me marché para buscar una sombra. Pero el campo, a ambos lados del camino, estaba lleno de una porquería indescriptible. Un campesino barbudo, con anteojos de cobre y sombrero tirolés que leía aparte un periódico, sorprendió mi mirada y dijo:

—Nos llamamos hombres, pero olemos peor que chacales. Debiéramos avergonzarnos de la tierra.

Dio media vuelta y siguió leyendo el periódico a través de sus anteojos enormes.

Me dirigí entonces hacia la izquierda, al bosquecillo, y vi al diácono que venía en mi dirección.

—¿Adónde vas tú, paisano? —le gritó Korotkof desde el primer carro.

—A una necesidad —murmuró el diácono, me cogió la mano y me la besó—. Es

usted una buena persona —me decía en voz baja, haciendo muecas, temblando y tomando aliento—. Le ruego que mande usted noticias en un minuto libre a la ciudad de Kassimof, para que mi mujer pueda llorarme.

—¿Es usted sordo o no, padre diácono? —le solté a boca de jarro.

—¿Cómo? —me dijo poniéndose la mano en el oído.

—¿Es usted sordo o no, Agueyef?

—Sordo —contestó precipitadamente—. Hasta hace tres días tenía mi oído perfectamente, pero el compañero Akinfiyef con su tiroteo me ha estropeado los oídos. Tiene la obligación de llevarme a Rovno, pero qué sé yo si me llevará...

Y el diácono cayó de rodillas, dobló la cabeza con sus pelos rebeldes y se arrastró entre los carros. Llegó a rastras al otro lado, se levantó y se fue a donde estaba Korotkof. Le echó tabaco en la mano, liaron un cigarrillo y se dieron fuego mutuamente.

—Así es mejor —dijo Korotkof haciéndole sitio a su lado. El diácono se sentó y los dos permanecieron en silencio. En esto despertó Akinfiyef. Sacó la pierna de vaca del saco, cortó con el cuchillo la carne verduzca y dio un pedazo a cada uno. Cuando vi aquella carne podrida me puse mal y la rechacé desesperado.

—¡Que os vaya bien, muchachos! —dije—. ¡Feliz viaje!...

—Adios —contestó Korotkof.

Saqué la silla del carro y me marché. En el camino seguía oyendo el refunfuñar interminable de Akinfiyef.

—Iván —le decía a Agueyef—, te has equivocado, Iván. Mi nombre debiera haberte amedrentado. Tú, en cambio, te has sentado en mi carro. Hubieras podido seguir así antes de haber caído en mis manos, pero ahora..., bueno, ahora quiero convidarte otra vez a beber, y luego voy a terminar contigo, Iván.

## EL CEMENTERIO DE KOSIN

El cementerio de una pequeña ciudad judía: Assyria. Y el misterioso umbral del Oriente en los campos volinios, plagados de cizaña...

Piedras grises talladas, con inscripciones de trescientos años. Relieves toscos cincelados en el granito. Un pez y un cordero sobre una calavera. Rabinos con gorros de piel. Las caderas estrechas de los rabinos están ceñidas con correas. Y bajo sus rostros ciegos se retuerce la línea de piedra de sus barbas ondulantes. A un lado, debajo de una encina partida por un rayo, la cúpula funeraria del rabino Asriel, a quien mataron los cosacos de Bogdan Chmelnitski. Cuatro generaciones yacen en esa sepultura, miserable como la choza del aguador. En la lápida, enverdecida de musgo, se entona una plegaria beduina y palabrera:

Asriel, hijo de Chanaías, labio de Jehová.

Elías, hijo de Asriel, cerebro que recogió el desafío con el olvido.

Wolf, hijo de Elías, príncipe que fuiste arrebatado a la Tora en la  
decimonovena primavera.

Jehuda, hijo de Wolf, rabino de Cracovia y de Praga.

¡Oh Muerte, oh ladrona codiciosa y voraz! ¿Por qué no nos perdonaste  
siquiera una vez?

## LA VIUDA

En el coche sanitario se muere el comisario del regimiento, Scheveliof. A sus pies está sentada una mujer. La noche, iluminada por el resplandor de los cañonazos, desciende sobre él, y Lievka, el cochero del comandante de la división, revuelve la comida en el cacharro de la cocina. El mechón de Lievka cae encima del fuego. En el soto corren los caballos en reata. Lievka revuelve con una rama el contenido del cacharro y dice a Scheveliof, tendido en el coche sanitario:

—Yo he trabajado en la ciudad de Temryuk, compañero, como corredor y como atleta. Las ciudades pequeñas, naturalmente, son bastante fastidiosas para una mujer. Apenas me habían visto allí las damiselas, cuando ya se bamboleaba la pared: «Lief Gavrilytsch, no nos rechace usted una merienda à la carte. No se quejará usted de haber perdido el tiempo...». Fui con una cualquiera a un restaurante. Pedimos dos raciones de ternera y media botella de aguardiente. Nos sentamos muy tranquilos uno al lado del otro y bebemos... De pronto advierto que un desconocido, no mal vestido y bastante decente, se me acerca. Está sereno, y en toda su persona noto una gran presunción.

—Perdone —me dice—, quisiera saber de qué nacionalidad es usted.

—¿Cómo se le ocurre —pregunto yo— molestarme a causa de mi nacionalidad, precisamente estando en compañía de una señora?

Y él responde:

—¿Usted pretende ser un atleta...? Con el boxeo francés se zurra sencillamente a la gente como usted con un movimiento de mano. Pruébeme usted su nacionalidad...

Yo sigo sin hacer caso.

—Yo no conozco siquiera su nombre ni su apellido. ¿A qué viene un desafío que no conduciría, inevitablemente, más que a que uno cayese aquí en seguida o, con otras palabras, se tumbase a exhalar su último suspiro?

—¡El último suspiro! —repitió entusiasmado Lievka levantando las manos al cielo y desperezándose en la noche.

El viento infatigable, el puro viento de la noche, canta, se hincha de tonalidades y conmueve las almas. Las estrellas brillan en la oscuridad como anillos de esponsales, y caen sobre Lievka, se le enredan en el pelo y se apagan en su enmarañada cabellera.

—Lief, ven aquí —murmuró repentinamente Scheveliof con los labios azulencos—. El oro que tengo pertenece a Saschka; los anillos, los arreos del caballo, todo es de ella. Hemos vivido lealmente juntos y quiero recompensarla por ello. Los trajes, los calzoncillos y la orden del heroísmo inquebrantable, mándalo a Terek, a mi madre. Mándaselo con una carta y escribe en ella:

*El comandante te saluda y no tienes que llorar. La isba te pertenece a ti, madre; vive en ella. Si alguien te molesta, vete en seguida a ver a Budienny y*

*dile que eres la madre de Scheveliof...*

*El caballo Abamka se lo dejo al regimiento en recuerdo de mi alma...*

—Lo del caballo lo he entendido —murmuró Lievka palmoteando—. Saschka —gritó a la mujer—, ¿has oído lo que ha dicho? Confiesa delante de él si vas a dar a la vieja lo suyo o no.

—¡A mí qué me importa su madre! —contestó Saschka, y se marchó derecha como una ciega al soto.

—¿Le vas a dar su parte? —y Lievka fue a buscarla y la cogió por el cuello—. Dilo delante de él.

—Sí; se la daré. Déjame.

Y una vez que Lievka le había arrancado esta confesión, quitó el cacharro del fuego y echó el caldo en la boca abierta del moribundo. La sopa se derramó por la cara de Scheveliof, la cuchara rechinó en sus dientes brillantes, muertos, y las balas cantaban cada vez más triste, cada vez más intensamente en la lejana espesura de la noche.

—Con fusil tira esa canalla —dijo Lievka.

—¡Maldita casta de nobles! —replicó Scheveliof. Su fuego de artillería nos destroza el flanco derecho.

Y con los ojos cerrados, solemne como un cadáver en la capilla ardiente, acecha Scheveliof el estruendo de la batalla con grandes orejas céricas. A su lado masca Lievka la carne con ruido y atragantándose. Cuando terminó, se relamió el labio y se fue al vallecito con Saschka.

—Saschka —dijo él estremeciéndose, eructando y palmoteando, Saschka, como delante de Dios te digo: los pecados se adhieren a nosotros como lampazos... Se vive una vez sólo y se revienta una vez también... Déjame, Saschka. Yo te lo agradeceré, y aunque me costase la sangre... Con él ya ha terminado todo, Saschka. Pero ante Dios, la vida sigue su curso...

Se sentaron en la hierba. La luna salía arrastrándose vacilante detrás de las nubes y se detuvo sobre las rodillas desnudas de Saschka.

—Vosotros os calentáis ahí —murmuró Scheveliof—, y el enemigo, mira, corre tras de la catorce división...

Lievka jadeaba y en el soto se oían crujidos... La luna taciturna vagaba como un mendigo por el cielo. A lo lejos relampagueaba la artillería. Las balas zumbaban en la tierra inquieta y las estrellas de agosto caían sobre la hierba.

Saschka regresó a su sitio de antes. Cambió al herido la venda y le alumbró con una linterna la boca podrida.

—Mañana terminaste —dijo Saschka secando el sudor frío de la frente de Scheveliof—. En los intestinos tienes la muerte...

En ese momento conmueve la tierra un estallido múltiple y funesto. Cuatro nuevas brigadas lanzadas al combate por el mando unido del enemigo empezaron a

bombardear y destruyeron nuestras comunicaciones, incendiando toda la comarca donde se divide el Bug. En el horizonte se elevan dóciles hogueras y los funestos pájaros del bombardeo salen del fuego. Busk ardía. Lievka, el mozo desenfrenado, escapa en el frágil carruaje del comandante de la sexta división. Lleva vigorosamente las riendas grosella y pasa como una furia por el bosque, rozando con las lacadas ruedas los troncos de los árboles. El carro pequeño en que yace Scheveliof vuela detrás de él. Saschka conduce cautamente los caballos, que a veces se salen del carril.

Así llegan a la linde del bosque, donde está la estación sanitaria. Lievka desengancha y va a ver al comandante para buscar una manta de caballo. Atraviesa el bosque lleno de carruajes. Entre ellos descansan los cuerpos de los sanitarios, y sobre sus zamarras tiembla el tímido arrebol de la mañana. Las botas de los durmientes están tiradas al azar; las bocas, abiertas como agujeros torcidos y negros.

Lievka regresó con una manta a donde se encontraba Scheveliof, le besó en la frente y le tapó hasta la cabeza. Después se acercó Saschka al coche.

—Paulik —gritó—. ¡Ah, Jesucristo! —y se arrojó sobre el muerto con su cuerpo enorme.

—Casi se mata —dijo Lievka—. Hay que reconocer que los dos se entendían bien. Ahora tendrá que volver a fatigarse con todo el escuadrón. No es ningún placer...

Lievka estaba precisamente comiendo cuando resuena en el camino un fúnebre trompeteo y el rumor de numerosas herraduras. Sobre un arzón iba expuesto el cadáver de Scheveliof, cubierto con banderas. Saschka seguía a caballo el féretro de Scheveliof, y en las últimas filas de jinetes resonaba una canción cosaca.

El escuadrón pasó la carretera y dobló el río. Entonces, Lievka, descalzo y sin gorra, se precipita detrás de la tropa en marcha y agarra por la rienda el caballo del comandante del escuadrón:

—... Calzoncillos —nos llevaba el viento fragmentariamente— su madre vive en Terek —oíamos la gritería incoherente de Lievka. El comandante del escuadrón no le escuchaba ya, y se dirigió a Saschka. Pero la mujer meneó la cabeza y siguió andando. Entonces salta Lievka a la silla, coge a Saschka del pelo, le echa la cabeza hacia atrás y le da de puñetazos en toda la cara. Saschka se limpió con la falda la sangre y siguió andando. Lievka saltó de la silla. Y las trompetas estridentes siguieron guiando el escuadrón frente a la línea azulada del Bug.

Luego volvió Lievka, el cochero del comandante de división, hacia nosotros, y gritó con ojos chispeantes.

—Cuando menos no la he vapuleado mal. Ha dicho: «Mandaré las cosas a su madre cuando me venga bien». «Pero de veras no lo olvides, tú, hueso hediondo... Si lo olvidas, ya te acordarás otra vez. Y si lo vuelves a olvidar, volverás a acordarte...».

## UN SUEÑO

El comandante de división y su estado mayor se encontraban en una rastrojera a tres kilómetros de Samostye. El ejército se hallaba ante un inminente ataque nocturno. Según la orden, debíamos levantar ya nuestro campamento en Samostye. El comandante de la división sólo esperaba la noticia de la victoria.

Llovía. Sobre la tierra empapada se cernían el viento y la tinieblas. Todas las estrellas estaban ahogadas por montones de nubes negras como tinta. Resoplaban los caballos extenuados, y en la oscuridad impenetrable, tan pronto descansaban en una pata como en otra. No había ya pienso para ellos. Até mi caballo a mi pierna, me envolví en mi capote y me eché en una hoya llena de agua. La tierra empapada me recibió en sus brazos serenos, como una tumba. El caballo tiró de la rienda y me arrastró. Había descubierto una mata de hierba y quería arrancarla. Al poco tiempo me dormí... y vi en sueños, en la era, el cereal recogido en parvas y el polvo áureo de la sonora trilla. Las gavillas de trigo subían hasta el cielo; el día de julio se metía en la noche y el sol poniente pesaba sobre el pueblo.

Estaba tendido en mi lecho tranquilo; la blandura del heno bajo mi cerviz me arrebató los sentidos. La puerta de la cuadra se abrió rechinando. Una mujer en traje de baile se acercó a mí, fue despojando su pecho de encajes negros, circunspectamente, como una madre nutricia, y se reclinó en el mío. Un sofocante bochorno me abrasa las entrañas, las gotas de sudor, gotas de un sudor vivo, fluyente, hierven entre nuestros pechos.

—Margot —quiero gritar—, la tierra me arrastra en la cadena de la miseria como a un perro que se resiste, pero la he visto a usted, Margot...

Quiero gritar esto, pero no puedo abrir mis mandíbulas, ateridas por un frío repentino.

Entonces se desprende de mí la mujer y cae de hinojos.

—Jesús —dice—, recibe el alma de tu esclava muerta.

Luego pone en mis párpados dos viejas monedas de cinco copeks y me tapa la boca abierta con oloroso heno. Un grito pugna por salir entre mis mandíbulas rígidas; las apagadas pupilas se mueven lentamente bajo las monedas de cobre; no puedo desenlazar mis manos... y despierto.

Delante de mí se acurruca un campesino de crespas barbas. Lleva un fusil en la mano. El espinazo de mi caballo parece una viga negra atravesada en el cielo. El apretado lazo del ramal se hunde en la pierna levantada.

—Te has dormido, paisano —dice el campesino, y me sonrío con sus ojos trasnochados, insomnes—. El caballo te ha arrastrado un buen medio kilómetro.

Aflojo las correas y me levanto. Por mi cara, desgarrada por las hierbas de la estepa, corre sangre.

Ahí, a dos pasos de nosotros, se encuentran las avanzadas. Podía ver las chimeneas de Samostye, las linternas sordas de las callejuelas del *ghetto* y la torre de

los bomberos con sus focos rotos. El rocío de la mañana nos anega como una inhalación de cloroformo. Sobre el campamento polaco se elevan verdes cohetes. Parecen estremecerse en el aire, se despliegan luego como rosas a la luz de la luna y van apagándose.

Y en el ocaso oí un suspiro lejano. En torno se incubaba una muerte secreta.

—Matan a alguien —dije—. ¿A quién matan?

—El polaco está revuelto —me contestó el campesino—. El polaco está degollando a los judíos...

El campesino pasó el arma de la mano derecha a la izquierda. Su barba estaba retorcida a los lados; me miró amistosamente y me dijo:

—Largas son las noches en las avanzadas, interminables son esas noches. Y a veces tiene allí el hombre ganas de hablar con otro hombre, pero ¿dónde encontrarlo?

El campesino me obligó a fumar de su cigarrillo.

—Se les echa la culpa de todo a los judíos —dijo—, de nuestra desgracia, de la vuestra. Después de la guerra va a haber muy pocos. ¿Cuántos judíos hay en todo el mundo?

—Diez millones —contesto yo y empiezo a preparar las bridas.

—No van a quedar más de doscientos mil —exclamó el campesino, y me cogió la mano como si tuviese miedo de que me marchara. Pero yo salté a la silla y me dirigí adonde se encontraba el estado mayor.

El comandante de la división se disponía a montar a caballo precisamente entonces. Los ordenanzas estaban delante en rígida actitud de firmes y se domían en ella. Tropas de caballería ligera se movían a lo largo de las colinas húmedas.

—Cada vez nos aprietan más los tornillos —murmuró el comandante de división marchando de allí.

Le seguimos en el camino de Sitanez.

Llovía aún. En el camino flotaban ratones muertos. El otoño aprisionaba nuestros corazones, y los árboles —cadáveres desnudos— se mecían en las encrucijadas.

Llegamos a Sitanez en las primeras horas de la mañana. Yo vivía con Volkof, el contable del estado mayor, que había descubierto para los dos una isba libre en la punta del pueblo.

—Trae vino —dijo a la dueña de la casa—, vino, carne y pan.

La vieja se sentó en el suelo y dio de comer en la mano a un ternero metido debajo de la cama.

—No tengo nada —contestó con frialdad—. Ya no me acuerdo del tiempo en que tuve algo.

Me senté a la mesa, me quité el revólver y me dormí. Un cuarto de hora después abrí los ojos y vi a Volkof doblado sobre el alféizar de la ventana. Estaba escribiendo una carta a su novia.

«Adorada Valya —escribía—, ¿se acuerda usted de mí?».

Leí el primer renglón. Luego saqué cerillas del bolsillo y prendí en el suelo un

montón de paja. El fuego ardió y vino hacia mí. La vieja se echó de bruces sobre el fuego y lo apagó.

—¿Qué haces, panie? —dijo retrocediendo espantada. Volkof se volvió, miró fijamente a la dueña con sus ojos inexpresivos y continuó la carta.

—Voy a quemarte, vieja —murmuro yo soñoliento—. A ti y al ternero que has robado.

—Espera —gruñe la vieja. Sale y vuelve con una jarra de leche y pan. Apenas habíamos comido la mitad, cuando empezaron a caer tiros en el patio. El tiroteo persistía fuera hasta el punto de hacérsenos aburrido. Bebimos la leche, y Volkof salió al patio para ver qué pasaba.

—He ensillado tu caballo —me dijo por la ventana. El mío lo han matado. Y aun hemos tenido suerte: los polacos han puesto ametralladoras a cien pasos de aquí.

De manera que sólo nos quedó un caballo disponible, que a duras penas nos llevó a Sitanez. Yo iba en la silla y Volkof en la grupa.

Los coches de la administración avanzaban estruendosamente, hundiéndose en el cieno. La mañana rezumaba sobre nosotros como el cloroformo en una mesa de hospital.

—¿Está usted casado? —me preguntó de repente Volkof.

—Mi mujer me abandonó —contesté yo y me adormecí breves instantes. Soñaba que dormía en una cama.

Silencio.

Nuestro caballo cede.

—Dos kilómetros más y la yegua se para —dice Volkof.

Silencio.

—Hemos perdido la campaña —murmura Volkof y ronca.

—Sí —constesto yo.

## EL HIJO DEL RABINO

¿Te acuerdas de Schitomir, Vassili? ¿En el río Teteref? ¿Y de aquella tarde en que el sábado naciente se iba deslizando a lo largo del ocaso, aplastando con sus tacones rojos las estrellas?

La delgada media luna bañaba sus puntas en las aguas negras del Teteref. El gracioso Guedalye, el fundador de la IV Internacional, nos llevó entonces a casa del rabino Motale Brazlavski para la oración de la tarde. El gracioso Guedalye meneaba en la neblina roja de la tarde sus plumas de gallo de su sombrero de copa. En el cuarto del rabino brillaban las pupilas ávidas de los cirios. Judíos de anchas espaldas, abismados sobre los libros de rezos, suspiraban quedamente, y el viejo bufón de los sabios de Chernobyle hacía sonar en su bolsillo roto las monedas de cobre...

¿Te acuerdas todavía de aquella noche, Vassili...? Detrás de la ventana relinchaban los caballos y gritaban los cosacos. El desierto de la guerra bostezaba más allá de la ventana, y el rabino Motale Brazlavski tenía sus dedos huesudos como engarfiados sobre su alba vestidura talar. Estaba orando en la pared que miraba al oriente. Luego se rasga la cortina del arca santa. Y vimos al triste resplandor de los cirios los rollos de la Tora envueltos en seda púrpura y azul, y el humilde y hermosísimo rostro de Ilia, el hijo del rabino, el último príncipe de la dinastía, inclinado sobre la Tora, en actitud inmóvil.

Y hace tres días, Vassili, los regimientos del XII ejército han dejado romper el frente en Kovel. En la ciudad retumbaba despectivo el bombardeo del vencedor. Nuestro ejército temblaba y caía en el desconcierto. El tren del departamento político se arrastraba por el lomo de los campos muertos. Y Rusia, la admirable, la increíble Rusia, iba a los lados del vagón pateando con sus sandalias de corteza como una manada de piojos vestidos. El ejército de campesinos que retrocedía como una marea iba rodando delante de él, el féretro acostumbrado del soldado: el tifus. Saltaban a los estribos de nuestro tren y caían otra vez al choque de las culatas de nuestros fusiles. Resoplaban, se sujetaban, rodaban como polvo hacia delante, silenciosamente. Y a los doce kilómetros, cuando ya no tuve una patata para ellos, les arrojé un montón de proclamas de Trotsky. Pero sólo uno entre ellos alargó su mano sucia de muerto para coger una proclama. Y reconocí a Ilia, el hijo del rabino de Schitomir. Le reconocí en seguida, Vassili. El príncipe había perdido el pantalón, se encorvaba bajo el peso de su mochila y me era tan doloroso verle, que, contra todas las instrucciones, le metimos en el coche. Torpe como una vieja, se pegó con el borde de hierro del estribo en la rodilla desnuda. Dos estenotipistas de pechos vigorosos con blusas de marinero arrastraron a la redacción el cuerpo largo, casto, del moribundo. Allí le dejamos en un rincón en el suelo. Los cosacos de anchos pantalones rojos sujetaron su pantalón caído. Las dos muchachas sostuvieron contra el suelo sus piernas torcidas y miraban indiferentes —¡inocentes hembras!— los órganos genitales, la masculinidad

consumida, flácida y rizada de un semita moribundo. Y yo, yo que le había conocido en una de mis noches de éxodo, ordené la propiedad dispersa del soldado rojo Brazlavski.

Todo estaba revuelto: los papeles del agitador con las notas del poeta hebreo. Las imágenes de Lenin y de Maimónides aparecían juntas: el voluminoso cráneo de hierro de Lerun y el semblante sombrío y suave como seda de Maimónides. En las «Conclusiones del VI Congreso del Partido» había un rizo de mujer. Líneas torcidas de antiguos versos hebraicos ornaban las márgenes de manifiestos comunistas. Páginas del Cantar de los Cantares y balas de revólver —¡triste, infeliz lluvia!— cayeron delante de mí. Y me volví hacia el joven moribundo, echado en el rincón sobre un colchón despanzurrado.

—Hace cuatro meses, Guedalye, el buhonero, me llevó un viernes por la noche a casa de su padre, del rabino Motale. Entonces no estaba usted en el partido todavía Brazlavski...

—Entonces estaba en el partido —contestó el muchacho, se frotó el pecho y se puso febril—. Pero no podía dejar a mi madre...

—¿Y ahora, Ilia?

—La madre en la revolución no es más que un episodio —murmuró entrecortadamente—. Mi letra, la letra «B», llegó en turno y la organización del partido me mandó al frente...

—¿Y así fue usted a Kovel, Ilia?

—Sí, fui a Kovel —gritó desesperadamente—. Allí rompieron nuestro frente. Yo tomé la dirección de un regimiento formado rápidamente..., pero demasiado tarde: no tenía artillería...

Antes de entrar el tren en Rovno, Ilia había muerto. Murió el último príncipe entre poesías, amuletos y arambeles. Le enterramos en una estación abandonada por Dios. Y yo, desatado el torrente de la fantasía ante aquel cuerpo de antiguo linaje, permanecí al lado de mi hermano hasta su último suspiro.

## LA CANCIÓN

Cuando nos alojamos en el pueblo de Budiatitschy me tocó una mala patrona, una pobre viuda. Algunas cerraduras rompí en su despensa, pero jamás encontré en ella cosa de comer.

No me quedaba otro remedio que emplear la astucia, y un día, al llegar a casa al atardecer, vi que la mujer empujaba la puertecita del hogar, caliente todavía. En la choza olía a schtschi. ¿Quién sabe? ¡Quizá hubiera allí hasta carne!... Yo olí la carne en aquella sopa y puse el revólver encima de la mesa. Pero la vieja no se dejó intimidar. Apretó convulsivamente los puños sucios, su semblante se ensombreció y me miró asustada y con un odio extraño. Sin embargo, nada hubiera podido salvarla, la hubiera reducido con el revólver si no se presenta a molestarme Saschka Konayef, llamado Saschka Cristo.

Entró en la choza con un acordeón debajo del brazo. Sus preciosísimos pies oscilaban en las botas gastadas.

—¿Tocamos una canción? —dijo mirándome con sus ojos adormilados como tras de unos azules carámbanos.

—Tocamos una canción —dijo Saschka, se sentó en el banco y empezó a tocar la introducción. Una entrada ensoñadora que sonaba como llegada de una remota lejanía.

El cosaco se interrumpió y miró atónito y aburrido ante sí, con sus ojos azules. Apartó la vista de nosotros y empezó una canción de Kuban, porque sabía que con ella podía alegrarme.

—Estrellas de los campos —cantó—. Estrellas de los campos sobre mi casa paterna y la mano melancólica de mi madre...

Me gusta esa canción. Me transportaba a un supremo entusiasmo espiritual. Saschka lo sabía porque la habíamos oído juntos por primera vez en las bocas del Don, en la aldea cosaca de Kagalniskaya.

Un hombre que pescaba en aguas vedadas nos enseñó esa canción. En aquellas aguas vedadas desovan los peces y moran aves innúmeras. Los peces se multiplican en la desembocadura del Don de una manera indescriptible; se les puede pescar con artesas, con las mismas manos. Si se mete un remo verticalmente en el agua, se queda quieto porque los peces lo sujetan y lo empujan en direcciones contrarias. Nosotros mismos lo hemos visto y no olvidaremos jamás las aguas vedadas de Kagalniskaya. Todas las autoridades prohibieron con mucha razón la pesca en esas aguas; pero en el año diecinueve se desencadenó en la boca del Don una guerra cruel y el cazador Yakof, que ante nuestros ojos ejercía su industria ilícita, le regaló un acordeón al cantante de nuestro escuadrón, a Saschka Cristo, para que cerrase los ojos. Él mismo le enseñó a Saschka sus canciones, entre ellas viejas melodías conmovedoras. Nosotros le perdonamos todo al astuto cazador porque necesitábamos sus canciones. Entonces nadie podía prever aún el fin de la guerra, y sólo Saschka nos hacía

llevadero el camino peligroso con tonadas y lágrimas. Una huella sangrienta marcaba nuestro camino y sobre nuestras huellas se mecían las canciones. Así fue en la campaña del verde Kuban, así en el Ural y en las montañas caucásicas, así hasta el día de hoy. Necesitamos la canción. El fin de la guerra no se prevé y Saschka Cristo, el cantante del escuadrón, no está todavía maduro para la muerte...

Aquella noche, la del engaño de la sopa, me dulcificó Saschka con su voz apagada y trémula:

—Estrellas de los campos sobre mi casa paterna y la mano melancólica de mi madre.

Estaba echado en un rincón en un lecho podrido escuchando a Saschka. La nostalgia removía debajo de mí el heno enmohecido. A través de la lluvia candente de mi nostalgia apenas veía a la vieja que sujetaba con la mano su mejilla lacia. Hundida su cabeza arañada, permanecía junto a la pared, sin moverse ni aún después de haber dejado Saschka de tocar. Éste dejó el acordeón a un lado, rio y bostezó como tras de un largo sueño; luego, viendo lo descuidado que la choza estaba, barrió el estiercol del banco y llevó un cubo de agua.

—Ya ves, querido mío —le dijo la mujer restregándose la espalda contra la puerta y señalándome—, tu superior ha entrado antes, me ha chillado, ha dado patadas, ha roto todas las cerraduras de la choza y ha sacado el arma delante de mí... Es un pecado delante de Dios venirme con un arma a mí, a una mujer...

Y volvió a restregarse la espalda contra la puerta y tiró algunas pieles sobre el hijo, que, tapado con pingajos, roncaba en la cama grande debajo del icono. El hijo era un muchacho mudo, con la cabeza grandota blanca y unos pies gigantes como los de un campesino ya formado. La madre le limpió la nariz puerca y volvió a la mesa.

—Querida mía —dijo Saschka después poniéndole la mano en el hombro—. ¿Tiene usted deseo? Puedo servirla...

Pero ella hizo como si no hubiese oído sus palabras.

—No he visto sopa alguna —dijo sosteniendo con la mano su mejilla—. Hace ya mucho tiempo que no queda nada de mi sopa. Siempre me amenaza la gente con las armas. Y una vez viene un buen hombre con quien yo podía darme un buen gusto y... ¡ay! Estoy tan extenuada, que ya no encuentro placer en el pecado...

Así se lamentaba, arrastrando una voz tristona. Luego murmuró algo y empujó al chico mudo hacia la pared. Saschka se acostó con ella en los harapos de aquel lecho. Y yo intenté dormirme. Y me forjé sueños para dormirme con hermosos pensamientos.

## TRAICIÓN

Compañero juez de instrucción Burdienko:

A sus preguntas contesto que tengo el número 2 400 de legitimación del Partido, extendida por el Comité del Partido en Krassnodar para Nikita Balinaschef. Respecto a mi vida declaro que hasta 1914 fue una vida doméstica, pues me ocupaba con mis padres en trabajos agrícolas, y desde el campo fui a las filas imperialistas a defender al ciudadano Poincaré y a los verdugos de la revolución alemana Ebert-Noske, que al parecer se habían dormido y a lo sumo habían tenido en sueños una idea de cómo podría efectivamente ayudarse a mi patria. «Sankt-Iván», en Kuban. Y así se va tirando de la cuerda hasta que el compañero Lenin con el compañero Trotsky dan una vuelta a mi bayoneta bestializada y en vez de dirigirla a los intestinos que le estaban destinados la dirigen a unas nuevas entrañas del blanco más fácil. Desde entonces llevo el número 2 400 en la punta de mi despierta bayoneta, y es bastante bochornoso y ridículo por cierto oír de usted ahora, compañero juez de instrucción Burdienko, una habladuría insensata sobre el desconocido hospital de N. De ese hospital no me ocupé yo lo más mínimo, cuanto más para hablar de que le haya tiroteado o le haya asaltado, lo cual hubiera sido de todo punto imposible, pues los tres, es decir, el compañero Golovitsyn, el compañero Kustof y yo estábamos heridos y sentíamos una fiebre violenta en nuestros huesos. No asaltamos el hospital, sino que estábamos en traje de hospital en la plaza de la ciudad en medio del pueblo libre, de nacionalidad judía, y llorábamos. Y en lo que respecta al perjuicio de los tres cristales que al parecer rompimos con nuestros revólveres de oficiales, desde lo más profundo del corazón digo que esos cristales no respondían a un fin, pues pertenecían a la ventana de una despensa donde no cumplen misión alguna. Y el doctor Yavein, que vio desde la ventana del hospital nuestro tiroteo, se reía de nosotros sin parar, lo cual pueden comprobar así mismo, los judíos arriba citados, libres del lugar de Kosin. Contra el doctor Yavein aduzco todavía, compañero juez de instrucción, que también se rio de nosotros cuando los tres heridos, a saber: el compañero Golovitsyn, el compañero Kustof y yo, fuimos llevados al lazareto, y él, a las primeras palabras, nos dijo con bastante dureza: «Combatientes, tomad un baño cada uno, quitaos inmediatamente vuestras armas y vestidos, porque temo que puedan propagar el contagio y quiero hacerla desinfectar absolutamente». Y cuando el camarada Kustof vio delante de él una fiera y no un hombre, adelantó su pierna destrozada y preguntó si un sable de Kuban podía contagiar a alguien que no fuese enemigo de nuestra revolución y se interesó también en saber algo de la desinfección; si allí encontraba uno verdaderamente un soldado del partido para todas las cuestiones o, al contrario, uno de la masa innominada. Y entonces vio claramente el doctor Yavein que nos dábamos cuenta de la traición. Nos volvió la espalda y nos mandó a la enfermería sonriente y sin decir una palabra. Renqueamos con nuestras piernas rotas, agitamos nuestras manos impedidas y nos sostuvimos mutuamente, puesto que los tres éramos

compatriotas del pueblo cosaco de Sankt-Iván, a saber: el compañero Gotovitsyn, el compañero Kustof y yo, paisanos con la misma suerte; el que tenía la pierna rota se apoyaba en el brazo del compañero, y el que no tenía mano se reclinaba en el hombro del otro. Obedecimos la orden dada y nos fuimos a la enfermería, donde esperábamos encontrar una labor cultural y desprendimiento por la causa. Pero es interesante hacer notar lo que encontramos en la enfermería: vimos allí soldados rojos —infantería exclusivamente— sentados en los camastros jugando a las damas, y en las ventanas había enfermeras altas, sonriendo a derecha e izquierda. Cuando vimos esto quedamos como heridos por el rayo.

—¿Habéis terminado ya la guerra, muchachos? —dije yo a los heridos.

—Sí —contestaron los heridos moviendo las piezas hechas de pan.

—Muy pronto —contesté a los heridos, muy pronto habéis terminado la guerra los de infantería cuando el enemigo está a quince kilómetros de aquí avanzando solapadamente y cuando puede leerse en el periódico El Jinete Rojo algo sobre nuestra situación internacional, que es horrible y que presenta horizontes cubiertos de nubes.

Pero mis palabras resonaron contra la heroica infantería como sirles de cordero en el tambor del regimiento. Y de toda la charla no vino a resultar sino que las enfermeras nos llevaron a la cama y allá empezaron otra vez a hablar de que debíamos dejar las armas, como si hubiéramos sido ya vencidos.

A consecuencia de esto excitaron a Kustof hasta un punto que no puede decirse, y se arrancó el vendaje que llevaba en el hombro izquierdo encima del corazón sangrante del guerrero y del proletario. Conociendo su carácter, callaron las enfermeras, aunque sólo poco tiempo; luego empezaron otra vez a bromear como hace la masa innominada, y por último nos mandaban gente que se complacía en quitarnos la ropa mientras dormíamos y nos hacían representar como labor de cultura, una obra de teatro, vestidos de mujeres, lo cual no era para nosotros.

¡Oh crueles enfermeras! Más de una vez intentaron dormirnos con narcóticos a causa de nuestro indumento, de tal manera que no descansábamos más que alternativamente y teníamos siempre un ojo abierto y hasta para las menores necesidades íbamos con todo el uniforme y con el revólver en la mano. Después de haber sufrido así una semana y un día enteros empezamos a delirar, a ver fantasmas y, finalmente, cuando el 4 de agosto, la mañana de la acusación, despertamos, vimos un cambio en nosotros; es decir, estábamos en mandil, cada uno con un número, lo mismo que reclusos, sin armas y sin los vestidos que habían cosido para nosotros nuestras madres, las pobres viejecitas de Kuban. Y vimos el buen sol iluminando magníficamente, mientras que la infantería, bajo la cual sufríamos los tres jinetes rojos, se burlaba de nosotros, lo mismo que las despiadadas enfermeras que nos habían dado la noche anterior un narcótico y ahora movían sus pechos jóvenes y nos traían fuentes llenas de cacao con tanta leche que se podía nadar dentro. Un alegre carrusel: la infantería golpeaba con sus muletas terriblemente y nos pellizcaba a los

lados como a prostitutas venales: «El primer ejército del Budienny ha terminado también la guerra». Pero no, relamidos compañeros que habéis hinchado vuestros magníficos vientres y jugáis por la noche a las damas como si eso fuera un arma de artillería, el primer ejército no ha terminado la guerra. Los tres queríamos ir al retrete; nos encontramos en el patio y nos dirigíamos desde allá, todavía con la fiebre de nuestras heridas amoratadas, al ciudadano Boidermann, el presidente del Comité Revolucionario del distrito, sin el cual no hubiera habido, compañero juez de instrucción Burdienko, desacuerdo posible en el tiroteo por el cual nos vemos en tan grave confusión.

Y aunque no podemos presentar material alguno respecto del ciudadano Boidermann, le comuniqué, sin embargo, que al entrar en la antecámara del presidente del Comité Revolucionario del distrito, nos llamó la atención un ciudadano viejo de pieles, judío de nacionalidad. El ciudadano Boidermann está sentado a la mesa, una mesa llena de papeles que no tenía un hermoso aspecto. Está mirando a todos lados y se ve que no entiende nada de aquellos papeles, que no le preocupan los papeles, tanto más, por cuanto que tres combatientes desconocidos, pero de méritos se adelantan amenazadores al ciudadano Boidermann y le exigen alimento, mientras que al mismo tiempo los funcionarios del lugar señalan la contrarrevolución de los pueblos comarcanos y además comparecen ante él otros funcionarios del centro que, lo más pronto posible y sin dilación, quieren casarse ante el Comité Revolucionario del distrito, pero también nosotros expusimos con voz tonante nuestro caso, la traición en el lazareto. Sin embargo, el ciudadano Boidermann nos miró con ojos atónitos y salientes y nos volvió a mirar por todos lados, y luego nos golpeó suavemente en el hombro, lo cual no es propio de la autoridad y sí completamente indigno de ella. No nos dio ninguna resolución, sino que se limitó a decir: «Compañeros combatientes, si es verdad que estáis por el poder de los soviets, abandonad este lugar». Con lo cual naturalmente nosotros no estábamos de acuerdo. Exigimos su documentación personal completa y como no la recibimos nos quedamos como anonadados. Y en estas enmarañadas circunstancias salimos a la plaza delante del lazareto, donde desarmamos a la milicia, consistente en un soldado de caballería, y con lágrimas en los ojos, destrozamos los inocentes cristales de la despensa anteriormente descrita. El doctor Yavein, ante este ataque ilícito, contrajo el rostro y siguió riendo, mientras el compañero Kustof tuvo que morir cuatro días después, de resultas de su enfermedad. En su breve vida roja fue intranquilizado infinitamente el compañero Kustof por esa traición, que tan pronto nos guiñaba el ojo desde la ventana como se burlaba del rudo proletariado... El mismo proletariado, compañeros, sabe que es rudo y sufre por eso; pero queremos vivir, queremos morir, el alma arde y arranca como fuego la prisión de nuestro cuerpo y el presidio de nuestras costillas, en donde no podemos resistir más.

La traición, le digo, compañero juez de instrucción Burdienko, se ríe de nosotros en la ventana; la traición avanza descaradamente en nuestra propia casa; la traición se

cuelga las botas a la espalda para que las tablas del piso no crujan en la casa despojada. Pero nosotros queremos arrancar el piso para que se levante contra nuestra inocente rudeza y derramaremos sangre negra en esas botas que han aprendido a andar sin crujidos.



ISAAK EMANUÍLOVICH BÁBEL (en ruso: Исаак Эммануилович Бабель; Odesa, 13 de julio de 1894 – 27 de enero de 1940). Bábel nació en una familia de origen judío en el gueto de la ciudad de Odesa, durante un periodo de desasosiego social en el que tuvo lugar el éxodo masivo de muchos judíos del Imperio ruso. Bábel sobrevivió un brutal pogromo ocurrido en su ciudad natal con motivo de la Revolución rusa de 1905, salvando la vida con la ayuda de vecinos cristianos que dieron refugio a su familia, pero su abuelo Shoyl fue uno de los 300 judíos asesinados en la ciudad.

En 1915 Bábel se graduó y se trasladó a Petrogrado, hoy San Petersburgo, desafiando las leyes zaristas que ordenaban el confinamiento de los judíos en la «Zona de Asentamiento». En la capital conoció al gran escritor ruso Máximo Gorki, que publicó algunos de sus cuentos en la publicación literaria Létopis («Летопись», «Crónicas»). Gorki aconsejó al joven Bábel que adquiriera más experiencia de la vida mezclándose con el pueblo; Bábel escribió en su autobiografía: «... le debo todo a ese encuentro [con Gorki] y aún pronuncio el nombre [de Gorki] Alekséi Maksímovich con amor y admiración». Uno de sus cuentos autobiográficos más famosos, «El cuento de mi palomar», está dedicado a Gorki. El cuento «La ventana del baño» fue considerado obsceno por la censura oficial y Bábel fue acusado de violar el artículo 1001 del Código Penal.

En los siguientes siete años, Bábel se adhirió al comunismo soviético y participó en la Guerra Civil rusa como cronista y soldado, también trabajó en la Cheka (ЧК чрезвычайная комиссия) como traductor para los servicios de la contrainteligencia.

Tuvo puestos en el Gubkom de Odesa (el Comité Regional del Partido Bolchevique), en el centro requisitorio de alimentos, y en el Narkompros (Comisaría del Pueblo para la Educación). Trabajó en una oficina de impresión tipográfica y desempeñó el cargo de reportero y periodista en San Petersburgo y Tiflis. El 9 de agosto del 1919 se casó con Yevguenia Gronfein en Odesa. En 1920, durante la sangrienta Guerra Civil rusa, a Bábel se le otorgó el cargo de periodista en el famoso «Primer Ejército de Caballería» (Konarmia) del mariscal de campo Semión Budionni. Bábel fue testigo de la campaña militar de la Guerra Polaco-Soviética del 1920 y documentó los horrores del conflicto armado en su Diario de 1920 (Konarméyski Dnevnik 1920 Goda), que utilizó más tarde para escribir su libro más famoso, «Caballería Roja» (Конармия).

Bábel publicó sus «Cuentos de Odessa» entre 1923 y 1924, mientras trabajaba como periodista. Luego, en 1927, publicó «Atardecer», otra colección de relatos. La calidad de sus obras, junto con la popularidad de Caballería Roja, le ganaron la fama entre los escritores de la Unión Soviética, fama que se extendió inclusive al extranjero. Durante esos años Bábel se mostró cercano al realismo socialista postulado por el régimen soviético y de conformidad con las tesis de Máximo Gorki, pero pronto halló que su propio estilo literario, seco, directo y de crudo realismo, no era del agrado de las autoridades al faltarle «romanticismo revolucionario».

El 15 de mayo de 1939, Bábel fue encarcelado en la prisión de Butyrka inmediatamente, no siendo llevado ante un tribunal sino hasta el 26 de enero de 1940; allí fue sujeto a un juicio sumario acusado de espionaje y terrorismo contra el gobierno, siendo condenado a muerte y fusilado al día siguiente. Tras el arresto, Bábel y sus obras fueron prohibidas de toda mención pública, sus libros retirados de la circulación y su nombre borrado de todo registro literario de la URSS. Bábel no sería rehabilitado sino hasta diciembre de 1954, durante el deshielo de Jrushchov, cuando la condena de 1940 fue anulada al considerarse la «ausencia de cualquier crimen» en las actividades del escritor.

# NOTAS

[1] Actual San Petersburgo. <<